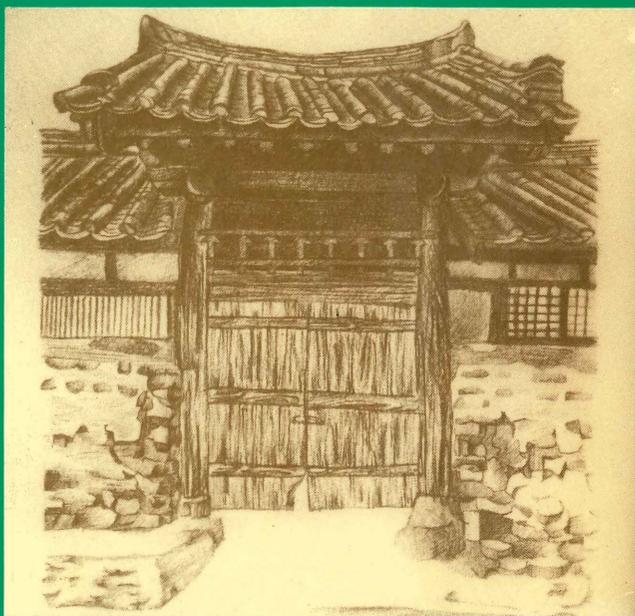


la casona de los patios

(NOVELA COREANA)
WON IL KIM



Selección y traducción de
Hyesun Ko de Carranza y
Francisco Javier Carranza R.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1995

WON-IL KIM Nació en Kimje, provincia de Kyongsannam-do (Corea), en 1942. Estudió Creación Literaria en la Universidad de Artes de Sorabol y Literatura Coreana en la Universidad Yongnam. En 1966 empezó su carrera de escritor con la obra "1961: Argelia". Actualmente es profesor de Literatura Coreana en Kyewon Arts College.

Tres obras suyas han sido traducidas al español: "*Los pájaros y yo*" ('Cuentos coreanos', FCE, Méjico, 1991), "*La cárcel del corazón*" (Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1994) y la presente novela "*La casona de los patios*".

En "*Los pájaros y yo*" expresa su preocupación ecológica ante la industrialización descontrolada. "*La cárcel del corazón*" es el relato del sufrimiento y las aventuras de un luchador social. Y "*La casona de los patios*" es la vida de la postguerra coreana. Confronta la vida holgada de los ricos comerciantes y la vida miserable de la gran mayoría; pero todos, unidos por un mismo destino histórico.

LA CASONA DE LOS PATIOS

EL FONDO
MAYO 1971

la
casona
de
los
patios
(NOVELA COREANA)
WON IL KIM

Selección y traducción de
Hyesun Ko de Carranza y
Francisco Javier Carranza R.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1995

Primera edición: abril de 1995

Diseño de cubierta: AVA Diseños.

Ilustración: Han Eunseil

Edición al cuidado de Ilia y Javier Sologuren

Editado con el apoyo de: The Korean Culture and Arts Fundation.

Centro de Estudios Orientales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, Cuadra 18, San Miguel. Lima, Perú. Tels. 462-6390, 462-2540, Anexo 220.

Derechos reservados

ISBN 84 - 8390 - 989 - 0

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú — Printed in Peru.

AGRADECIMIENTO

Expresamos nuestro agradecimiento a las siguientes personas e instituciones: Al Prof. Oscar Mavila Marquina por habernos ayudado en la corrección del material traducido. Al Prof. José León Herrera por su interés en la difusión de la cultura oriental. Al Prof. Salomón Lerner por su apoyo constante en las relaciones de Perú y Corea. A The Korean Culture and Arts Foundation por la financiación de la traducción y publicación de este volumen y al Centro de Estudios Orientales de la Pontificia Universidad Católica del Perú por el respaldo en todas las gestiones y por el auspicio a los simposios de la Literatura Coreana.

PRESENTACIÓN

Con profunda satisfacción el Centro de Estudios Orientales y el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, presentan la novela *La Casona de los patios* del escritor coreano Won-II Kim. Es la segunda publicación de Literatura Coreana que realizamos, lo que es prueba de nuestro interés por dar a conocer a los lectores de los países hispano-hablantes una literatura de la que tenemos muy poca noticia porque ha sido escasamente traducida a nuestro idioma.

En 1994 el Centro de Estudios Orientales organizó el I Simposio de Literatura Coreana y en él presentó una ponencia el novelista Won-II Kim, que es también profesor de Literatura en su país natal.

Por lo que se dijo en aquella reunión y lo que señaló en su exposición Won-II Kim, podemos afirmar que la narrativa coreana contemporánea es profundamente realista y su temática está centrada en las vicisitudes del pueblo coreano durante los duros años de ocupación japonesa y la tragedia de la división del país como consecuencia de la guerra entre el Sur y el Norte entre los años 1950 y 1953. El período inmediatamente posterior a esta dolorosa división es etapa de miseria, de hambre, de reacomodo familiar y de escasa o nula experiencia democrática; situaciones que se presentan palpitantes a través de la lucha de los personajes de las narraciones de Won-II Kim por darle a la vida la estabilidad perdida y la posibilidad de avisorar nuevos horizontes. Esto resulta muy claro en el relato del autor que da título a la selección de narrativa coreana que publicáramos también el 1994, bajo el nombre de *La cárcel del corazón y otros relatos*. Asimismo es lo que constituye el hilo narrativo del protagonista de la presente novela. Un espacio como el de

la Casona, de alguna manera representa un micro cosmos de la sociedad coreana de post-guerra, en el que se nota claramente aquello que separa a ricos y pobres, pero también aquello que los une.

No es, pues, maniqueísta el realismo de Won-Il Kim, porque su visión crítica de la sociedad lleva a encontrar bien y mal presentes en la vida de todos los hombres, incluso en la del mismo narrador protagonista. Por ello, es visión compleja, rica y esclarecedora la que nos ofrece la novela que hoy nos es grato entregar a los lectores del mundo hispano hablante.

Esta publicación, así como la anteriormente mencionada de la selección de narrativa coreana, han sido posibles por el entusiasta esfuerzo traductor de la Dra. Hyesun Ko de Carranza, profesora de Lingüística y Literatura de la Universidad Dankook, y del Dr. Francisco Javier Carranza Romero, profesor de Lingüística de la Universidad Hankuk, de la República de Corea.

Las intenciones de nuestro Centro y el afán de los traductores no hubieran podido materializarse sin la valiosa colaboración de la Fundación Coreana para la Cultura y las Artes; su generosa disposición compromete nuestra gratitud.

Oscar Mavila Marquina
CENTRO DE ESTUDIOS ORIENTALES

PREÁMBULO

LA CASONA Y COREA

La gran casona, escenario de la novela, es la síntesis de otra casa más grande: Corea. Los espacios de la casona están divididos marcadamente.

El primer espacio es la vivienda de una señora caída en desgracia pero que tiene parentesco con la dueña de la casa. Es la anunciadora y portera, la que da la bienvenida y despedida a los propietarios. La señora de Kimchon es una pobre viuda que sobrevive vendiendo panecillos que ella misma prepara. Es la encargada de abrir y cerrar el gran zaguán.

El segundo espacio corresponde al patio bajo donde hay cuatro habitaciones pequeñas, un baño común, un caño y una acequia de aguas servidas que también es un problema común. En cada habitación vive una familia, no importa de cuantos miembros, pero todos caben en esos reducidos espacios. Cada cuartucho es cocina, dormitorio y taller. Es el antro que cobija a los pobres inquilinos, los protege de las inclemencias naturales y les da una relativa intimidad. Los ocupantes de las habitaciones son: Primera habitación: la Señora de Kyonggui y sus hijos Junggyu y Mison. Segunda habitación: el Veterano, su esposa y el hijo Chunjo. Tercera habitación: la Señora de Pyongyang y sus hijos Chongte, Sunjua y Chongmin. Cuarta habitación: la Costurera y sus hijos Kilnam, Solye, Kilsu y Poksul.

El tercer espacio, el más alto topográficamente, está en el interior. Es la vivienda de los dueños. Es una mansión muy distinta, pues tiene un servicio higiénico moderno, limpio y privado; una cocina, sala grande y

dormitorios totalmente separados. Allí se combina la modernidad (muebles, calefactor portátil y tocadiscos que emite la música estadounidense de moda) y la tradición (la abuela con sus dichos y costumbres). Allí viven la abuela, el dueño, la dueña, los hijos Songchun, Cabezón, Vivo, la sobrina Tongji y la mujer de servicio (la señora An).

Pero los habitantes de esos tres espacios se conocen tanto que hacen una historia común aunque no lo quieran. La inundación del patio central, el de relieve más bajo, llama la atención de todos. Los hijos de los dueños, aunque obligados por la protesta de los inquilinos, participan en el desagüe del patio.

Esta estructura de la casona es semejante a la estructura de la lengua coreana: sujeto –objeto– verbo. El elemento más importante de la oración, el verbo, siempre está precedido de otros elementos menos importantes. En las ceremonias protocolares, también, los de la jerarquía mayor van precedidos de los de la jerarquía menor.

La casona es la Corea de antes y después de la guerra. Por tanto, la causa de esa diferenciación socioeconómica no es la guerra, ésta es solamente un factor de la acentuación del problema.

Esta diferenciación continúa hasta después de la muerte. El sepelio del niño Kilsu, hijo de la costurera, es tan mísero y triste que un obrero lo carga en un costal como si fuera una cosa. Mientras el sepelio de la abuela, la madre del dueño de la casona, congrega una gran muchedumbre, los carros llenan la calle y los arreglos florales de crisantemos se amontonan. Lo único común entre ambos difuntos es haber sido cortados por la misma guadaña de la muerte.

VIDAS MARCADAS POR LA GUERRA

La guerra fratricida (1950 – 1953) que dividió la Península de Corea dispersó y separó a tantas familias que hasta en nuestros días se siguen buscando y añorando.

Los inquilinos de la Casona de patios, en su mayoría, son procedentes de Corea del Norte (Primera habitación: la señora de Kyonggui

y su familia. Segunda habitación: el Veterano y su familia. Tercera habitación: la señora de Pyongyang y su familia). El leñador que ocasionalmente trabaja allí es un norcoreano que anda buscando a sus familiares presumiblemente venidos al sur. La mamá del narrador Kilnam (Cuarta habitación) y la señora de Kimchon (la portera) son viudas y se supone que sus esposos se habrían ido a Corea del Norte.

La pobreza, la dura lucha diaria y el vivir fuera de sus pueblos de origen los une a todos. Aunque sean sureños están lejos de sus pueblos natales. Todos se sienten desterrados y desprotegidos; por eso deben trabajar más para sobrevivir. Pero tienen la esperanza de superar aquella situación y ser testigos de la reunificación de Corea. «Los pobres como nosotros, ¿qué podemos hacer en esta tierra ajena? Hasta el día de la reunificación debemos trabajar y ganar dinero, así recompensaremos la nostalgia de nuestro lejantisimo pueblo natal», dice el Veterano a la madre del rebelde Chongte.

Al final, Kilnam, ya maduro y escritor, nos cuenta la suerte de esos pobres después de casi unos treinta años:

Mison, la hija de la señora de Kyonggui, se casa con el capitán estadounidense, se va a Estados Unidos y así se aleja de la situación de guerra y miedo.

El Veterano, por su laboriosidad y orgullo, vive en casa propia y tiene dos negocios.

Chongmin, es un médico con clínica propia. El es, precisamente, quien le pone al día de todas las informaciones a Kilnam.

Kilnam, después de haberse graduado en la universidad y haber trabajado en una editorial, vive cómodamente de su trabajo de escritor.

Chongte, el hermano mayor de Chongmin, es un caso especial; porque él no ama sólo a su pueblo natal del norte sino que también al sistema político de allí. Capturado en la frontera cuando intentaba fugarse al norte pasa su vida en la cárcel sin abjurar de sus ideas y esperando el triunfo del socialismo en la Península de Corea. A pesar de su salud frágil por la tuberculosis es más fuerte que el acero, no se dobla

ante las torturas ni ante las presiones de ningún tipo. El es una víctima del sistema político que bajo los principios del orden y progreso obliga a todos a no salirse de sus esquemas fijados. Refiriéndose a él dice el Veterano: «Es inteligente, pero la época no permite que los inteligentes surjan».

La familia del tercer espacio, enriquecida por la situación de la postguerra, no merece ningún comentario del narrador. Como los hijos eran malos estudiantes se supone que por el poder del dinero habrían podido profesionalizarse, y serían unos profesionales comunes y nada más.

PARA MEJOR COMPRENSIÓN DEL LECTOR

Las siguientes informaciones tienen el objetivo de ayudar al lector en la mejor comprensión de la realidad coreana:

1. A las personas mayores, en el trato familiar, nunca se las llama por sus nombres, lo cual sería una falta de respeto. Si tienen hijos se los llama: «papá de...», «mamá de...» A los conocidos se les da el trato de «hermano(a) mayor». Esta es la razón de que los personajes, a excepción de los menores, no están identificados con sus verdaderos nombres. El autor ha preferido distinguirlos por sus pueblos de origen.

2. El sistema educativo coreano es semejante al estadounidense: Primaria 6 años, Secundaria 6 años (Middle School 3, High School 3), Universidad 4 (excepto las carreras de Medicina y Derecho). En la época que corresponde al relato se daba exámenes para ingresar a Middle School y High School.

3. En la entrada de toda casa hay una parte baja donde se dejan los zapatos, ya que dentro de la casa nadie los usa.

4. La calefacción entra por debajo del piso, por eso se duerme sobre el piso. Y el piso se barre con una escoba parecida a la escobilla y se trapea diariamente.

5. La mesa coreana es muy baja porque la gente se sienta en el piso para comer o escribir.

6. Como la temperatura del invierno es bajo cero hay varias formas de conservar las verduras. Los encurtidos (kimjang) se preparan en los días previos a la llegada del frío. También se secan las verduras a la intemperie.

7. Los cargadores de bultos usan un armazón de madera para protegerse la espalda. Este artefacto, «chigue» en coreano— tiene dos patas.

8. El «quimchi» —verdura encurtida con ajo molido, sal, ají seco en polvo y un poco de azúcar para hacer fermentar— es un plato infaltable en la comida coreana. Las verduras preferidas para el quimchi son: col, nabo, repollo y pepino o pepinillo.

I

Cuando terminé la primaria, vino mi hermana Solye para llevarme a casa. Yo vivía separado de la familia en Chinyong, nuestro pueblo natal, trabajando de empleado de servicio en una fonda a la entrada del mercado. Subimos al tren con destino a Taegu y durante el viaje me sentí como un becerro vendido, no sólo por el mareo sino porque ni quería imaginarme vivir con mi mamá. Era a fines de abril del año 1954, el siguiente después del Armisticio. Desde el invierno del año de inicio de la Guerra había vivido separado de la familia y recién me iba a reunir con ellos después de tres años. Era el primer viaje a Taegu; y cuando llegamos, ya había pasado la época de la solicitud para Middle School.

La casa quedaba en Changgwan-dong, que colindaba con la calle Chongno y la calle de Hierbas Medicinales donde vivían muchos chinos. Nuestra casa estaba en el centro de Taegu. No, mentira, 'nuestra casa' no era la vivienda de nosotros. Era una habitación de alquiler en la parte baja de una casona coreana. El barrio Changgwan-dong era pequeño, apenas había unas 250 casas, separadas de norte a sur por una callejuela serpentina, de unos 300 metros. Por esa callejuela apenas podía pasar una carreta y al final de ella empezaba otro barrio. La casa donde estaba nuestra habitacioncita quedaba al medio de esa callejuela. A un lado de la calle había un desagüe descubierto que, fuera del invierno, siempre apestaba y en verano se llenaba de todo tipo de insectos. El barrio rectangular estaba rodeado por avenidas y la mayoría de las casas, de unos cien a ciento veinte metros cuadrados, era de estilo coreano. Había unas casas grandes y nuestra habitación de alquiler estaba en una de ellas.

Desde un poco antes de mi llegada a esta ciudad de Taegu hasta mediados de la década del sesenta, cuando me dieron de baja de la fuerza terrestre del ejército, siempre vivimos en diferentes casas alrededor de ese barrio. Estuve sólo unos años en otra ciudad, Yanggu de Kangwondo, durante el servicio militar. Naturalmente, vivimos en habitaciones de alquiler. Pudimos vivir en casa propia inscrita en nombre de mi mamá, el año 1966, en Changgwan-dong, al lado del Colegio Comercial Femenino de Sangso. Hasta ese momento nos habíamos mudado nueve veces. Una vez nos tocó vivir en una casa menos de un año y otra vez, casi tres años. Para diferenciarla de tantas casas mi familia llamaba a la primera casa la 'Casona de patios', y cuando recordábamos la época más difícil, empezábamos: «cuando vivíamos en la casona de patios...». Mi mamá pudo alquilar una habitación de esa casa sin mucha dificultad gracias a las relaciones de mi tía con la esposa del dueño. El verano del año anterior a mi llegada a Taegu se mudaron allí porque una familia de Seúl, al firmarse el Armisticio, la había desocupado y había regresado a su casa en Seúl.

Aunque se había firmado el pacto del armisticio un año antes, en Taegu todavía estaban la sede de la Segunda División Militar, el Hospital Militar, la sede de la Octava División Militar Estadounidense y la sede de la Fuerza Terrestre. Naturalmente, los negocios relacionados con los militares, tales como las fábricas proveedoras de uniformes, prosperaban. Por las calles céntricas como Chungang-dong, Jyangchon-dong, y alrededor del Cine Songchuk, transitaban caballeros de traje y corbata, damas con vestidos occidentales y zapatos de tacones altos y soldados coreanos y estadounidenses en uniforme. También había muchos refugiados de la guerra, desempleados, obreros jornaleros, lustrabotas y mendigos. Según el dicho de aquel entonces «los ricos que tenían 'buenos padrinos' nadaban en dinero; y los pobres que no tenían 'buenos padrinos' luchaban por el pan de cada día.» En el Mercado Kyo-dong, alias 'Mercado Yanqui', se encontraban mercancías extranjeras de cualquier clase y en cualquier cantidad. Por la guerra el mercado se había agrandado decenas de veces. Pero en el Mercado Chilsong, a donde concurría gente pobre, se oían gritos en diferentes dialectos, gritos de la lucha por la supervivencia. Era muy notable la desigualdad social, fenómeno típico de la postguerra carente de calor humano. Había luces, cantos y bailes por las noches en los lujosos restaurantes de la calle Chongno y la de Toksan-dong. Mi mamá, justamente, cosía vestidos

coreanos a las gueishas que trabajaban en esos restaurantes. Gracias a ellas podíamos superar el hambre.

Cuando llegué a Taegu, mi hermana Solye estaba en el tercer año de Middle School y mi hermano menor, Kilchung, acababa de entrar a la primaria. Kilchung parecía un poco tarado porque cuando tenía miedo sólo parpadeaban sus ojos grandes. El menor, Kilsu, de cuatro años, todavía andaba embarrado de moco. Como había nacido en abril del año del inicio de la guerra, estaba desnutrido; le había faltado la leche materna y otros alimentos. Cuando mi mamá me visitaba en la fonda del pueblo natal, me comentaba de la pobre salud de Kilsu. Tenía razón. Era bizco, caminaba sin seguridad, no hablaba claro ni sabía expresar sus ideas.

Después de contarme la anécdota de las 'Tres mudanzas de la madre de Mencio' mi mamá me habló:

– Te hice venir porque recién hemos vencido el problema de la comida. Al dejarte en Chinyong, sabía que no te morirías de hambre, pero que llegarías a ser un jornalero o un comerciante cualquiera. Pero como eres el primogénito, debes llevar adelante a la familia. Solamente con la primaria no puedes tener un buen futuro. Aunque quisieras ser jornalero, con tu cuerpito endeble no podrás aguantar ni un mes. Por todo eso te he llamado. Pero, fíjate, como ya pasó el examen de ingreso a Middle School, tendrás que pasar un año en casa. Había pensado traerte un mes antes para el examen de ingreso, pero entonces apenas podíamos comer, ¿cómo podía pensar en tu colegiatura? Aún así, prepararás el examen para el próximo año e ingresarás en la primera vuelta. Aunque me muera por el exceso de trabajo, si quieres estudiar, te voy a apoyar cuanto pueda.

Desde antes de la guerra cuando vivíamos en Seúl, mi mamá confeccionaba sus vestidos y los nuestros. Era buena costurera y modista y cuando salía con un vestido que ella misma se había hecho todas las vecinas admiraban su diestra mano. No había necesidad de ganar más dinero porque mi papá ganaba bien; pero ante tanta insistencia de las vecinas, de vez en cuando les hacía vestidos coreanos cobrándoles algo. Poseía una máquina Singer que no la tenía cualquiera en ese entonces. Mi papá se la había comprado para consolarla porque estaba muy decaída por la pérdida del primer hijo de un mes. Mi papá, que había terminado el Colegio Comercial de Masan, trabajaba como empleado en la Coope-

rativa de Chinyong. Dicen que vivíamos con comodidad. Pero, tal como dicen, «si la mujer tiene la destreza manual, es muy fácil enviudar», mi mamá se separó para siempre de mi papá un poco antes de la reconquista de Seúl, el 28 de septiembre de 1950. Sobrevivimos tres meses bajo el gobierno de los comunistas y al no tener ninguna noticia de él tuvimos que tomar el tren para ir hacia el sur. Después de dos años de vivir en Seúl partimos de allí sin un centavo. Vendimos todo para sobrevivir, y ni la máquina pudo salvarse. Gracias a la máquina pudimos llenar nuestros estómagos con el arrozillo en un vagón destapado de un tren de carga. Cuando llegamos al pueblo natal, mi mamá, al principio, quiso que nos estableciéramos allí. Pero como habíamos vendido la casa y el terreno de cultivo al mudarnos a Seúl, no había forma de defendernos en la vida. Además, la policía fastidiaba que fastidiaba a mi mamá interrogándole dónde había estado mi papá en esos tres meses bajo los comunistas y dónde se encontraba ahora. Fue entonces cuando decidió irse a Taegu donde vivían sus parientes llevándose consigo a los tres hijos y encargándome en la fonda del mercado. Casi por dos años trabajó de empleada de servicio en casas particulares, dejando a mis hermanos con mi tía. Comían arroz aguado o fideos y esto apenas una o dos veces al día. Según mi mamá, fue la época de más hambre. Aún así había reunido centavo por centavo y comprado una máquina de coser de segunda mano en la primavera del año pasado y así había empezado a trabajar de costurera. El barrio Changgwang-dong del centro era ideal para su trabajo. Con el transcurso del tiempo mi mamá cobró fama y le llovían los trabajos. Como decía ella: «para educar y alimentar a los cuatro hijos trabajaba hasta que se le molían los huesos», desde la madrugada hasta la medianoche.

En los primeros días de mi vida en Taegu, después que mi hermana Solye y mi hermano Kilchung iban a la escuela, salía a la calle agarrado de la mano de mi hermano menor. Andaba vagando por las callejuelas. Así también me familiarizaba con el lugar extraño y descubría cosas nuevas: la calle de Hierbas Medicinales, en realidad, era una avenida ancha por donde transitaban los carros. En ambos lados de la calle había casas comerciales mayoristas de hierbas medicinales y clínicas de medicina tradicional. Las medicinas herbolarias llenaban las vitrinas de vidrio y rebasaban hasta fuera. Amontonadas así, hasta el techo, parecían pastos secos. En esa calle observaba cómo trozaban las raíces medicinales con un cuchillo largo y filudo y la fragancia de esa medicina me

llegaba hasta la nariz. Saliendo de esa calle daba una vuelta de noventa grados hacia la calle Chongno. Allí estaba el restaurante chino más famoso y grande de Taegu, llamado Kunbaenggak. Cuando había reuniones se encontraban autobuses y carros delante de su puerta. Hacía tiempo que no veía limusinas de color negro como la golondrina. Quizás era la primera vez desde que salí de Seúl. En frente de Kunbaenggak estaba la escuela china. A la hora de recreo, cuando jugaban en su pequeño campo, su lengua extraña me hacía sentir que estaba en un país extranjero. En la calle todas las cosas me parecían extrañas y sentía cierto temor. Un día acompañé a Sunjua, hija de una inquilina vecina, hasta el riachuelo Pangchon. Fui con mi hermano Kilsu. El riachuelo Pangchon estaba a unos dos kilómetros desde Changgwang-dong y Sunjua iba allí todos los días para lavar los uniformes militares usados que compraba su mamá. Era el riachuelo más grande que atravesaba la ciudad. Allí había mucho gentío, mucho más numeroso que el día de mercado de cualquier pueblo. En su mayoría eran mujeres. Todos los ciudadanos de Taegu utilizaban ese río como lugar de lavandería porque no había suficiente agua. Había comerciantes que colocaban latas grandes encima del pedregal y allí ofrecían hervir la ropa cobrando dinero. En ese lugar se oían los dialectos norteños, difíciles de entender, y había gente que andaba con avisos: 'Pueblo natal: Changchin de la provincia de Hamkyungbukdo. Busco a la mamá de Chongjun, Changjun y Malsuk de quienes me despedí en el muelle de Hungnam. La mamá de Chongjun tiene un lunar debajo de la oreja...' Para no andar con pancartas y para una mejor visibilidad escribían en un cajón de triplay y haciendo un hueco arriba y abajo se metían adentro. Así se ahorraban la energía. Todos los avisos eran semejantes. Años más tarde cuando el canal 9 de la televisión coreana programó 'El reencuentro', esa escena se repitió. O sea, presencié dos veces la misma escena: una, en Taegu, con mis propios ojos, y la otra, en Seúl, por la televisión.

Aunque andaba en la calle, mi mamá no me dijo nada durante un buen tiempo. Es que tampoco podía estar junto a ella, que trabajaba incansable en una habitacioncita. No por ella, sino por sus clientas, no podía permanecer tranquilo en el taller de costura. El pequeño espacio siempre se llenaba de mujeres que venían con la tela, volvía para confirmar y recoger el vestido ya hecho. Eran jóvenes en su plenitud y cuando venían a llevarse la ropa, sus rostros irradiaban alegría. Y sin ningún escrúpulo se quitaban la ropa puesta para probarse la nueva. Si yo estaba

allí, no podían probársela bien. Se cambiaban mirándome de reojo. Además, como eran inmaduras, comentaban sin cuidado temas sobre el hombre y la mujer, cosa común en los bares o en los restaurantes de gala. En esos casos, mi mamá me miraba de reojo y yo comprendía lo que me estaba diciendo 'Zonzo, anda afuera'. Así que salía callado.

Ya han pasado más de treinta años. Los de edad avanzada que vivían allí ya se habrán despedido de este mundo. Por ejemplo, en mi familia no más, hay dos miembros menos. Los sobrevivientes habrán cambiado y aunque los viera en la calle no creo que podría reconocerlos fácilmente. Sin embargo, los recuerdo muy claramente a los de esa casona de patios. ¡Cómo olvidarlos después de haber pasado juntos esos momentos difíciles de postguerra! O quizás, por el inicio de mi nueva vida en Taegu, ellos habrán quedado en mi mente con tanta nitidez.

Para describir esa casa, tendré que empezar por la puerta gigantesca que daba al este. Estaba inclinada a un lado y en su techo, en verano, se veían hierbas silvestres. Esa vetusta puerta casi siempre estaba cerrada con candado porque la abuela de la familia dueña siempre nos pedía cerrarla bien. Si no, ¡cuántos mendigos y vendedores ambulantes habrían venido a fastidiarnos! Aún así, llegaban los mendigos, jaloneaban la puerta, y gritaban: «Alguna comida, por favor.» Pero sus gritos jamás llegaban hasta adentro. En vano se quedaban esperando respuesta. Al final, se alejaban cabizbajos; pero algunos, atrevidos, pateaban la puerta enojados. Según la abuela, cuando era recién casada, en esa casa vivían sus suegros que trabajaban en la oficina sucursal de la Compañía Takushoku del Oriente. Y entonces había una choza de tres piezas y un establo en el patio de la entrada que daba a la puerta. Allí vivía la familia del cuidador de caballos. No se acordaba cuándo habían tumbado la choza; en una época sólo crecían hierbas allí; más tarde se convirtió en un campo de cultivo, y finalmente en el otoño del año de la independencia de la patria construyeron una casita de techo de calamina. Decían que la habían construido para un familiar de la esposa del dueño que había llegado de Japón. Pero en el verano del año de la guerra, esa familia la había desocupado y es cuando la ocupó la señora oriunda de Kimchon. Ella también era familiar de la señora. La señora de Kimchon demolió una parte del muro de tierra, a la izquierda de la puerta, para instalar allí su tienda. Así daba acceso al público. Vendía dulces, galletas y panecillos cocidos en un horno de lata. Su rostro lleno de manchas le

daba la apariencia de preocupación. Sus ojos pequeños mostraban miedo y vivía con un niño en edad preescolar. Casi todos utilizábamos la tienda de la señora de Kimchon para transitar pasando por su pequeña cocina. Sólo el dueño y la dueña utilizaban la puerta grande para salir y entrar. La abrían de par en par y caminaban con mucho aire. La señora de Kimchon se encargaba de cerrarla bien y, en realidad, era la guardiana de esa inmensa casa.

Una puerta despintada de su original color azul, que separaba el patio de la entrada del patio central, siempre la dejábamos abierta hasta la llegada del dueño o de Mison, la hija de la señora de Kyonggui, que estudiaba en un colegio comercial nocturno. Esa puerta interior, que ni siquiera tenía techo, se veía muy humilde en comparación con la puerta grande. Pasando esa puerta aparecía el patio central, de unos ciento cincuenta metros cuadrados, y a bajo nivel. Había una gradería de cinco escalones para bajar allí desde la puerta interior. Cuando llegué a esa casa siguiendo a mi hermana Solye lo primero que vi fue el montón de hierbas silvestres que crecían en el desagüe destapado al lado del muro de tierra que era el lindero con la casa vecina. El desagüe empezaba desde el baño de triplay al lado de la gradería de la puerta interior y siempre apestaba. En el centro del patio central había un pequeño lago y a su alrededor un jardín cercado con piedras finas. Los árboles y las plantas ocultaban la vista directa de la casa de los dueños desde la pieza de los inquilinos.

La residencia de los dueños estaba al sur y constaba de dos partes divididas por la sala: por un lado, cuatro habitaciones, y por el otro, una. Era una casa maciza, construida encima de esa escalinata de piedra de cinco gradas. En su techo también crecían hierbas y en los ángulos del techo colgaban unas campanillas metálicas. La parte de una sola habitación tenía una pequeña sala de típico ambiente tradicional con un adorno de madera en su contorno. Pero la sala principal, remodelada en la época colonial, tenía fachada occidental: la puerta de vidrio, un juego de sala, el arrocero y el tocadiscos. En una palabra, no era una sala coreana ni occidental. Esa tarde dominical de mi primera llegada, la sala me recibió con una música de moda de Estados Unidos. En el extremo izquierdo de las cuatro habitaciones estaba la cocina y, en el patio de enfrente, el caño de agua potable.

La pieza de los inquilinos que daba al este estaba frente al caño, mirando hacia la puerta interior. Las dos casas formaban una letra L. Posiblemente en épocas pasadas los de la servidumbre habrían vivido en esa parte baja del patio central. Era un edificio rústico y allí, para mirar la casa principal, uno tenía que alzar la cabeza. Lo habrían construido así porque en esa época había diferenciación de las clases sociales hasta en la construcción. En esa parte baja había cuatro habitaciones del mismo tamaño. Mi familia ocupaba una de ellas. Como detrás de la pieza no había suficiente espacio, cada habitación utilizaba una parte de su entrada como cocina. En la cocina guardábamos los platos en un cajón de madera. Como no había dónde dejar la ropa, colocábamos unos estantes en la habitación y allí la guardábamos.

Las cuatro familias de la parte baja eran foráneas, como los otros inquilinos del barrio. En aquel entonces, en Changgwon-dong, se encontraban inquilinos de una o dos habitaciones en todas las casas. La habitación nuestra era apenas de doce metros cuadrados, al extremo izquierdo de la construcción, y el desagüe que iba a otra casa vecina siempre apesataba. Según la expresión de mi mamá, la habitación era del tamaño de una cajita de fósforos. Decían que originalmente eran dos habitaciones, pero como había mucha demanda por la guerra, cada habitación la habían dividido en dos. Cuando todos nos acostábamos en el piso, la habitación no tenía ni un palmo de espacio libre, y aun sin querer oíamos toda la conversación de los vecinos. Pero, comparada con las casuchas de las montañas, construidas por los refugiados de la guerra, nuestra habitación era un palacio. En esas casuchas no había baño ni desagüe y la gente entraba y salía gateando por falta de puerta.

La gente que vivía en esa casona era numerosa como los habitantes de un edificio de muchos departamentos. Hasta ahora me acuerdo muy bien de todos los rostros de esa casa.

La primera habitación, contando desde el caño, la ocupaba una señora oriunda de Yombok, de Kyonggui-do. Por esta razón la identificábamos por la señora de Kyonggui. Allí vivían tres: la señora, su hijo Junggyu y su hija Mison. La señora tenía un poco más de cincuenta años y había terminado High School en Kaesong, cosa no común entonces. Su hijo era un soltero alto; trabajaba como técnico de prótesis dental en una clínica odontológica del suburbio y siempre andaba sonriente. El di-

cho de que 'los altazos eran de buen carácter' era acertado. Mison tenía busto y cadera grandes. Sabía arreglarse y andaba siempre masticando chicle.

En la segunda habitación vivía la familia de un veterano de guerra, oriundo de Pyonggang, de Kangwon-do. También eran tres: el veterano, su esposa y su hijo Chunjo. El Veterano era oficial retirado que había perdido un brazo en una batalla. Tenía un brazo ortopédico de caucho con dos ganchos de fierro que le servían de mano. Tenía una mirada belicosa y fría, como si todos fuéramos sus enemigos y era callado. Su esposa, la mamá de Chunjo, muy pecosa, estaba embarazada cuando llegué a Taegu. El niño tenía cinco años y era amigo de Poksul, hijo de la señora de Kimchon. Se peleaban pero se amistaban inmediatamente. Mi hermano menor, Kilsu, andaba con esos pasos de patito detrás de ellos, como un peoncito. Esa familia había llegado última a la casona de patios, apenas al final de la primavera del año de mi llegada.

La tercera habitación la ocupaba la familia de una señora oriunda de Pyongyang. Ellos eran cuatro: la señora, unos tres años menor que la señora de Kyonggui, era comerciante en uniformes militares en el Mercado Yanqui. Tenía una hija y dos hijos. La hija, de rostro un poco moreno y ojos lindos, se llamaba Sunjua. Estaba en edad de casarse. El hijo mayor, Chongte, era flaco y siempre descontento. Por estar enfermo de tuberculosis no trabajaba. El segundo hijo, Chongmin, estaba en el último año en High School Kyungbuk, cerca de la casa, y era muy robusto y con el rostro lleno de granos.

Las cuatro familias inquilinas conocían los problemas de todos: qué platos preparaban, qué porcentaje de cebada tenía su arroz, etc. Cuando tocaba pagar por la luz, el agua y la limpieza del baño se peleaban por economizar un centavo; pero todas luchaban por salir adelante. Algunas veces se criticaban como si no tuvieran ningún problema; pero, en términos generales, se preocupaban unos de otros como buenos vecinos pobres.

La familia dueña tenía una hacienda en Uisong, de la provincia de Kyongsangbuk-do; el tatarabuelo del señor había sido gobernador de la región de Taegu en la última etapa de la dinastía Chosun. Era una familia noble. El, precisamente, había construido esa casona. Cuando se reti-

ró a su pueblo natal, el hijo (el abuelo del señor) ocupó la casa. El fue el que trabajó en la Compañía Takushoku del Este. Durante la colonia japonesa los hijos menores que estudiaban en Taegu vivieron en esa casa. El tataranieta, o sea el dueño actual, ocupó la casa desde el año de la Independencia de Corea. Era un hombre de negocios.

Eran en total ocho los que ahora vivían arriba. El señor siempre andaba ocupado y apenas lo podíamos ver cuando salía a trabajar. Dormía con frecuencia fuera de la casa, y llegaba muy borracho y muy tarde. Tenía su fábrica de textiles con diez máquinas en Chimsan-dong, lejos del centro de la ciudad. La señora, guapa y gorda, tenía su propio negocio y era ajena a los quehaceres de la casa. Con el apoyo de su esposo había abierto una relojería y joyería en la entrada del Cine Songchuk. Además, era la jefa de panderistas ricas. La encargada de la administración de la casa era la madre del señor, a quien llamábamos «abuela». Los dos esposos le pasaban dinero y con eso se despreocupaban de los asuntos del hogar. La viejita tenía casi setenta años, pero andaba bien enjuta. Cuando iba al mercado, llevaba a la empleada, la señora An. La viejita se quejaba día y noche de su nuera ante los inquilinos de abajo: que su nuera no se preocupaba de la casa, que no le hacía caso, etc. La que le escuchaba y le conversaba siempre era la señora de Kyonggui, que tenía tiempo gracias a los hijos que ganaban bien. La señora de Kyonggui siempre dormía la siesta y escuchaba a la viejita con paciencia. Sabía conversar y tenía variedad de temas.

Los dueños tenían tres hijos: Songchun, Cabezón y Vivo. Todos estudiaban. Songchun, que decían que había ingresado a la universidad sobornando a las autoridades, estaba en el segundo año de la facultad de Derecho de una universidad particular. Andaba en terno y corbata y se arreglaba el pelo con pomada. Parecía que no le interesaban los estudios; cuando estaba en casa, ponía el tocadiscos a gran volumen y bailaba solo. Los de abajo lo bautizaron con el apodo de 'Don Juan'. Cabezón estaba en el segundo año de High School y Vivo, en el segundo año de Middle School. Chongmin, el segundo hijo de la señora de Pyongyang, les daba dos horas de clase cinco veces a la semana. Era el profesor particular. También vivía allí la sobrina del señor, que estaba en el último año de High School. Además, estaba la empleada, la señora An, oriunda de Koryong, de Kyungsangbuk-do. Era viuda, de unos veinticinco años. Andaba con el moño típico y trabajaba bien. Era muy buena.

Esta es la presentación de todos los que vivíamos en esa casa. En total, éramos veintidós: catorce abajo y ocho arriba, sin contar a dos de la familia de la señora de Kimchon. La escena matinal de la casa era muy interesante: un ambiente de mercado, todos ocupados y listos para la lucha diaria. En la parte alta, como estaba alejada, no se podía saber qué sucedía allí. Lo único que podíamos oír era la voz de la abuelita que despertaba a sus nietos en las mañanas. Pero en la parte baja, como era una sola casa prácticamente, no había secreto.

Hasta ahora me acuerdo de esas escenas matinales. Apenas clareaba el día, las cuatro familias empezaban su jornada encendiendo primero la rudimentaria cocina portátil. El espacio de las cuatro habitaciones se llenaba de humo y se oía el movimiento del abanico que avivaba el fuego de la cocina. La familia más dormilona era la de la señora de Kyonggui. Mison andaba pidiendo unos carboncillos de madera ya encendidos a cambio de los carboncillos no usados. Cuando venía a mi casa para pedir el cambio, me regalaba chicle norteamericano con una sonrisa. Cuando se sonreía se formaban dos hoyitos en sus mejillas. Me gustaba el regalo, pero me gustaba más el trueque: recibía tres o cuatro carboncillos a cambio de dos carboncillos encendidos. Por eso, algunas veces, temiendo que fuera a otra casa, yo le decía, «Mison, aquí los tenemos listos ya». Cuando se me acercaba, siempre olía a perfume muy fragante. En cambio, Sunjua no olía a nada. De todas las escenas matinales, nunca se me borró la pelea por el baño, protegido por unos pedazos de triplay, al lado de la puerta interior. Lo usábamos los de abajo y la familia de la señora de Kimchon. Además, en casos urgentes, los hijos del dueño lo usaban también. Por esta razón, siempre había una cola hasta las ocho de la mañana. Los de arriba tenían un baño interior muy limpio y de mayólica, detrás de la sala, para uso exclusivo de ellos. Cada familia de la parte baja tenía un bacín y, cuando no había forma, defecábamos allí porque no nos atrevíamos a usar el baño de los dueños.

La señora de Kyonggui hacía cola todas las mañanas, seguramente estaba enferma del estómago porque tenía el rostro negruzco e hinchado. Era la primera en usar el baño; pero, ni bien pasaban treinta minutos, de nuevo estaba esperando en la cola.

— ¿Tanto tiempo? ¿Por qué no sale? ¿No se aburrirá de oler la pestilencia con el estómago vacío? —comentaba acurrucada delante del baño fumando hasta que se le ennegrecían las uñas. Decía que había empezado

a fumar por su dolor de estómago a raíz del parto de su primer hijo. Qué mal no estaría que, así acurrucada, se tiraba pedos a cada rato.

Mi mamá, cada vez que la veía frente al baño, renegaba:

– Cree que el baño es su habitación. Ella tendría que pagar el doble de su cuota por la limpieza del baño.

Cada vez que se llenaba el silo llamábamos a los poceros para vaciar el pozo, y el gasto lo dividíamos entre las cinco familias; pero la que más se quejaba era nada menos que ella. Según su teoría, como sus hijos salían a trabajar, debería considerársela como la única usuaria, y, por tanto, ella y la familia del Veterano que dejaba al niño solo todo el día debían pagar juntos la cuota de una familia.

Después de un desayuno apresurado, los primeros en salir eran los escolares. En la casa de arriba había cuatro: un universitario y tres colegiales; en la parte baja eran dos: Chongmin, el segundo hijo de la señora de Pyongyang, y mi hermana. Mi hermano Kilchung, como recién estaba en el primer grado de la Primaria, tenía turnos. Una semana estudiaba en la mañana, y la otra, en la tarde. Iba con el pañuelo y el nombre colgados en la ropa.

Después de los estudiantes, salían el hijo y la hija de la señora de Kyonggui. La hija preparaba el desayuno porque la señora, tal como comentamos, por frecuentar tanto el baño, no podía prepararlo. Su hijo Junggyu andaba silbando la ‘Estación de despedida de Pusan’ o la ‘Canción nocturna del soldado’ y salía sonriente con su fiambre. Era un hombre muy despreocupado. Antes de la guerra, cuando vivían en Kaesong, había trabajado de técnico en una clínica odontológica. En el ejército, gracias a su experiencia de técnico de odontología, fue destacado como enfermero. La señora de Kyonggui, al mencionar a su hijo, decía ‘mi hijo, el dentista’. Su hija Mison se vestía elegante y salía con el bolso colgándole del hombro. Tenía el pelo largo y suelto sobre la espalda y masticaba chicle constantemente. Como usaba zapatos de tacón alto, su cadera se movía rítmicamente. Cuando atravesaba el patio, Chongte, el hijo mayor de la señora de Pyongyang, y Songchun, el hijo mayor de la familia dueña, la miraban disimuladamente. Ella era empleada del supermercado de la sede de la Octava División Militar Estadounidense y en la noche estudiaba en un High School. Para ir a la escuela se ponía uniforme. Por la guerra estaba atrasada en los estudios.

Después de ellos salían el dueño y el Veterano, papá de Chunjo. La dueña se despedía de su esposo apresuradamente dentro de su casa no más; pero la abuela siempre acompañaba a su hijo hasta la puerta principal.

– Hijito, no tomes tanto licor y vuelve a casa temprano. Está bien ganar, pero debes pensar en tu salud también. –repetía siempre la misma canción.

– Mamá, ¿no te acuerdas de que la fábrica estaba paralizada hasta hace poco? No siempre hay demanda en textilera ni hay buena suerte toda la vida. Cuando anda bien, hay que trabajar duro. Si no, ¿cuándo podremos ganar?

La misma respuesta de siempre. Seguro que el negocio andaba bien porque su cuerpo rechoncho y su rostro grasiento lo decían todo.

La Textilería Osong, en Chimsan-dong, había descansado durante la guerra porque era imposible conseguir hilos y además no había demanda. Tenían arroz gracias a que los arrendatarios les mandaban la cosecha del arrozal de Uisong, su pueblo natal, y como el ingreso era escaso, habían alquilado la parte baja de la casona. Pero, desde poco antes del armisticio, se consiguió el hilo y hubo una gran demanda. Las máquinas de la fábrica trabajaban día y noche. Tal como dicen, después de la guerra los que se enriquecen son los comerciantes de comida y de ropa: le llovió el dinero. Desde la primavera comenzó a ampliar la fábrica después de haber obtenido fácilmente el visto bueno del gobierno gracias a sus familiares funcionarios y militares.

El Veterano, el papá de Chunjo, salía en uniforme militar sin ningún distintivo ni categoría y llevaba su fiambre en la mano dentro de un bolso militar. Andaba muy apuesto gracias al cuidado especial de su esposa, bien limpio y planchado el uniforme. Ella decía que su esposo trabajaba en el Departamento de Asistencia Social de la Segunda División Militar, pero nadie le creía. Ella siempre lo acompañaba hasta la puerta para despedirlo y lavaba los platos. Después de preparar el almuerzo para su hijo salía a vender fruta. Su rostro huesudo estaba ennegrecido por el sol, sus brazos y su cuello eran delgados también. Casi no sonreía, andaba siempre cansada. Posiblemente el embarazo habría aumentado más su cansancio.

Cuando recuerdo a esa familia, nunca me olvido de la anécdota que escuché de la primera visita de la mamá de Chunjo para alquilar la habitación. Decían que había llegado con un intermediario y le había dicho a la abuela que tenía sólo un hijo, que su esposo había sido maestro de Primaria antes de la guerra, que en la guerra había sido oficial, y que ahora, ya dado de alta, trabajaba en la Segunda División Militar. Había hablado en voz baja, con mucho respeto, y la abuela le había creído todo y lo que le había gustado más era que tenían solamente un hijo. Inmediatamente les había alquilado la habitación. En aquel entonces no era fácil conseguir habitación de alquiler, pero tampoco era fácil conseguir inquilinos con esas condiciones tan especiales. Después de diez días habían llegado y entonces vieron al esposo, minusválido del brazo derecho, cargando sobre su espalda unos bultos y una maleta de cuero amarrados con sogas y en la mano una jarra. La esposa cargaba sobre su cabeza un cajón de tablas que contenía ollas y platos. El niño llevaba una canasta de bambú. Eso era todo. La abuela se había arrepentido al verlos, pero ya había firmado el contrato. Entonces había comentado:

—Hasta los que huyen de la guerra, tienen más cosas que ellos.

Después de un buen rato de la salida de la esposa del Veterano cargando el recipiente de madera lleno de frutas, salían la señora de Pyongyang y su hija Sunjua. A esa señora se le había muerto su esposo por el bombardeo de un avión norteamericano cuando venían hacia el sur en enero de 1951. Andaba en pantalón y blusa hechos con tela de uniforme militar y se amarraba la cintura con una correa que le servía de billetera al mismo tiempo. Tenía voz grave, era gorda y clara, típica mujer norteaña. Llevaba sobre su cabeza un bulto de unos 50 uniformes militares y en una mano una silla portátil. Salía a las 10 de la mañana y regresaba al anochecer. Tenía un puesto al aire libre en el Mercado Yankui. Sunjua salía con su mamá llevando los uniformes sucios en su cabeza. Iba al riachuelo Pangchon, los lavaba y regresaba a la hora del almuerzo. Cuando llegaba, tenía los uniformes lavados, luego, en la tarde, se dedicaba a remendar los uniformes secos, lavados el día anterior. Luego preparaba la cena e iba a acompañar a su mamá. Cuando llegaban, ella siempre traía el bulto de uniformes usados y sucios.

La que salía última era la dueña de la casa. Después del desayuno, se maquillaba y se ponía un elegante vestido coreano. Lucía un collar de oro, pulsera de oro y en su brazo colgaba una cartera de bolitas. Cuando ella aparecía en la callejuela, todas las vecinas cuchicheaban:

– Recién sale la doña.

Cuando salían todos, como cuando se retira una ola, la casa quedaba en silencio total. En la parte de arriba sólo quedaban la abuela y la empleada An; en la parte baja, la señora de Kyonggui, Chongte, mi mamá y yo. Chunjo y Kilsu, apenas terminado el desayuno, salían a la callejuela con Poksul.

II

El mes de mayo había empezado y en el jardín las azaleas se jactaban de su belleza. Habíamos terminado de almorzar los cuatro: mamá, Kilsu, Kilchung que estaba en el turno de la mañana, y yo. Mamá me hizo sentar frente a la máquina, sacó el dinero de su cajón y me lo pasó:
– Cuéntalo.

Eran 80 hwanas, con los cuales se podía comprar cuatro cajetillas de cigarrillos.

– ¿Algún encargo? –le pregunté.

Me miró fijamente y me dijo:

– Hijito, escúchame bien. Eres el primogénito de una familia sin padre. Ya has visto cuán frío es el mundo para los pobres. Por más chico que hayas sido, habrás comprendido qué es el hambre. ¿No te acuerdas de que pasamos días enteros sin comer durante la guerra? Si el hombre no tiene nada ni nadie quien le ayude, deberá esforzarse el doble o el triple que otros siquiera para ganar la comida. Tú no eres igual a los hijos de arriba. ¿Qué les falta a ellos? Nada. Tienen padres, casa, comida, dinero y todo. No les falta absolutamente nada. Si estudian, podrán graduarse de una buena universidad y conseguir un buen trabajo: tienen familiares bien acomodados y dinero, pronto podrán figurar. Yo sé que aunque te esfuerces el doble de lo que hacen ellos quizás seguirás aquí abajo; en cambio, ellos permanecerán allá arriba. Pero, aunque sea así, no debes estar sin hacer nada. Mira, hijito, si el campesino esperara que caiga la lluvia, mirando el cielo ¿qué sería de su cultivo? ¿Crees que las plantas crecen y maduran solas? No. Aunque en el futuro sigas viviendo aquí abajo y ellos allá arriba, esfuérzate en acortar la distancia. Yo ya no tengo futuro, mi deseo es alimentarlos y, más tarde, verlos vivir sin depender de nadie. Mi vida ya está en descenso...

Se le ahogó la voz. Alcé lo vista y vi que sus ojos estaban llenos de gotitas de lágrimas. No había cumplido ni cuarenta años, pero ya estaba vieja. Su cutis sin brillo y su cuerpo fofó. En estos tres o cuatro años había envejecido el doble de su edad. Se sonó la nariz y continuó:

– Tú aún tienes mucho tiempo para seguir adelante. Y desde ahora debes estar preparado para enfrentar cualquier problema. Para mí, tú tienes dos caminos: estudiar mucho y valerte por tus estudios o ser laborioso en cualquier tipo de trabajo. Mira a Chongmin. Es un buen modelo del primer camino. No tiene papá, su mamá es comerciante de uniformes militares, pero él es un buen estudiante. Enseña a los hijos del dueño, ayuda a su familia con esa ganancia y estudia hasta después de la medianoche con la lámpara. Dicen que es el primer estudiante y líder de su clase. Sin duda, llegará a ser fiscal, juez o profesor universitario. Es un ejemplo para los pobres que estudian. En el segundo camino, mira al papá de Chunjo, no tiene una mano, pero para sobrevivir y alimentar a su familia sale todas las mañanas a trabajar. El hombre debe salir a trabajar para que su familia no sufra de hambre. Por todo eso, te doy ese dinero. Además, ¿no estás aburrido de pasar todo el día en casa?

– ¿Qué debo hacer con este dinero? –le pregunté mirando el dinero en mi mano sin comprender todavía.

– Hijo, con ese dinero puedes comprar periódicos y luego venderlos. El objetivo no está en cuánto ganes sino cuánto llegues a apreciar el dinero. Para el futuro, esta ocasión te servirá como una buena experiencia. Como dice el refrán: ‘No se puede comprar con dinero los sufrimientos de la juventud’; te servirá como vitamina. –habló resuelta.

¿Cómo oponerme a su decisión?

Ahora me doy cuenta de que ella ya lo había planeado desde el momento en que decidió traerme a Taegu. Seguramente pensó: ‘Bien o mal ya terminó la primaria, durante un año le haré conocer la vida de la ciudad y ganar su colegiatura con su propio sudor’. Así que a unos diez días de mi llegada a Taegu, llevé a cabo lo que había pensado.

Metí los ochenta hwan en el bolsillo y salí de casa sin dirección fija.

– Si no puedes vender periódicos, comprarás un pasaje a Chinyong y harás lo que quieras.

Su última palabra hizo eco en mis oídos. ¿Qué hacer? Enfrentarme a la realidad. Si volvía a casa sin hacer nada, no me daría la cena y quizás no me dejaría dormir en la habitación. Mi mamá era capaz de hacerlo. Era severa y fría con los hijos.

En aquel entonces había tres periódicos en Taegu: el «Diario Taegu», el «Diario Yongnam» y el «Periódico Taegu». Todos eran de edición de la tarde. Fui al Diario Yongnam, cerca de la casa. Estaba entre el Puesto Policial de Taegu y el Mercado Somun. Cuando entré algo vacilante al patio trasero del Diario vi que unos veinte muchachos de mi edad estaban esperando periódicos. Me miraron de reojo, pero nadie me habló. Apenas habían comprado los periódicos salieron corriendo. Fui el último en comprar. Salí con diez periódicos a la calle. Pero como no podía vociferar, caminé mirando el suelo.

– Compren, Diario Yong...Yongnam. –vociferaba a mi manera pero mi voz no llegaba ni a mis oídos. Caminé por el centro y entré al Mercado Yanki buscando lugares más concurridos. Otros muchachos, tal como suponía yo, andaban por esos lugares también. Eran buenos vendedores. Apenas veían un posible comprador, se ponían delante y le ofrecían el periódico casi rozándole la nariz. Yo no tenía esa audacia. Pude vender seis, y dos de ellos los vendí a un caballero que se hacía lustrar los zapatos. Cuando caminaba agotado, si escuchaba «Oye, un periódico.», antes de pensar en la ganancia, primero palpitaba mi corazón por la alegría de poder vender. Pero, muchas veces, otros se me adelantaron. Yo no podía imaginarme por dónde iban y de dónde salían tan pronto. La competencia era fuerte porque fuera de la competencia entre los muchachos del mismo periódico, había muchachos que vendían otros diarios, como el «Diario Taegu» o el «Periódico Taegu».

Regresé a casa con cuatro periódicos no vendidos. Aún así la ganancia era cinco hwanas. Si incluía hasta los cuatro periódicos, la ganancia era más todavía. Mi mamá se alegró mucho.

– Gracias a mi hijo Kilnam, en esta casa se puede leer el periódico. –comentó. Aunque la cena era igual que siempre: arroz, un plato de verdura y la sopita, esa noche me pareció muy rica.

Después de una semana pude aumentar la cantidad. Compraba quince. Aprendí algunas mañas: los envolvía con algún papel grueso para no manchar mi ropa, y vender en la estación y la cafetería donde la

gente pasaba el tiempo esperando. Un día pude vender cinco en el mismo lugar. Fue en la sala de espera del Hospital Militar, que antes de la guerra había sido la Facultad de Medicina de la Universidad Kyongbuk. Era amplio y en el jardín había muchos árboles. Tenía buena vista. En las bancas del jardín descansaban los veteranos en convalecencia y sus familiares.

Un día, cuando salía de la sala del Hospital, vi al Veterano vecino en una banca bajo la sombra de un árbol. Comía su fiambre con la mano izquierda. Su movimiento no era diestro. Su bolso infaltable estaba a su lado. ¿Por qué almorzaba allí? Traté de alejarme lo más pronto posible porque no quería mostrar mi situación de vendedor ambulante de periódico. Pero nuestras miradas se cruzaron.

—¿Cómo está? —le saludé.

Se sonrió sin ganas. Posiblemente sentiría vergüenza de sus movimientos torpes.

— Sabía que vendías periódicos. Eres buen trabajador.

— Su hora de almuerzo es muy tarde.

— Es que vine a ver a un amigo del ejército. Está hospitalizado. Además quería obtener noticias de mi pueblo.

Tapó su fiamblera medio terminada. Había arroz con cereales y un poco de pasta de ají. Estaba perplejo, muy diferente de su comportamiento ordinario. Decidí despedirme pronto. Se notaba fácilmente su intranquilidad.

— Me voy. Es que debo vender todo esto antes del atardecer —me despedí y caminé apresuradamente hacia la puerta principal.

Pasadas dos semanas mi voz ya tenía fuerza.

— ¡Diario Yongnam!, ¡Diario Yongnam!, acaba de salir el periódico. Hay noticia bomba. —gritaba, corría por todos lados y vendía sin dificultad quince periódicos. Mi recorrido tenía su ruta fija: centro, cafés, alrededor del Cine Songchuk, Mercado Yanqui, la Estación de Tren de Taegu y el Hospital Militar. Unas veces los muchachos lustrabotas y vagos me atacaron y quitaron todos los periódicos y todo el dinero. Cuando llegué a casa llorando, mi mamá me dijo:

— Mira, esa experiencia no se puede comprar ni con dinero. Menos mal que no te hirieron. No vayas a acobardarte, porque si lo haces, no podrás luchar más tarde.

Mientras me hablaba me palmoteaba. Cada día aprendía más tácticas y ya tenía tres clientes fijos en el Mercado Yanqui. A dos de ellos los conseguí gracias a la señora de Pyongyang. Eran unos comerciantes oriundos del norte y cada vez que les entregaba el periódico, lo recibían diciendo:

– A ver, si hay alguna noticia de la gente de mi pueblo...

Los días en que terminaba de vender pronto, no volvía a casa directamente, andaba por el centro para curiosear. Aunque llegara temprano, tenía que estar frente a frente con mi mamá. Además, si llegaban sus clientes jóvenes, tenía que salir antes de que me regañara por este u otro motivo. Así que llegaba a casa cuando mi hermana, vuelta de la escuela, preparaba la cena. Algunos días me encontraba con la señora de Pyongyang dos o tres veces al día y si tenía suerte comía panes o papas que le sobraban del almuerzo. Pasando la calle Tongsong, frente al Mercado Yanqui, había dos cines ‘Songchuk’ y ‘Chayu’. Estaban frente a frente en forma diagonal. En esas calles había tiendas de ropa, joyería, relojería, sastrería, taller de radio, etc. Y siempre estaban llenas de transeúntes. Me gustaba mirar las cosas de esas tiendas. Miraba la lujosa joyería ‘Pogumdang’ de la dueña de la casa. Observaba el trabajo del técnico Chong, de unos 35 años. Era admirable su destreza: grababa letras chinas como ‘Su’ o ‘Pok’ que significaban ‘longevidad’ o ‘buena suerte’ en la pata de las cucharas de plata. Llevaba un pequeñísimo instrumento como punzón de acero y un martillo chiquitito. Esas letras eran difíciles de escribir con la mano, pero él las escribía con puntitos. Eran bonitas. El señor Chong tenía el pelo corto y ojos chicos. Su mandíbula era puntiaguda. Su rostro se parecía al erizo. La dueña, de labios pintados de rojo, reía al hablar con los clientes.

Una tarde de sábado vi a Tongji, la sobrina del dueño, frente al Cine Songchuk. Estaba en el tercer año de High School, pero ahora, en vez de su uniforme escolar, llevaba un vestido floreado. Por su cabello largo y suelto, que normalmente tenía amarrado en dos moños, casi no la reconocí.

– ¿Qué tal? –la saludé.

No debí haberla saludado; estaba con un muchacho alto, granujoso y de pelo corto, por lo que supe inmediatamente que era estudiante; tampoco él estaba de uniforme y me echó una mirada desafiante.

- ¡Ah, eres tú! –contestó apenas y se puso roja.
- Creí que estabas sola. Bueno...hasta luego.

Me despedí apresurado, rascándome la cabeza. Entonces, Tongji rápido sacó dos chupetes grandes y me los dio.

– No digas nada a nadie. Es un pariente de mi pueblo natal. Por casualidad nos encontramos aquí.

Cuando los miré desde la calle Central, los dos, mirando a su alrededor, se acercaron a la taquilla del Cine Songchuk. Allí exhibían la película norteamericana «La historia se hace de noche». El dibujo de la propaganda era una escena de beso entre un hombre y una mujer occidentales. Que Songchun se paseara por la calle Chongno con una mujer bella, elegante y mayor que él, no me parecía extraño porque él ya era universitario, pero que Tongji anduviera con un muchacho de su edad siendo estudiante de High School, me pareció un poco raro. Me reí porque el muchacho también se sorprendió al ver que Tongji saludaba a un vendedor ambulante de periódicos.

Cuando veía volver a sus casas a los chicos estudiantes de mi edad, uniformados y con el maletín en la mano, me sentía desdichado. Entonces iba a la estación del tren. Allí podía ver a los mendigos y los desempleados que estaban peores que yo. Los niños en harapos andaban mendigando detrás de los adultos bien vestidos y los desempleados en uniforme militar raído ambulaban por la plaza y cuando encontraban puchos en el suelo, los recogían y fumaban. Los que se ganaban la vida cargando equipajes, corrían para ofrecer su trabajo, no, mejor dicho, ofrecer sus espaldas cuando salía la gente de la estación, y los comerciantes ambulantes que vendían panes y frutas pasaban más tiempo espantando moscas bajo el sol quemante. La vida era dura para todos los que no tenían dinero.

Fue un día, a mediados de junio, cuando las hojas de los árboles estaban más anchas anunciando la llegada de la época del insoportable calor, cuando por casualidad vi al Veterano en la calle, frente al Banco de la Nación. Yo corría con los periódicos como siempre, y él estaba en su uniforme de oficial sin distinción. Eran las tres de la tarde, hora cuando el calor era más intenso. Su espalda estaba empapada de sudor y se le veían dos fierros debajo de la manga derecha. Acababa de salir de un

edificio de tres pisos. El no me vio, claro que no, porque su gorro le llegaba hasta las cejas y sus ojos se fijaban en el suelo, a unos cuatro pasos más adelante. Parecía que no le importaba ningún transeúnte y en su mano izquierda su infaltable bolso militar.

Entró a un edificio de dos pisos al lado del de tres pisos. En el primer piso había una lavandería y en el segundo, una cafetería. Lo seguí y subí por las escaleras de madera crujiente al andar. Era un lugar que frecuentaba. Estaba lleno y yo fui directo al rincón. En general, esas cafeterías del centro estaban llenas de gente y la mitad de ellos no pedía ni siquiera té o café. Aunque el 20 de mayo ya habían terminado las elecciones generales de diputados de la tercera promoción, los de allí seguían con sus comentarios políticos sin cansarse.

Ya no me preocupé de la venta, mi curiosidad era mayor: ¿Habría venido a vender las cosas de su bolso? O si no, ¿habría venido a ver a alguien? El miró de reojo al mostrador. La dueña del café, en un elegante vestido coreano, estaba sentada cambiando un disco. El Veterano se paró enfrente y puso su mano de fierro encima del mostrador. Se produjo un ruido metálico. Los de las cafeterías, por lo general, reconocían inmediatamente a los veteranos minusválidos que andaban vendiendo algunos cachibaches porque comúnmente sus uniformes militares no eran limpios ni su apariencia era apuesta. Pero nuestro vecino llevaba el uniforme bien planchado, aunque su espalda estuviera mojada de sudor, se afeitaba con frecuencia; no parecía un vendedor ambulante. La dueña, que no lo juzgó como un vendedor, se asustó al ver la mano de fierro. El papá de Chunjo, como un cobrador, la miró fríamente, abrió el bolso militar y sacó las cosas. Eran lápices, cuadernos, peines y cepillos de diente. No habló nada.

Pude oír el rumor: era un vendedor ambulante. Allí estaba un mercachifle. Una vez la señora de Kyonggui nos contó:

— La otra noche, cuando abrí la puerta de la habitación de la familia del Veterano, lo vi contar las monedas regadas en el piso.

Dijo que seguramente andaría vendiendo chicles o lápices en las oficinas y en los cafés. Los de la casa pensábamos como ella. Por esta razón, al empezar a vender los periódicos, pensaba que algún día me chocaría con él cara a cara en un lugar del centro. Porque si no vendía

en el centro, era imposible vender en otros lugares. Como ex oficial, no debía andar de casa en casa exigiendo la compra. Además, así la ganancia no sería gran cosa.

– ¡Dios mío! ¡Otro!. Hoy no sé cuántos han venido. ¡Qué fastidio! Por comprar tanto, no tengo dónde guardar todo –le gritó la dueña.

El Veterano le lanzó una terrible mirada sin inmutarse. La dueña sacó de su cajón una moneda de un hwan o cinco hwanes y la puso sobre el mostrador.

– Oiga, lléveselo todo. No necesito nada de eso.

Se abanicó y volteó la cabeza hacia el interior del café.

El papá de Chunjo, callado, empezó a devolver las cosas al bolso. Luego abrió la puerta y salió con la cabeza bien erguida.

– ¿Será sordomudo? –murmuró la mujer mirando la puerta.

Vi la moneda en el mostrador. No se la llevó. Salí del café. No creía que se hubiera olvidado de recogerla. Era orgulloso. Me impresionó su dignidad.

Lo seguí a una distancia de unos 30 m. Me olvidé que tenía periódicos para vender. Creí que iba a entrar a otro café o tienda, pero no. Atravesó la calle Central y se dirigió hacia la Estación. Lo seguí. Quería presenciar la escena de la venta. No se detuvo en la estación. Dobló al este, pasó por el prostíbulo y siguió hacia el cruce de Tongin. ¿Estaría yendo a un lugar tranquilo para almorzar? Ya no podía retroceder, estaba detrás de él y debía ver qué hacía. Pasó por la callejuela debajo de la vía férrea y caminó hacia el Mercado Chilsong. Se detuvo en la entrada de la sección de verduras, repleta de gente. Las vendedoras ambulantes estaban en ambos lados de la acera. Allí estaba la mamá de Chunjo. Ella, al ver a su esposo que la buscaba, se paró. Tenía en su espalda a la bebé recién nacida. Caminé hacia ellos junto a otros vendedores y compradores.

– ¡Ya no puedo seguir más con este oficio! Me da asco. No hay compradores –se quejó el esposo.

– Lo sé. Claro, no es un trabajo para ti. A no ser que encontremos algún lugar menos transitado. Si se pudiera monopolizar la estación de tren o las escuelas, sería diferente.

- A los ex oficiales nos prohíben ser vendedores ambulantes. Solamente los ex soldados rasos tienen derecho de serlo.
- Pero, no haces mal a nadie.
- Es que temen la crítica de la gente. Y en cierto sentido tienen razón. Fui hasta el Terminal de Buses Interurbanos; pero, fíjate, los policías militares estaban examinando los documentos de los veteranos. ¿Qué quedaba? Fui al centro, y allí, ¡carajo!...
- Descansa en casa hasta que el Centro de Rehabilitación te consiga un trabajo. Yo trabajaré más.

Desató el pañuelo con que se amarraba el pelo y le limpió el rostro sudoroso.

- ¿Quién sabe cuándo me conseguirán un trabajo? Si no trabajo, ¿hay alguien que me dé la comida?
- Pero tampoco te mueres de hambre.
- Debo ganar siquiera para reunir algo para alquilar un lugar mejor.

En ese momento sonó fuerte el silbato. Los ambulantes cargaron sus mercancías sobre sus cabezas y huyeron. La señora cargó sus manzanas en la cabeza y apresuró sus pasos en la dirección opuesta al silbato. La cabeza de la bebé, parecida a una calabacita, se movía en vaivén.

- Ella dio a luz 15 días después de que yo empezara a vender los periódicos. Ese día ella no salió a trabajar. Como desde la tarde se oían sus gemidos, mi mamá fue allí y volvió lamentándose.
- ¡Dios mío! ¡Qué mujer! Quiere dar a luz sola.

Cuando volví después de vender los periódicos, sus gemidos ya eran gritos continuos.

- Alguien debe ayudarla –dijo la abuela.

La señora de Kyonggui se quedó quieta, sin mover ni un dedo. Mi mamá fue. Todavía no llegaba la señora de Pyongyang. La mamá de Chunjo le dijo a mi mamá que no se preocupara porque ya llegaría su esposo para ayudarla. Dio a luz después del toque de queda. Mi mamá y la señora de Pyongyang trabajaron mientras el Veterano impaciente daba vueltas en el patio. Nació la niña. Al tercer día, la mamá de Chunjo salió a trabajar cargando a la recién nacida en la espalda. Todos le aconsejaron que descansara una semana, pero ella no hizo caso a nadie. Dijo que

debía trabajar más que antes ya que tenía una persona más en la familia. Cuando salió por la puerta interior con el rostro pálido y el cuerpo enflaquecido, mi mamá me dijo:

– Mira, para sobrevivir sale a trabajar en ese estado.

III

La estación de lluvias del verano de 1954 fue larga y aburrida. La inundación de ese año fue tan terrible que pareció que Dios deseaba limpiar toda la basura acumulada durante los tres años de guerra. Otro desastre para los pobres que estaban por establecerse. La lluvia empezó el 29 de junio y duró hasta el 25 de julio. Afectó más la parte sureña de la península con un saldo de 44 muertos y 450,000,000 huanes de daño.

No se vio el sol ni un día, los nubarrones negruzcos taparon el cielo y cayó la lluvia sin cesar. La ciudad deliraba en la humedad. La comida gratuita para los pobres tampoco llegó a tiempo. El precio de los productos agrícolas se duplicó en un mes. Se racionaba la electricidad hasta las 10 de la noche, y para mayor colmo, hubo apagones a cada rato. Hubo inundación; sin embargo, escaseaba el agua potable, al principio fue racionada a dos horas al día. Los vendedores de agua potable ganaron mucho dinero. Algunas veces, después de dos días de restricción de agua, de repente llegaba a medianoche, entonces los inquilinos de la parte baja, trasnochábamos recogiendo el preciado líquido.

Antes de la época de lluvia, vendía veinte periódicos; pero con la lluvia, apenas diez. Después del almuerzo llegaba al Diario y cuando veía que llovía más, ya no pedía diez sino ocho y salía a la calle: en una mano el paraguas estropeado, en la otra los periódicos envueltos con otro papel grueso. Aunque estaba grita que grita, había pocos compradores. Como no podía adivinar la hora de la puesta del sol, me acercaba a alguna relojería para saber la hora de regreso a casa. Los días que no podía vender todo, mis pies eran de plomo. Las piernas mojadas debajo de la pantaloneta me temblaban de frío. Los zapatos chorreaban y al caminar oía el chapoteo de mis pies. Además del frío, el hambre era insopportable. Cuando ya me acercaba a casa, lo primero que olía era el pan de la señora de Kimchon. Se me hacía agua la boca. Mi único deseo en ese tiempo era comer bien, comer, por ejemplo, arroz y carne. Mi mamá nos

servía cebada mezclada con treinta por ciento de arroz y ni siquiera una buena porción. Nos decía siempre: «Mucha comida produce dolor de estómago. Si se come mucho, la cabeza ya no funciona. Es horrible ser glotón.» Terminaba mi porción inmediatamente y siempre quería comer algo más, aun sabiendo que nada sobraba.

– Kilnam, ¿no pudiste vender todo? Pobrecito, empapado, cuidado con la gripe. Tan tierno has empezado a trabajar. –Con estas palabras cariñosas me recibía la señora de Kimchon.

Fue un día de esos que llegué a casa con dos periódicos sobrantes de ocho. En la tienda de la señora de Kimchon vi a un hombre de unos treinta años preguntándole algo. Ella estaba cocinando sus panecillos. El hombre era de rostro huesudo y vestía un traje con camisa blanca, sin corbata.

– Es que... aunque diga así, usted no puede engañarnos. Dígame dónde está ahora.

El hombre, al verme, dejó de preguntar. Ella, llena de miedo, me echó un vistazo y quedó silenciosa. Cerré mi paraguas, pasé por el lado del horno de lata, tienda y cocina a la vez. Abrí de nuevo el paraguas para cruzar el patio de la entrada. Cuando di unos pasos hacia la puerta interior, me llamó:

– ¡Oye!, quiero hablar contigo.

Me detuve. El hombre se puso debajo de mi paraguas.

– Eres estudiante-trabajador, ¿verdad? Quisiera hacerte unas preguntas. ¿Has visto a un hombre que viene a visitar a la mamá de Poksul? Tiene una cicatriz de cuchillo en la cara. Es más o menos de mi edad. Lo has visto, ¿sí?

Me dirigió una mirada terrible y penetrante.

– No, señor, nunca he visto tal hombre.

Negué, pero efectivamente sí lo había visto dos veces. La primera, una tarde cuando acababa de empezar el trabajo, estaba saliendo de la casa y lo vi salir de la habitación de la señora de Kimchon. Era un poco moreno y tenía una cicatriz desde la mejilla hasta la mandíbula. Estaba en uniforme militar teñido de negro, la vestimenta típica de los pobres. La segunda vez fue más o menos un mes antes, una tarde cuando regre-

saba a casa: lo vi en la callejuela de Changgwan-dong y sin querer lo seguí. Caminaba mirando atrás algunas veces y cuando me vio, sonrió.

– Eres estudiante de Middle School, ¿verdad? ¿En qué año estás?

– No soy estudiante.

– Entonces, ¿eres vendedor profesional de periódicos?

– Sí, señor.

Recién supe que la gente llamaba al estudiante que vende periódicos «vendedor» y al que no estudia «vendedor profesional».

– Es que...

El hombre de rostro huesudo se interrumpió repentinamente por los pasos de alguien. Era Chongte, que salía con ojos grandes sangrientos, sin paraguas, y tosiendo mucho.

– Bueno, adiós. Nos vemos. –Se despidió y entró de nuevo a la pieza de la señora de Kimchon.

Al llegar al patio central, pensé que había hecho bien en no haber dado ninguna información. Cuando la tropa sureña recuperó Seúl después de tres meses de combates, mi mamá nos advirtió varias veces a mí y a mi hermana y dijo que si la gente nos preguntaba por mi papá, deberíamos contestarles que había muerto en el bombardeo. Además, que no sabíamos nada de la vida en Seúl. Por eso, creí de verdad que mi papá había muerto en el bombardeo. Es que él había desaparecido después de la reconquista de Seúl por las tropas del Sur, y hasta ahora no sabemos nada de él, a lo mejor se lo habrían llevado al norte o se habría ido allá por su propia voluntad. En fin, desapareció durante la guerra.

– Sé que antes de la guerra tu papá no tenía nada que ver con eso de la ideología. Y hasta criticaba al Presidente y otras autoridades que abandonaron Seúl antes que el pueblo. Pero, imagínate, ¿qué cosa no habría hecho para sobrevivir? Es que desde mediados de julio ya no llegaba a casa con frecuencia. Era extraño, pero como él no contaba de su trabajo de fuera no se le podía preguntar... Pero sí nos traía comida. Cuando le preguntaba dónde la había conseguido, no me respondía nada. ¿Cómo una mujer podía preguntar y preguntar sobre la vida de un hombre?

Era lo único y claro que mi mamá contó de mi papá a escasos días de mi matrimonio. Entonces ya no teníamos ni la más leve esperanza de verlo de nuevo. Vivíamos olvidándonos de él. Después de tantos años mi mamá recién había revelado la verdad.

Cuando llegué a la casa, mi mamá estaba sentada en la entrada y miraba el cielo lluvioso. Estaba preocupada. Mi hermana, encogida delante de la cocina portátil, tenía en una mano el cuaderno de vocabulario de inglés y en la otra un abanico. Echaba aire a la cocina fijando sus ojos en el cuaderno. Estaba cocinando cebada con arroz. Al verme me dijo en voz baja:

– ¿Recién?

En el piso de la habitación mi hermano Kilchung hacía sus tareas con un diminuto lápiz. Ese chico nunca reía, ni contaba chistes, ni jugaba. Me hacía recordar al Veterano. El hermano menor, con su infaltable moco, lo miraba echado a su lado. El ambiente estaba negruzco como el día.

Cuando empezó la estación de lluvias, ya no le llegaron trabajos a mi mamá. Y cuando regresaba a casa mojado como ratón, nadie me decía nada. Si mi mamá me hubiera dicho «Pobrecito de mi hijo, cuando llueve, no trabajes. No podrás vender gran cosa. Trabajas demasiado.», le habría contestado, «Está bien, mamá. Trabajaré hasta cuando pueda.». Pero ella, viéndome llegar tiritando de frío, no me decía nada. Cuando comparaba mi situación con la de otros muchachos; sin ir lejos, con mi hermana y mi hermano que estudiaban en la escuela, se me asomaban las lágrimas. Ella no se compadecía de mí, que trabajaba y no estudiaba.

Esa noche se lamentó más que nunca. Dijo que con la inundación, qué loco iría al restaurante para comer y beber aunque fuera multimillonario. Dejó la mitad de su comida. Seguramente había perdido el apetito al imaginarse que nos moriríamos de hambre por falta de trabajo. Al ver la comida, aceleré mi cuchareo para terminar mi porción lo más pronto posible.

– Kilnam, come mi porción.

Con su visto bueno, vertí rápido su arroz en mi sopa de hojas de calabaza.

– Aunque no llueva, en verano no es bueno el negocio en las licorerías. Los dueños de las tabernas dicen que en verano siempre anda mal el negocio –le dije de buen humor.

– Como andas afuera, ya sabes muchas cosas. –se rió sin ganas mirándome.

El filamento del foco quedó rojizo y no se encendió. Tampoco hubo luz esa noche. Afuera reinaba la oscuridad bajo la lluvia. Mientras comía, miraba a cada rato hacia la puerta interior, creía que la señora de Kimchon me buscaría para saber qué me había preguntado el hombre del rostro huesudo. Después de la comida salí al patio de la entrada. Entré a la cocina. La puerta de la tienda estaba cerrada. Era temprano. En la habitación se oía un llanto.

—Mamá, mamá...

Era Poksul que reclamaba a su mamá.

— Poksul, no llores.

Abrí la puerta.

— ¿Eres Kilnam?

Me asusté por la voz aguda que salía desde la oscura habitación. No me imaginaba la presencia de un hombre en esa habitación y no pude adivinar de quién era esa voz.

— ¿Quién es usted?

— Soy Chongte. Entra.

Sólo se oía su voz.

— Es que está muy oscuro. ¿Por qué no enciende siquiera la lámpara?

— ¿Para qué? Da lo mismo.

Entré de rodillas y cerré la puerta. Pude divisar la figura de Chongte en la oscuridad: los ojos hundidos y los pómulos muy resaltantes. Por estar tuberculoso, fue exonerado del servicio militar. Consumía la medicina que le traía su mamá, y según ella, esa medicina era muy efectiva. La conseguía en el mercado negro de productos procedentes de la base militar. Por tanto, era muy cara.

— Poksul, ¿a dónde fue tu mamá? —le pregunté al niño.

— Ese hombre se la llevó. No me dio la comida y se fue con él. —me contestó llorando.

— Pero te di los panecillos, ¿no? —le dijo Chongte. Luego se dirigió a mí.

— Ese malvado de mandíbula como cuchara ¿qué te preguntó?

Vacilé un momento, pero me decidí a contestarle porque Chongte se llevaba muy bien con la señora de Kimchon.

— Me preguntó que si un hombre de cicatriz en la cara no venía a visitarla.

- ¡Mierda! ¿Qué desea ese mierda?
Rechinaban sus dientes.
- ¿Qué es él?
- Un perro.
- ¿Perro?
- Un policia.
- ¿Qué mal ha hecho ella?
- Tú no puedes entender. Para comprender todo tendrías que madurar, o el país estar liberado –me contestó con cólera.

Yo sentí miedo, miedo de estar frente a él en la oscuridad. Salí con el pretexto de que a lo mejor mi mamá me buscaba. Después de que salí, Poksul empezó a llorar de nuevo; Chongte tosió, y luego lo arrulló.

Chongte pasaba las mañanas leyendo libros en su habitación, y en la tarde, si no salía a la calle, se sentaba en el umbral de la tienda de la señora de Kimchon; los dos conversaban como si fueran amigos de hace tiempo. Los dos hombres del patio bajo, el Veterano y Chongte, no tenían amistad con otros vecinos. La señora de Kimchon era una excepción para Chongte. Algunas veces oíamos los regaños de su madre.

– Oye, dicen que conversas frecuentemente con ella en su tienda. ¿Te gusta el chisme de que el soltero y la viuda estén enamorados? Cuidado, ¿eh?

Era un regaño suave, y el hijo no le hacía caso. Algunas veces, en la tarde, veía a la señora de Kyonggui acompañando a la señora de Kimchon. Y otras veces estaban juntos los tres; pero la que conversaba era la señora de Kyonggui, y Chongte, callado, observaba el movimiento de la calle con sus ojos hundidos.

Al día siguiente cuando me levanté, ya había cesado la lluvia pero todavía había nubes grises. No parecía que iba a escampar definitivamente. La señora de Kyonggui fumaba como chimenea, acurrucada frente al baño. Salí al patio de entrada; la señora de Kimchon estaba calentando su cocina para el desayuno.

- Ya está usted en casa, anoche Poksul la reclamó mucho.
- Sí, pues, vine hace poco. Chongte durmió con Poksul.

Su cara con manchas estaba hinchada y los ojos enrojecidos. Parecía que no había dormido. Su pelo también estaba desarreglado.

– ¿Adónde fue?

Aunque adivinaba, me atreví a preguntarle.

– Es que...fui a la casa de un familiar para prestarme arroz.

Cuando ya estaba por volver a mi pieza, me preguntó ella.

– Kilnam, ¿cómo se murió tu papá?

– En el bombardeo de Seúl.

– ¿Viste su cadáver con tus propios ojos?

– No, no lo vi. Pero, ... en fin, murió así.

– No sé porqué hemos nacido en esta tierra tan miserable.

Suspiró ventilando con un abanico roto la cocina de carbón. Salió un hilo de humo azul desde la cocina.

– Los mayores de la parte baja dicen que el papá de Poksul sí está vivo. ¿Es verdad? –pregunté lo que siempre quería saber. Siempre había escuchado el cuchicheo de los mayores acerca de su esposo, cuchicheo que terminaba con la mención sobre la dueña de la casa, parienta de la señora de Kimchon.

– Es que...él...–dejó de hablar y se enjugó las lágrimas con su falda. No era sólo por el humo.

Cuando volví, escuché que la señora de Pyongyang regañaba a su hijo por haber dormido en la habitación de la señora de Kimchon.

Ese verano tuvimos tres inundaciones en esa casa. La última, a fines de julio, fue la más terrible. Ese día entero hubo viento y llovió a cántaros. Cuando estaba por volver a casa después de vender, escuché el noticiero de la radio en la tienda de radios en la calle Tonggong; la tienda tenía un alto parlante conectado a la radio. Decía el locutor que en ese momento, a las seis, el volumen de la lluvia llegaba a más de 110 mm en la zona de Taegu.

Esa noche también hubo apagón. Cenamos en la oscuridad. Nadie habló. Mi mamá nos propuso no almorzar desde el día siguiente porque no había trabajo. En la habitación contigua también el tema era semejante: como no andaba bien el negocio, no se podía pagar la medicina del hijo mayor ni la colegiatura del segundo hijo.

Después de cenar, encendimos la lámpara; mi hermana y mi hermano empezaron a estudiar encima de la mesita que servía para comer y estudiar. Mi mamá se recostó, mi hermano menor y yo, sentados en la entrada, miramos la lluvia de la noche. Sólo se oía el ruido de la lluvia que caía al techo de lata de la cocinita y al patio, el ruido de agua de la acequia rugiendo al lado del muro de nuestra pieza. Por todos lados era lluvia, lluvia y lluvia.

– Kilnam, anda a ver la acequia. Mira bien a dónde va toda esa agua. – me habló casi gritando la señora de Kyonggui, que fumaba en la entrada de su habitación, dos habitaciones más allá de la nuestra.

Me puse los zapatos de jebe y di vuelta por la casa siguiendo la acequia que corría más o menos, pero no tan bien. La casa vecina estaba dos gradas más alta que la construcción del patio central. Y la acequia estaba conectada con esa casa por un hueco en la pared de madera. La acequia ya no apestaba pero por la cantidad de agua era posible que inundara, entonces la casa se llenaría de agua. Empecé a sacar tierra del hueco con un palo que encontré en el muro. Alrededor del hueco ya se formaba un pantano porque el agua no pasaba rápido a la otra casa. Perforé más el hueco. Mientras tanto, mi camisa y mi pantalón se mojaron completamente. Volví a casa.

– ¡Qué lluvia tan pesada! El cielo habrá abierto su bragueta. Y, ¿esa niña? ¿Por qué no vuelve rápido? ¿Cómo puede estudiar sin luz? –murmuró la señora de Kyonggui mirando la puerta interior. Luego, botó el pucho al patio.

Mison, durante las vacaciones, cuando no había clase en su escuela nocturna, estudiaba inglés en una academia. Sabía hermostearse, era hacendosa, típica mujer de Kaesong. Lo único que hacía su mamá era preparar la cena; lo demás lo hacía ella: preparaba el desayuno, estudiaba, trabajaba, y los domingos lavaba toda la ropa después de volver de la iglesia. Cada dos días se lavaba el pelo largo, y su uniforme escolar y su vestido siempre estaban limpios y bien planchados. No era una mujer común y corriente. Mi mamá decía: «Esta chica dormirá cuando no mastique el chicle. Pero como siempre le escucho masticar, no sé cuándo dormirá.»

– Si sigue la lluvia así, el patio se llenará de agua. ¿Qué hacer? –habló solita la señora de Kyonggui y miró hacia nuestra habitación.

– Kilnam, si te pide otra vez, no le hagas caso. ¿Acaso ella no tiene

pies? Si está tan preocupada, ¿por qué no manda a su hijo? La madre y el hijo sentados, mandan a un mocoso hijo ajeno. —se quejó mi mamá desde la habitación. Junggyu estaba adentro porque se le oía el silbido. A mi mamá no le gustaba la señora de Kyonggui ni tampoco a la señora de Pyongyang. Las que le conversaban eran la esposa del Veterano, simpática y amiga de todos, y la abuela de la parte de arriba.

Esa noche sucedió la terrible inundación que tanto nos había preocupado. Estábamos profundamente dormidos, arrullados por la lluvia, cuando mi mamá se despertó.

— ¿Quién grita tanto?

Me desperté. Sólo la oscuridad y la lluvia llenaban mis ojos y mis oídos. Cuando llovía, no utilizábamos el mosquitero, y, como siempre, la puerta estaba bien cerrada. Era costumbre de mi mamá asegurar la puerta. Aunque entrara un ladrón, lo único que podría llevarse sería la máquina de coser. Más tarde comprendí que era una actitud defensiva de una viuda.

— ¿No hay gente en esta casa? ¿No les importa que la lluvia se lleve la casa? ¿Son tan indiferentes porque no son dueños?

Era la voz del dueño de la casa, la reconocimos después de que un relámpago iluminara la puerta un momento. Estaba borracho. No podía adivinar la hora. El tenía el permiso especial para transitar, su regreso no tenía que ver con las doce, hora del toque de queda.

Mi mamá se apresuró a vestirse en la oscuridad, luego encendió la lámpara, que usábamos sólo cuando estudiaba mi hermana o mi mamá trabajaba.

— ¿Cómo pueden dormir tranquilos cuando el patio está por convertirse en un mar? ¿Creen que no se inundarán las habitaciones? —gritó de nuevo. Su borrachera no le dejó articular bien. Recién se oyeron voces en cada pieza. Mis dos hermanos siguieron profundamente dormidos. Mi hermana se levantó y se cambió de ropa. Cuando mi mamá abrió la puerta, vimos el patio con el reflejo de la lámpara. El agua ya llegaba hasta el nivel de la entrada de la habitación y el patio era un mar. El jardín de plantas era una isla. Rayos en forma de raíces de árbol irradian el cielo. El dueño, con paraguas, estaba cerca de la puerta interior y el agua le llegaba hasta la rodilla. Trataba de caminar, pero sus pasos no

eran firmes. Sobre el agua seguía cayendo la lluvia. Los zapatos y la madera de lavar ropa flotaban.

- La cocina y los utensilios estarán inundados. ¡Dios mío! ¿Cómo podremos cocinar si el carbón está mojado?
- ¡Qué lluvia loca! El patio está como el río Taedong.
- Ya se llevó hasta los zapatos.
- Ya está por entrar a la habitación. ¿Qué hacemos?

Se oían los gritos y lamentos. Encendieron dos lámparas. Los de abajo, apenas despiertos, no sabían qué hacer, todos estaban asustados.

La casa de arriba, cinco gradas más alta, no tenía problemas, porque el agua apenas llegaba hasta la tercera grada. Los de arriba, parados en fila en la sala, miraban a los de abajo. Algunos bostezaban, otros se estiraban. Miraban con indiferencia el patio y la parte baja. Aunque las habitaciones de los inquilinos se inundaran, el agua así no más no llegaría hasta arriba; si llegaba allí, todo el barrio Changgwan-dong, la calle Chongno y la calle de Hierbas Medicinales se inundarían también.

- ¿Qué hacemos? Se inundará la parte de abajo. -gritó la abuela, pero nadie cruzó el patio. Aunque lo hubieran hecho, nada habrían solucionado.

- Parece que el desagüe de la cocina también se ha atorado. No se oye el ruido del agua. -dijo la señora An, la sirvienta de ellos, saliendo de la habitación contigua a la cocina.

- ¿La cocina está bien? -le preguntó la abuela.

- Sí, allí no llegó el agua.

La señora An entró al agua y empezó a sacar los utensilios cerca del desagüe. La esposa del Veterano y mi mamá entraron a cada cocinita, sacaron utensilios y los colocaron en la entrada.

- Se puede usar un bote. -dijo Songchun que todavía estaba de pie en su sala.

- Se habrá llevado todos mis peces. -dijo Vivo. Los peces eran unos pececitos y renacuajos que había recogido en el riachuelo del río Kumjo, cerca de la fábrica de su papá. El dueño, con los pantalones mojados, subió la gradería. Su esposa, que estaba en pijama en su sala, lo recibió con un sermón: por qué llegaba tan borracho y tan tarde a pesar de tanta lluvia.

- Aunque llueva, las máquinas funcionan. Si me quedo en casa, ¿quién

nos da comida? ¿Cómo puedo descuidar la invitación? Si quiero cobrar, debo invitar a chupar primero.

Ante este argumento del mundo de arriba, dijo alguien del de abajo:

– Cree que la lucha por la sobrevivencia es un chiste, ¿eh? ¡Qué trabajo tan duro! Si dice que es difícil ganar la comida, ¿por qué anda chupando tanto licor?

Era Chongte, pero su voz no llegó hasta arriba.

Si continuaba lloviendo, el agua llegaría a las habitaciones. Cuando todos estaban ocupados localizando sus zapatos, trasladando los utensilios de la cocina a las entraditas de la habitación, el Veterano vino hacia nosotros cruzando el agua. En su mano izquierda tenía una pala. Bajé al patio bajo la lluvia, lo seguí y llegamos al hueco del muro. Ya no se podía localizar fácilmente, y allí la situación era igual. En la casa vecina también se oían voces y sonidos de los que sacaban el agua.

– Oigan, ¿cómo están allí? –les preguntó el Veterano dejando de ampliar el hueco con la palana.

– El patio y la cocina están inundados. Parece que el desagüe está tapado. No pasa el agua.

El Veterano volvió al patio central.

– A ver, traigan baldes, debemos sacar el agua de aquí al patio de la entrada. –propuso él.

Nadie le hizo caso. Todos andaban ocupados por asegurar sus cosas. Junggyu y Mison subieron sus frazadas y ropas al pequeño estante de la habitación y ahora estaban llevando una maleta grande a la parte de arriba. La señora de Pyongyang y Sunjua los siguieron cargando los bultos de uniformes militares en la cabeza.

– ¿Qué hacemos si llega el agua hasta la habitación? A ver, primero debemos subir la máquina al estante.

Mi mamá la subió. Mi hermana hizo un bulto de frazadas y salió hacia arriba. Kilchung, callado, recogía sus libros y cuadernos, y el menor tiritaba delante de la puerta.

– Lluvia, lluvia. ¡Qué rica sería si fuera sopa! –gritó, aplaudiendo al ver el cielo con rayos.

– Debemos solucionar el problema. No hay que preocuparnos solamente de nuestras cosas. Oye, joven, sígueme con un balde de agua –le gritó el Veterano a Chongmin, segundo hijo de la señora de Pyongyang. Estaba saliendo con su pequeña mesa. El grito sorprendió a todos, porque jamás lo habíamos oído hablar. El ya estaba sin camisa.

– Claro, él tiene razón. El patio central es más bajo que cualquier parte del barrio. Deben sacar el agua. El desagüe de la calle sigue funcionando bien. –dijo el dueño secándose la cabeza y cara con el pañuelo.

Junggyu y Chongmin siguieron al Veterano con baldes. Los seguí también. La esposa del Veterano, amarrada la cabeza con una pañoleta fue arriba llevando a la bebé envuelta en una manta.

– ¿Creen que pueden sacar el agua del río con unos baldecitos? –criticó con amargura la señora de Kyonggui, que llevaba platos a la entrada de la parte alta.

El Veterano pasó la pala a Junggyu y le dijo que sacara tierra y la amontonara en la puerta interior. Después pidió a Chongmin sacar la puerta. Luego él mismo fue a la bodega y trajo dos sacos de paja. Junggyu sacó la tierra que estaba al lado del muro del patio de la entrada y la amontonó donde estaba la puerta interior. Entonces el Veterano colocó los sacos encima de la tierra y los pisó fuerte.

– Ustedes, mujeres, vengan también.

Ante su voz, Chongte y su familia, detrás de ellos mi mamá, mi hermana y Mison llegaron.

– Chongte, tú no debes trabajar. No debes mojarte. Toserás más. –le dijo su madre, pero Chongte no le hizo caso.

– Señora, hay que colaborar todos, así podremos terminar pronto. A ver, formen tres personas un grupo. Uno que saque el agua, otro que la pase al tercero y el tercero que la bote al patio de la entrada. Todos los hombres serán número uno.

El ya era capitán. Su camiseta interior se le pegó y el brazo de fierro que jamás lo había mostrado públicamente se veía claro por la luz de las lámparas de la parte de arriba. Ese brazo postizo ejercía un poder mágico: todos le obedecieron sin chistar.

– A ver, muévanse rapido y formen grupos. ¿Listos? El trabajo es sencillo. Aquí sólo se necesita pasarse bien los baldes. Si no nos apresuramos, el agua inundará nuestras habitaciones.

Todos seguimos sus órdenes. Los que sacaban el agua eran Junggyu, Chongte y Chongmin. Ellos los pasaban a las de la segunda fila: Sunjua, Mison y mi hermana. En la última estaban la señora de Pyongyang, la esposa del Veterano y mi mamá. Mi trabajo era pasar el balde a los de la primera fila. El Veterano hacía un dique desde la puerta interior hasta la puerta principal para que el agua pasara bien.

Todos trabajamos sin preocuparnos de la lluvia. Como trabajamos en grupos, nadie podía descansar. Sin embargo, los de arriba no movían ni un dedo. Dos de ellos ya se habían ido a sus habitaciones y los demás simplemente nos miraban trabajar. La abuela seguía de pie. La señora An vino a ayudarnos y la siguió la señora de Kimchon. Ellas formaron otro grupo con el Veterano. La única que faltó entre los de abajo fue la señora de Kyonggui. Los rayos y relámpagos disminuyeron y la lluvia también.

– ¡Rápido! Siendo hombre, ¿no tienes fuerza? –Sunjua le dijo a Junggyu, recibiendo el balde.

– ¿Acaso saco los dientes con fuerza? No me gusta su comentario. –le respondió Junggyu.

– ¡Caramba! El soltero y la soltera forman un grupo, aquí puede suceder algo. Pásense los baldes pero sin tocarse las manos. –comentó la señora An y todos nos reímos.

– Mison, cámbiame de lugar. –le propuso Sunjua.

– ¿Por qué? Los grupos están bien formados.

– No, no quiero. Yo no voy a trabajar en pareja con tu hermano.

Mison fue a la fila de su hermano limpiándose el rostro empapado. Se le notaban los senos y pezones por encima de la blusa mojada.

– Ya no tengo ganas de trabajar. –dijo con buen humor Junggyu y empezó a silbar una canción.

Fue en ese momento cuando el Veterano alzó la voz.

– Oigan, ustedes, estudiantes, vengan a trabajar. ¿Acaso no viven aquí? En este lugar y en este momento no hay dueños ni inquilinos. Deben participar en esta faena. ¿Qué aprendieron en la escuela?

– Bien dicho. –lo apoyó Chongte.

– Sí, señor, íbamos a participar. –dijo el Cabezón, el segundo hijo del dueño y remangando sus pantalones bajó a la gradería. Lo siguió el Vivo.

– ¿Adónde van? Esa agua está llena de mierda. El baño de allí está inundado. ¿No lo saben?

Los hijos no le hicieron caso a su madre y entraron al agua. Songchun, que estaba remangándose, se quedó tieso.

– ¡Dios mío! ¿Qué van a hacer? Toda esa agua es del desagüe. Oigan, chicos, no se metan –los llamó de nuevo la dueña.

– ¿Quién les dijo que tomaran el agua de mierda? Si de verdad es de mierda, hay que sacarla para que ya no apeste. –gritó Chongte, mirando arriba.

– Chongte y mi esposo tienen razón. ¿Acaso mi esposo fue a la guerra para luchar sólo por su bienestar? En estas circunstancias todos debemos colaborar. Aquí no hay ni yo ni tú. –dijo en voz baja la esposa del Veterano.

La dueña se llevó a su esposo borracho a la habitación porque posiblemente habría tenido miedo de que el Veterano o Chongte protestaran. Songchun se desanimó y se retiró a su habitación silenciosamente. La única persona que quedó allí observándonos fue la abuela, sentada en su sala, quejándose de sus dos nietos que no le hacían caso.

– Se van a resfriar. Y mañana en la escuela dormirán por falta de sueño, y el profesor los castigará.

Los lamentos de la abuela no tenían fin. Entre los mayores de la parte de abajo sólo la señora de Kyonggui trabajaba para sí: llevaba sus cosas a la parte alta.

Con los dos hijos del dueño que se quedaron formé otro grupo. En total hubo cinco grupos que llenamos las graderías de la puerta interior. Trabajamos en silencio y sin descanso bajo la lluvia ya menuda pensando sólo en una cosa: debemos sacar el agua de mierda lo más pronto posible antes de que llegue a la habitación, porque de lo contrario, la pestilencia quedaría impregnada en la habitación, en la ropa, en las cosas y duraría mucho tiempo.

– En el verano de 1951 nos enfrentamos con la tropa china en Kumsong, y entonces llovió a cántaros como ahora. Una noche oscurísima, esos chinos tocaban sus flautas y nosotros no sabíamos dónde estaban. Terrible... –habló el Veterano, pero nadie le mostró interés. Todo lo relativo a la guerra les era abominable. En ese momento Sunjua gritó de alegría:

– Miren, ahí están las graderías. Sacamos bastante, ¿no?

Todos dejamos de trabajar y miramos abajo. Era cierto. Más o menos habíamos sacado la mitad. Habría pasado también algo por el desagüe, pero más que todo era el fruto de nuestro esfuerzo. Era verdad el dicho: «Piedrita a piedrita se hace una montaña». Todos, más animados, apresuramos el trabajo. El movimiento de las manos era más ligero y rápido.

Cuando terminó la temporada de las lluvias, llegó un calor insoportable. En las habitaciones del patio central no había viento. Mejor dicho, el viento pasaba por lo alto no más. Cuando nos sentábamos en la entrada después de la cena, nos chorreaba el sudor. Con el calor llegaron los zancudos que nos picaban por lo menos en seis o siete lugares antes de acostarnos dentro del mosquitero. Para escaparnos de su ataque salíamos a la calle Chongno o la calle de Hierbas Medicinales, y entonces veíamos a los que iban a casa llevando en una mano sandía y en la otra hielo. Mi boca se llenaba de agua imaginando un alegre banquete de sandía: cortarían la sandía, sacarían la pulpa roja en un recipiente grande, echarían el hielo machacado y agregarían el azúcar. La familia de la señora de Pyongyang y la de la señora de Kyonggui comían así con frecuencia. Cuando tenían fiesta de sandía, hasta mi hermano Kilchung, que sabía fingir con indiferencia ante la comida ajena, salía a la entrada y tragaba su saliva seca echándoles vistazos. Ese verano y varios veranos seguidos ni una vez comimos sandía. La pudimos comer después de muchos años. En realidad la sandía no era tan importante, el problema verdadero estaba en la comida. Solíamos ayunar a la hora del almuerzo. Fue un verano inolvidable y terriblemente triste.

Entonces, Kilsu, mi hermano menor, ya no tenía fuerzas para seguir a Poksul y Chunjo se detenía debajo de la sala de la casa de los dueños y miraba a la abuela y a la señora An almorzar en la sala. Parecía un perrito hambriento con sus ojos bizcos. Un día lo vio la abuela y lo invitó a comer:

– Pobrecito Kilsu, ven, come esto.

Esa noche mi mamá no le sirvió la cena. Según ella, debía recibir ese trato porque se había portado como un mendigo. Kilsu no comprendía nada, sentado en un rincón lloraba sin cesar. Al acostarse, se quejó

de su hambre y lloró como un perrito. Pero mi mamá no lo consoló, lo regañó más por haber aceptado comida ajena. Lo único que podía haberlo consolado era la comida pero ya no había. Lloró, tapándose con la frazada, hasta que me dormí. Varias veces prometió, entre lágrimas, no volver a hacerlo. Tenía sólo cuatro años, pero esa experiencia amarga le había servido mucho. En fin, desde el día siguiente ya no se acercó a los de arriba.

Para mí ese verano fue aburrido e insoportable: sufrí por el hambre, la melancolía y el aburrimiento; odié esa vida animalesca y añoré los días de la fonda en mi pueblo natal. Pasar un día fue luchar un siglo. Siempre soñaba escaparme de la casa. Por la noche mis sueños eran comer con hambre canina y morir de hambre. A veces veía el mundo pintado de amarillo por el hambre; troté por una calle amarillenta con los periódicos, como un animal amarillento sin huesos. Pero ese verano de días largos no me escapé de la casa, ni me morí en la calle. ¡Cuántas veces deseé caerme en la calle y que alguna señora rica y sin hijos me recogiera y llevara a su casa aunque fuera como su siervo. Hablando de caída, mi hermano Kilchung sí se cayó muchas veces ese verano. Sacaba 100 en todos los exámenes, pero andaba con las rodillas flacas, lastimadas por tantas caídas. Mi mamá lo regañaba:

– Aunque no almuerces, ¿tienes patas de caucho? ¿Por qué no te paras bien?

Kilchung no respondía, sólo pestañeaba. La única que aguantaba bien el hambre era mi hermana Solye. Estudiaba más todavía, como si así se vengara del hambre. Quería ingresar a la escuela pedagógica y llegar a ser maestra de primaria en un pueblito donde hubiera flores de durazno.

Ese verano cometí un error vergonzoso. Una noche tuve tanta hambre que entré sigilosamente a la cocina de los de arriba. Ese día nuestra cena había sido sopa de cebada, pero hasta medianoche no pude dormir por el hambre. Decidí robar comida. Sabía muy bien dónde dejaba la señora An la comida que sobraba. Salí de la cama y me puse la pantaloneta, no sabía qué horas eran, sólo reinaba el silencio. Primero fui al baño para disimular, allí puse atención al movimiento de afuera. No había nadie, todas las habitaciones estaban sin luz. Fui a la cocina como un gato y abrí la puerta sin hacer ruido. La habitación de la señora

An, que estaba junto a la cocina, también estaba oscura. Directamente me dirigí al estante donde ella dejaba la comida, saqué el pocillo de arroz. Había la mitad. Agarré un puñado de arroz y me lo comí. Esa noche lo terminé todo allí, volví a la habitación y me dormí. Al día siguiente, cuando encendía la cocina, la señora An dijo que un ratón se había comido el arroz. Me hice el que no sabía nada. Dos días después, me acerqué otra vez. Esa vez comí hasta verduras y carne de res. La carne estaba preparada con salsa de soya y estaba sabrosísima. Jamás había probado ese tipo de plato, la comida de los ricos. Después de tres días otra vez robé más comida. Fue al día siguiente después del desayuno cuando la señora An me llevó al patio de entrada.

— Kilnam, sé que vienes a la cocina en las noches. No lo hagas otra vez, no avisaré a nadie. Aunque el hombre no almuerce, debe saber aguantar el hambre. Tus hermanos también aguantan el hambre, ¿verdad? Sé que es un verano muy duro para Uds. —me habló muy suavemente y me palmoteó.

No me regañó ni me gritó. Hasta ahora me acuerdo de ella, no me acusó de 'ladrón'. Me puse rojo y me brotaron lágrimas. Gracias a su consejo, nunca más volví a hacerlo.

Hablando de comida, hasta ahora tengo la costumbre de dejar los platos limpios. Mejor dicho, como hasta hartarme. Desde hace tiempo ya no me preocupo por la comida; sin embargo, mi recuerdo infantil es tan fuerte que me vengo comiendo mucho. Dicen, «Llene su estómago sólo el 70%.», «La causa principal de las enfermedades de los mayores es la excesiva comida.», «El tamaño de la cintura es el medidor de una larga vida.» Cierto, pero si no como hasta llenarme, no me parece que he comido. Además, si me piden escoger uno de los dos: comer poco y no tener larga vida, con gusto escogería no tener larga vida.

— ¿Sabes cuánto mide tu cintura? Hace años era 36 y ahora es 38. ¿No te da vergüenza cuando tus hijos te dicen panzón? Disminuye, dicen que hay muchos que no desayunan, en vez de la comida come más bien fruta.

Es la cantaleta de mi esposa; sin embargo, puedo disminuir cualquier otra cosa menos la comida. Sé que debo comer mucha verdura y comer menos arroz; pero si no como harto arroz, no me parece que hubiera comido. Un día mi esposa cambió mi pocillo de arroz por uno más

chico. Ese día me enfadé con ella más que nunca. Dar poco arroz a uno que ha sufrido por no comer, es una humillación. Cuando mejoró nuestra economía mi mamá comía gustosamente carne, que le causó alta presión sanguínea y falleció a los 65 años. Sin embargo, ese caso no me sirvió de lección.

IV

Pasó el verano y llegó el otoño. En las mañanas y en las noches había viento fresco. Los frutos silvestres de las plantas que crecían en el desagüe enojecieron. Desaparecieron las nubes blancas y veíamos sólo nubecillas de algodón en el cielo azul.

Otra vez le llegaron trabajos a mi mamá; trabajaba sin descanso hasta después de la medianoche. Excepto el menor, nosotros los mayores teníamos que estudiar hasta cuando ella terminara su trabajo. Si alguna vez uno de nosotros dormitaba, mamá nos daba golpes con la regla de madera, y el setenta por ciento de esos golpes me cayó a mí. Es que después de las nueve no podía aguantar el sueño.

Una noche, cerca de las doce, mi mamá dijo algo que nos ahuyentó el sueño:

– Trabajo a muerte para sobrevivir. Pero, desde mañana vamos a almorzar. En esos días largos de verano, cuando no podía darles el almuerzo, y cuando veía la llaga en las rodillas de Kilchung, ¡cuánto sufrí día a día! Sentí puñaladas en mi corazón. ¡Pobres de nosotros, días tan desgraciados! –Lloró ocultando su rostro en el pañuelo.

Después de tres meses de vender periódicos, los compañeros me incluyeron en el grupo. Mientras esperábamos los periódicos, a veces se peleaban e intercambiaban palabrotas, jugaban como cualquier niño. Un muchacho y yo no éramos muy activos en los juegos. Naturalmente, nos hicimos amigos sin dificultad. El se llamaba Janchu, oriundo de Hwanghae-do, y no estudiaba tampoco. Vendía periódicos y chicles al mismo tiempo desde hacía dos años; sin embargo, no se había echado a perder, más bien era tranquilo.

– El año que viene entraré en Middle School, aunque sea en una escuela nocturna. Mi mamá también está de acuerdo.

Me lo decía a cada rato y me lo juraba. El año de la guerra los comunistas se habían llevado a su papá al ejército y había muerto pronto. Sus dos hermanos murieron por frío y hambre en el camino de la evacuación. Cuando me lo contaba, no le temblaba la voz, no, más bien hablaba tan resuelto que me daba la impresión de que se vengaría de todo. Era un muchacho endurecido, vivía con su mamá y hermana en una habitación de alquiler en una casucha del barrio de la montaña.

– Mi mamá es vendedora ambulante de carne. Pero yo gano más que ella.

Cuando me lo decía, me parecía que él un día sí llegaría a ser rico. Yo no podía adivinar mi suerte.

En septiembre Janchu consiguió un trabajo de distribuidor del Diario Taegu. Ya no lo podía encontrar. Lo extrañaba, sobre todo, el momento en que agarraba veinte periódicos y sonreía diciendo:

«Debo vender todo. Nos vemos mañana.» Me sentía triste y abandonado. Pero después de 10 días, Janchu vino corriendo a buscarme al edificio del «Diario Youngnam».

– ¿Quieres trabajar de distribuidor? Hay una plaza. En buen barrio. Es que el distribuidor fue atropellado por un carro y se le rompió una pierna. Tienes suerte.

– ¿Cómo? ¿Puedo ser distribuidor como tú?

Se me agrandaron los ojos. Cuando él consiguió el trabajo, lo envidiaba. Ser distribuidor era para estudiantes de secundaria y como se recibía un salario fijo se podía pagar la colegiatura. Naturalmente, había mucha competencia y no era fácil conseguir ese puesto. Nos pusimos de acuerdo para vernos frente al Cine Songchuk a las cinco y media, cuando Juanchu terminaba de distribuir.

Llegué antes de la hora al cine. Ya había vendido todo. En esos días había una noticia bomba para todos: en una semana fueron asesinadas cuatro personas y no podían capturar al asesino. Por tanto, la gente compraba periódicos para saber quién era la siguiente víctima. Esa mañana también fue asesinada una mujer de mediana edad cuando iba a rezar a la iglesia, en la madrugada, en la calle de una zona residencial. Al asesino no le importaba el sexo y las víctimas eran mayores. No había

coincidencia de lugar ni de hora. Unos en los arrozales de las afueras de la ciudad, otros en las calles de la zona residencial. Tres fueron asesinados en la noche; uno dentro del baño público en el Terminal de Buses Interurbanos, en pleno día; dos acuchillados en la parte fatal y dos estrangulados. Lo común entre las víctimas era el color del vestido: verde. Ninguno de ellos fue robado. Por esta razón, el periódico suponía que el asesino sería un loco que tenía experiencia de la guerra. Por su forma tan violenta y cruel, y como su arma era el cuchillo grande que usaban los militares, los policías sospechaban de los locos dados de alta y los visitaban de casa en casa. Esa mañana, ante el asesinato de una cristiana en el camino a la iglesia, con la Biblia en la mano, un predicador tuvo una entrevista con un diario y dijo que era una prueba muy clara de que el respeto a la vida había desaparecido y la dignidad humana estaba por los suelos. Y que todo era consecuencia de los tres años de guerra y que toda la humanidad debería hacer penitencia ante Dios. Cuando yo vociferaba: ¡Noticia bomba, bomba, otro asesinato! La reacción de la gente que compraba el periódico era muy interesante: la mayoría era indiferente y no temía nada. Inclusive, un señor de edad avanzada, lo recibió preguntándome:

– Todavía no, ¿verdad?

Sonaba como si hubiera deseado que no lo capturaran. A mí me favorecía este juego de las escondidas porque se podía vender bien el periódico. Además, como ese señor, yo también deseaba lo mismo en el fondo, «¡Qué vida, carajo! ¡Ojalá que no lo capturen!»

Ya eran más de las cinco y media según el reloj de la relojería y no aparecía Janchu. En el Cine Songchuk exhibían una película de vaqueros. Había una cola de gente ante la taquilla. Muy irónico: por un lado la gente luchaba para ganar una miseria; por otro, había gente que llenaba el cine o el cabaret. Una mañana comenté a Chongte, que estaba mirando la propaganda del cine en el periódico, sentado en la tienda de la señora de Kimchon, que siempre había mucha gente en el cine. El me contestó: «Esos mierdas que van al cine durante el día son los de la generación de postguerra, podridos por el capitalismo.» ¿La generación de postguerra? No entendía entonces qué significaba, tampoco le pregunté.

Eché una mirada a las tiendas alrededor del cine: radio, ropa, sastretería, relojería, joyería de la dueña. Los anillos, las pulseras, los colla-

res, los broches, los cubiertos, todos de oro o de plata sobre un terciopelo negro y suave. Relucientes y lindos. A un lado de la puerta, el estante de joyas, y al otro lado, los relojes de pulsera. Después de examinar los estantes observé el interior de la tienda.

El técnico señor Chong, con una lupa en un ojo, estaba limpiando las pequeñas piezas de un reloj con una pequeña brocha. Las piezas eran diminutas y los tornillos parecían granos de sésamo. Pensé que su rostro filudo como del erizo y sus ojos saltones como de pez dorado eran ideales para un trabajo de tanta precisión.

La dueña, seria, estaba conversando con un señor de gorra sin visera. Después de un rato, el hombre se paró y se despidió. Cuando volteó hacia la puerta, reconocí su rostro: era el policía que me había preguntado sobre el hombre de la cicatriz en la cara. La dueña cogió su bolso y sacó de allí unos billetes. El policía rehusó primero, pero, después, como si no quisiera, los aceptó y los metió en el bolsillo trasero del pantalón. Cuando salió, me volteé.

A las seis apareció Janchu.

– Me esperaste mucho, ¿no? Es que recién he terminado. Perdón.

Había corrido porque su nariz estaba con sudor y respiraba muy rápido.

Me llevó a la Oficina de Distribución de Chungbu del Diario Taegu, un lugar muy humilde, frente a la Corte, de unos 15 metros cuadrados, y con una mesa larga. A su lado había una notaría. Unos tres trabajadores de cobranza contaban el dinero según los recibos. No estaba el jefe. Dijeron que había ido a distribuir en vez del muchacho accidentado. Lo esperamos unos 30 minutos, sentados en unas rústicas sillas. Sentí pena por Janchu, que por mí no podía vender chicle.

– ¿Tampoco eres estudiante? –me preguntó el señor Sohn, el jefe de la oficina, al llegar en bicicleta. Parecía que tenía más de 40, flaco y con ambas mejillas desinfladas, como si no tuviera muelas.

– Usted no sabe señor. Kilnam es muy buen vendedor. Seguro que hará aumentar los clientes.

Mientras Janchu me echaba flores, me ponía rojo de vergüenza. El señor Sohn me preguntó sobre mi familia y su economía. Le contesté sin

atreverme a mirarlo porque sus ojos hundidos brillaban como los de un ratón, y me daban miedo. Parecía que le había caído bien porque mi casa estaba cerca de la oficina y también cerca del barrio que me correspondía. Además, mi ropa era limpia y le habría parecido ingenuo.

– Es que los de la secundaria no pueden dedicarse a buscar nuevos clientes por sus estudios. Si no hay aumento de clientes, no hay desarrollo. Aunque me preocupa tu edad, pero como no hay otra opción, te doy el trabajo.

Luego miró a Janchu y le preguntó en voz alta:

– ¿Puedes garantizarlo?

– Claro que sí. Créame y créale a mi amigo.

La respuesta de Janchu fue resuelta e inmediata. El no conocía mi casa, ni me conocía bien, sin embargo, sin la menor vacilación le contestó así. Sus palabras me dieron mucho aliento. El señor Sohn me dijo que fuera a la oficina después del desayuno, ya que no iba a la escuela. Recién pude sentirme dichoso porque ya era distribuidor.

Cuando me despedí de Janchu, las tiendas ya estaban con luces. Llegué pronto a casa a contarle a mamá que gracias al amigo Janchu, desde mañana trabajaría como distribuidor.

– No me digas. ¿Verdad, hijo? ¡Dios mío! ¡Qué buena noticia! Bien. Tu salario será para tus estudios. Lo depositaré todo, todo a una cuenta fija en tu nombre.

Dejó de trabajar con su máquina de coser y rió de alegría. Era la primera risa que le había escuchado desde que había llegado a Taegu. Luego se paró.

– Tienes hambre, ¿no? Pero, a ver, vayamos al Mercado Yomme un rato, ¿sí?

Me llevó allí y me compró un par de zapatillas deportivas. Eran negras y tenían pasadores, las primeras zapatillas después de los días en Seúl, cuando vivíamos con papá. Hizo envolver mis zapatos viejos de jebe y me hizo poner las nuevas. Caminé por la acera como una pluma.

Al día siguiente, cuando estaba por pasar la puerta interior para ir a la Oficina de Distribución del Diario Taegu, me encontré con un policía carabina al hombro.

- ¿Dónde vive Chongmo Pak? -me preguntó.
- ¿El señor Chongmo Pak? -repetí porque nunca había oído tal nombre.
- Es un veterano.
- Ah, sí, es el papá de Chunjo.

Le señalé la segunda habitación. Todavía no salía a trabajar porque allí estaban sus zapatillas de básquetbol. Desde aquel día de verano cuando lo vi en el café vendiendo algunas cosas, nunca más lo encontré en el centro. Pero, él, como siempre, salía con su maletín militar apenas desayunado. No podía entender porqué el policía lo buscaba, pero como yo estaba apurado, salí pronto.

Llegué a la oficina. Me estaba esperando el señor Sohn. Me llevó al barrio que me correspondía. El, en su bicicleta, y yo, a pie, empezamos a recorrer de casa en casa donde tenía que distribuir. Eran más o menos 100. Tenía que hacer ese trabajo de enseñármelas todas porque como era el cobrador de ese barrio, fuera de él nadie sabía. Siguiendo su bicicleta marqué la letra T con la tiza que me había obsequiado. Recordé el 'Cuento del ladrón' de las «Mil y una noches». En el Mercado Chilsong había 14 puestos, pero como todas eran tiendas no había dónde marcar, entonces apunté el número de la tienda en un papelito, y donde no había número, traté de recordarla con alguna referencia especial. Pasamos por el lugar de los vendedores ambulantes, frente a las tiendas de verduras, no estaba la mamá de Chunjo. Busqué una mujer con un bebé en su espalda, pero no estaba por ningún lado. A lo mejor habría seguido a su esposo hasta la comisaría.

«Cuando llueve, échalo por este lado». «Cuidado, en esta casa hay un perrazo». «Aquí viven varias familias, tienes que llevarlo a su habitación». «En esta casa parece que no quieren pagar, debes tratarlos con amabilidad; si no, ya no querrán el periódico», etc. Los consejos del señor Sohn eran precisos.

Terminando el número 105, regresamos a la oficina. Ya era la hora de almuerzo. Me dio un formulario y lo llené: mi nombre, dirección, nombres de los familiares, etc. Como no estaba seguro del número de la calle de la casa, dibujé un croquis de esta. El señor Sohn me ordenó llegar a las dos y media al patio del Diario Taegu.

- En este trabajo no sólo es importante distribuir sino también conseguir

más clientes. Quizás esto es más importante que aquello. Debes conseguir por lo menos cinco nuevos clientes al mes. Para eso, después de distribuir tienes que andar buscando nueva clientela. Por cada nuevo suscriptor te pagaremos una comisión especial.

Esa fue su última instrucción. El día anterior, cuando Janchu y él hablaban de 'aumentar la clientela' no entendía qué significaba; más tarde pregunté a Janchu y supe su significado. Ahora, no podía entender la frase 'comisión especial'; sin embargo, como me dio vergüenza preguntarle, me despedí.

Cuando regresé a casa, vi las zapatillas del Veterano en su puerta. No habría ido a trabajar por haber ido a la comisaría. Se oía su voz enseñándole matemáticas a Chunjo.

– Mamá, ¿por qué lo buscó el policía?

– Su esposa me dijo que era por sospecha de los asesinatos. En las uñas de la mujer asesinada en el camino a la iglesia habían encontrado una hilacha de uniforme militar y los policías sospechan que el asesino debe andar uniformado.

– ¿No tuvo ningún problema?

– Parece que no. Volvió pronto.

En ese instante apareció la tía Muncha en la puerta interior. Dejamos de conversar. La tía nos traía galletas de arroz. Trabajaba de gueisha en el restaurante Jyangwon y tenía mucha clientela. Siempre se hacía vestidos con mi mamá. Era bonita, buena y de una familia decente. Antes de la guerra había estudiado en una universidad de Seúl; pero la guerra la dejó huérfana y, para sobrevivir, empezó a trabajar de gueisha en un restaurante de gala. A mi mamá la llamaba hermana mayor, y venía a pasar el tiempo a nuestra casa. Siempre que venía nos traía algo rico, como empanadas y bocadillos. A veces hasta les compraba los útiles escolares a mi hermana y a Kilchung.

Desde esa tarde trabajé como distribuidor. Todos los días salía a las dos de la tarde hacia el Diario Taegu, al lado de la Municipalidad en Samdok-dong. Pasando por la puerta trasera había un patio amplio y unos cinco o seis muchachos distribuidores de la oficina de Chungbu esperaban los periódicos. La oficina de Chungbu tenía 9 distribuidores en total, y los que estudiaban llegaban más tarde, apresurados. Nos entrega-

ban los periódicos dividiéndonos en tres grupos: primero, los vendedores; segundo, los camiones que iban a la estación de tren y al terminal para que distribuyeran en los diferentes pueblos, y por último, a las oficinas distribuidoras del este, oeste, sur y norte. Como la de Chungbu estaba en el centro, yo era el último del tercer grupo.

Diferente de otras oficinas distribuidoras que mandaban a los jóvenes en bicicleta, el señor Sohn hacía la distribución directamente en el patio de la oficina del diario. El sacaba los periódicos de la sección de imprenta separándolos cada cien, entonces los muchachos lo rodeábamos. En general, los distribuidores eran estudiantes, pero cuatro no lo éramos. Janchu y yo éramos los menores de todos. El señor Sohn nos entregaba según el número de clientes. Era diestro: contaba de cinco en cinco y nos entregaba exacto. Luego, cada uno de nosotros partía hacia su barrio.

– Esta semana no conseguiste ningún cliente. Si sigues así, tendrás problemas. Tú sabes que hay muchos estudiantes que aspiran a este trabajo. ¿Entiendes?

Con frecuencia nos amenazaba el señor Sohn.

Esta tradición de la Oficina Distribuidora seguirá igual hasta hoy. Es difícil conseguir clientes, pero el jefe siempre exige. En estos días, al nuevo cliente, unos dos meses se le da gratis el diario. Ya una vez suscrito, es difícil dejarlo. Aunque ponemos aviso de ‘No periódico’ en letras grandes en la puerta, siguen enviándonoslo, y como el distribuidor y el cobrador son diferentes, a fin de mes llega el distribuidor, nos exige y logra cobrar.

El primer día de distribución tres casas me rechazaron diciendo que ya habían avisado que no. Pero como tanto había escuchado ‘aumentar los suscriptores’, no les hice caso. Dije que el distribuidor anterior se había accidentado y que lo reemplazaba yo, y supliqué que si quiera cumpliera ese mes. Así pude convencer a dos, pero con el último me fue imposible. No había modo de convencerlo. Al día siguiente, cuando se lo conté a Janchu, me dijo que a él le habían tocado siete en el primer día.

– Si disminuye la clientela, mejor dejar el trabajo. Por eso, algunas veces entregamos el periódico sin que lo sepa el dueño. Es que el cobrador

avisa todo lo sucedido al jefe, entonces el jefe despidió al distribuidor. Hablando con franqueza, el Diario Taegu no tiene buena acogida. Tal como me aconsejó Janchu, ese mismo día avisé al jefe que un suscriptor ya no quería, pero que dos seguirían hasta fin de mes.

Diariamente el señor Sohn me entregaba 107 periódicos, tres de ellos para buscar nuevos suscriptores. Mientras distribuía, andaba buscándolos: entraba a las casas que me parecían posibles clientes y les suplicaba. Algunas veces, decía que recibiera gratis hasta fin de mes y después decidiera. Cuando rogaba, hasta el cuello se me ponía rojo de vergüenza; pero, ¿qué hacer? Tenía que aguantar y hacerlo recordando los ojos pequeños y fríos del señor Sohn. Cuando veía una mudanza, dejaba a un lado la distribución y ayudaba para caerles gracioso y convertirlos en mis clientes. «Es que quiero ganar dinero para ingresar a Middle School el año entrante. A ver, ayúdeme, por favor. Un periódico, no más». «Sólo dos meses, por favor. Si no aumento la clientela, me botan.» Cuando rogaba así, me temblaba hasta el corazón, como si mintiera. Pero el ruego era el mejor método. Eso me lo enseñó Janchu: «Mira, cojea un poco y con lágrimas en los ojos. Da resultado.» Tal como me enseñó haría él, porque en 15 días consiguió 4 clientes y el señor Sohn lo alababa. Sin embargo, ese oficio no era fácil. Aunque conseguía nuevos, algunos existentes ya no querían. Entonces, la cantidad seguía igual. El trabajo de distribuir no era difícil en sí, sino la presión de aumentar era lo más problemático. Hasta los días domingos tenía que dar vueltas por mi barrio buscando nuevos clientes.

En mi barrio había dos orfanatos para los niños que habían perdido a sus padres en la guerra. Uno ya era cliente y al otro lo convertí en mi cliente. Un día noté que ambos orfanatos eran muy distintos: en uno, los niños eran apuestos desde su aspecto, ropa, se bañaban, se cortaban bien el pelo, eran saludables, no parecían huérfanos. Mientras en el otro, niños de estómagos abultados por la desnutrición, con granos infectados en la cabeza, con manchas blancas en el rostro y el pelo sucio. En una palabra, parecían mendigos. Ambos recibían ayuda financiera de países extranjeros, pero la diferencia era tremenda.

A veces descansaba en el jardín del orfanato malo. Allí descansaba mis pies sentado en un columpio. Después de ese orfanato me tocaba una casa con un perro bravo y para ir allí con valentía necesitaba un

buen descanso. Los niños, con sus pies flacos y descalzos, correteaban por el campo. Ellos me hacían recordar la niñez de mi hermano Kilsu. Según mi mamá, durante los dos años de la vida en Taegu, Kilsu había sufrido por desnutrición: sus piernas y brazos parecían palillos y en su barriga abultada se le notaban las venas azules. Aunque mi madre era una tigresa, gracias a ella no vivíamos en el orfanato y no estuvimos tan desnutridos. En ese jardín siempre me sentí afortunado.

Cuando iba al Mercado Chilsong, siempre me encontraba con una mujer que más se cuidaba del administrador del mercado que de la misma venta de manzanas, corría de aquí allá con su bulto de frutas. Era la mamá de Chunjo. El Veterano ya no trabajaba desde el día que lo habían llevado a la policía, por tanto ahora le tocaba trabajar doble.

Algunas veces me encontraba con alguien que deseaba comprar el periódico: «Oye, un periódico.» En general eso sucedía en el Mercado Chilsong, durante un mes les respondía: «No, señor, esto no es para la venta.», pero como me di cuenta de que casi siempre me sobraba uno o dos, aunque era ilegal, los vendía. Con ese dinero inesperado compraba caracolitos de mar ya sancochados, y los comía uno por uno mientras distribuía. Eran sabrosísimos. Además, así no me aburría del trabajo porque cada caracol que comía correspondía a una casa. Calculaba cuánto me faltaría o sobraría hasta que terminara de distribuir. Cuando lo comía todo, tiraba la basura a algún blanco fijado por mí. El blanco, en general, era un poste, el rótulo de una casa o la letra T que había marcado yo con tiza blanca. Así mataba el aburrimiento. Entre mis clientes había una tienda que prestaba historietas o novelas. Después de dos semanas me hice amigo del dueño y le pedía prestado novelas. Mi mamá no me dejaba leer las historietas, pero las novelas, sí. Así pude tener contacto con el mundo literario y llegué a conocer a Rae-Song Kim e In-Kun Pang. Terminaba mi trabajo cuando el sol se ponía detrás del Parque Talsong. Casi siempre llegaba agotado a mi barrio. Y en la entrada de la callejuela, ¡qué rico olían los panecillos de la señora de Kimchon!

Después de un mes de haber comenzado mi nuevo trabajo me encontré con el hombre de la cicatriz. Ese día andaba con ganas de conseguir más suscriptores, había caminado por toda la zona cercana de la escuela Primaria Tongin, pero todo había sido en vano. Estaba regresando a casa cansado y agotado. Como cada día la luz se reducía a menos ho-

ras, ya había caído la oscuridad. Pasé por el cruce de Tongin y me dirigí hacia la estación. Había luces en las tiendas. En las callejuelas oscuras detrás de la avenida había mujeres con maquillaje intenso. Estaban de pie, unas tarareaban fumando, otras se ponían delante de los hombres y los jalaban pidiéndoles que se acostaran con ellas.

– Eres Kilnam, ¿verdad?

Era él. Estaba cubierto con una casaca militar muy gastada y teñida de otro color. Sus pómulos resaltaban más por el rostro enflaquecido, las patillas más abundantes y un gorro que le tapaba hasta los ojos. Por la oscuridad y las patillas no se le notaba la cicatriz que cruzaba desde el pómulo izquierdo hasta la mandíbula. Me agarró del brazo. Era fuerte. Ni pude gritar. Lo miré.

– Cuando llegues a casa, dile a la señora de Kimchon que vaya a las diez de la mañana al puente del Mercado Chilsong. No digas nada a nadie. Ni a tu madre. Si así lo haces, te rompo la pierna para que ya no puedas distribuir.

Apenas terminó de hablar, se alejó por el caminito angosto que llevaba al Mercado Yanqui. Después de un rato, se mezcló entre los transeúntes. En ese momento relacioné su rostro con el del asesino. Todo mi cuerpo se puso rígido de miedo. ¿Cómo sabía mi nombre? ¿Desde dónde me habría seguido? Me parecía haber topado con un fantasma.

Regresé a casa y se lo dije a la señora de Kimchon.

– ¿Sí? Es que estaba preocupada. Bueno, gracias. –me contestó, mirando a cada rato a su alrededor con ojos miedosos. En la calle no había nadie. Me regaló un panecillo.

– Cómelo. Y...no digas nada a nadie.

– Bueno, pero..., ¿quién es él?

– Es un familiar. Es que como no cumplió el servicio militar, lo persiguen los policías. Por eso anda fugitivo.

No podía comer el pan en casa, porque mi mamá, por su complejo o por su carácter, jamás nos dejaba recibir algo gratis. Y además, no podía comerlo delante de mis hermanos. Me pegué a la puerta principal y lo había comenzado a comer cuando alguien llegó a la casa. Era la dueña. Metí rápido la mitad del pan a la boca y entré a la cocina de la señora de Kimchon. Me atoré, tosí y tomando agua de su cocina calmé la tos.

– Y, ¿ya conseguiste la habitación? –le preguntó la dueña.

– Por favor, prima, espera un poco más. Pienso conseguirla en el barrio Chilsong–dong, dicen que después de dos semanas podré ocuparla. Entonces...

– Es que pensando en mi tío, tu padre, no debería ser mala contigo. Pero, fíjate, ¿qué hago? Ese detective Jam viene cada semana a la tienda y me fastidia y fastidia. Estoy harta, también. Además, debes pensar en el futuro de mis hijos. Por favor, compréndeme y sal de aquí. Tampoco tengo palabras ante mi esposo y mi suegra.

– Sé en qué situación estás. Discúlpame. Debí haber salido de la casa mucho antes, pero...

– Es la cuarta vez que te hablo. Más no te diré porque me duele el corazón. Ahora espero que tú tomes la iniciativa. Tú sabes muy bien cuánto sufrimos por la otra prima que vivió aquí. Y, ahora, tú también. No tengo cara para mirar a la familia de mi esposo.

– Lo sé de sobra. No te preocupes. Pronto saldré de aquí.

La voz de la señora de Kinchon era resuelta.

– Mira, ese técnico Chong también espera venir a vivir aquí lo más pronto posible. Nada más, como no tiene valentía de exigírmelo, está esperando mi voluntad. Ya no te volveré a hablar del asunto. Que tu salida sea lo más pronto posible.

Antes de que entrara la dueña, salí al patio de entrada.

Al día siguiente, un poco después de las nueve de la mañana, Chongte salió con un libro en la mano. Cuando me asomé a la tienda de la señora de Kimchon, a eso de las diez, la señora seguía cocinando los panecillos dando la espalda. Debía estar en el puente del Mercado Chilsong. ¿Qué raro? No podía preguntarle. ¿Habría ido Chongte en vez de ella? ¿Quién sabe? Cuando almorzábamos, volvió Chongte.

V

Todas las hojas habían cambiado de color, ya era pleno otoño. A los pobres les convenían las estaciones calientes, desde la primavera tardía hasta el principio de otoño; pero cuando soplabla el viento frío, cuando los árboles desnudos se enfrentaban al viento, entonces los pobres se

encogían más por el frío y por la preocupación de cómo pasar la época fría.

A mediados de la década del cincuenta, antes de que produjeran carbón adecuado para la calefacción, cuando llegaba el otoño, la gente acudía a las tiendas de leña. Los ricos compraban dos o tres camiones y la amontonaban en un rincón del patio. Por esta razón cuando llegaba el viento frío, se podía deducir la riqueza de una familia por la cantidad de leña amontonada en cada patio.

Desde la primavera hasta el final de otoño, utilizaban la cocina portátil de carbón de madera para cocinar. Mi familia también, pero gastábamos más. En general, una familia gastaba una carga de carbón en 25 días, mientras a nosotros se nos terminaba en 15 días. Como todavía no había plancha eléctrica, todos los días teníamos que calentar la plancha de carbón y la estufa para que mi mamá planchara los vestidos acabados. Para encender el carbón, primero, usábamos pedazos de madera seca. Y como mi trabajo empezaba a las dos de la tarde, hasta esa hora me dedicaba a encender la cocina, la estufa y la plancha. Varias veces me había intoxicado por el carbón. Vomitaba y tenía mareos. Ahora todos los vecinos ya no usaban cocina portátil porque utilizaban un horno instalado debajo del piso de la habitación para cocinar y calentar la habitación al mismo tiempo. Hasta pasar la década del cincuenta, en mi casa no usamos ese horno a no ser que la temperatura descendiera a bajo cero. Apenas lo calentábamos para cocinar, y eso, sólo dos veces al día.

Ese año, a finales de otoño, mi mamá compraba un atado de leña cada vez que volvía del mercado. Unas diez leñas del grosor de un brazo de un joven nos duraban sólo cuatro días.

— Por experiencia sé que uno no sobrevive con hambre. ¡Cuántos ayunos hemos pasado durante la guerra! Si no se come, tampoco se puede trabajar; pero si uno come siquiera algo, el frío ya no es problema, por más riguroso que sea, si hay paredes que nos defiendan, no nos morimos de frío.

Fiel a su teoría, en la época de la cosecha, cuando el precio de arroz era bajo, compraba arroz, cebada en cantidades mayores, pero leña no.

Una mañana, cuando el sol recién entibiaba, yo estaba estudiando en la entrada el vocabulario de inglés que mi hermana había estudiado en el primer año de Middle School. La abuela de la familia propietaria volteaba los ajíes tendidos en una estera para hacer el quimchi de invierno y Sunjua remendaba un uniforme militar en la entrada de su habitación, quizás no tenía nada que lavar ese día.

– Como mis nietos ya son mayores, necesitamos una habitación más. Antes de preparar el quimchi de invierno, alguna familia debe desocupar.

La abuela lo dijo como si fuera monólogo, pero con la intención clara de que la oyéramos.

– ¿Qué? ¿Qué dijo usted? ¿Que Uds. necesitan una habitación de nosotros? –le preguntó Sunjua asustada.

– Sí. Como falta una habitación para mis nietos, pensamos usar una de la parte baja. –le contestó con toda claridad, mirándola fijamente.

– ¿De verdad, señora? –Salió de su habitación la señora de Kyonggui, también asustada.

– ¿Cómo? ¿Crees que hablo por hablar? –le contestó un poco molesta.

– Es que debió habernos avisado antes de que llegara la época de frío. No creo que ninguno de nosotros pueda salir.

Se tiró un pedo y encendió su pucho que había colocado en la viga de su puerta.

Dejó de funcionar la máquina de mi mamá. Miré adentro. Estaba con la mirada fija en la abuela. Su cara mostraba preocupación, había oído todo.

– Es que mi hijo nos había hablado de esto hacía tiempo, pero no sabíamos cómo decirles. Sabiendo que todos Uds. viven con problemas, no podíamos señalar una familia y decirle que saliera en tal fecha. Es que, como saben, tenemos cuatro nietos, y el segundo nos exige habitación propia, y no hay forma de negársela.

– Oiga, señora, pero Uds. tienen cinco habitaciones, sin contar la de la señora An; mientras nosotros en una sola habitación vivimos con toda la familia. Y todavía más, ya estamos prácticamente en los inicios de invierno... Eso no se hace, por mas que uno sea inhumano. Para la primavera del año entrante sería mucho más fácil. Ahora es casi imposible conseguir una habitación. Es como querer coger una estrella del cielo. Si

nos bota es para morirnos de frío –le habló dura la señora de Kyonggui, entrando a su cocina con el cigarrillo en la boca y tirándose un pedo otra vez.

De la segunda habitación no se percibió ningún movimiento. El Veterano estaría en la habitación, mientras su esposa habría salido a trabajar cargando su bebé. El, desde hacía más de un mes, ya no salía a trabajar.

El reloj de la sala de los de arriba tocó las dos. Me dirigí al Diario. Cuando caminaba por la larga callejuela que daba a la calle Chongno, vi al Veterano jalando una carretilla vieja; no había estado en casa. El ya no andaba en uniforme oficial, vestía un uniforme militar teñido de negro. En su carretilla había un cilindro grande y oxidado, Chunjo estaba feliz encima de la carretilla.

– Mira, Kilnam, es nuestro carro. Mi papá lo compró –se jactó el niño.

– Este chico, ¿qué carro? –El padre se sonrió ante la ingenuidad del niño. Era una sonrisa de los que disimulan la vergüenza. En ese momento pensé que a lo mejor, en el fondo, él sería un hombre muy cariñoso y bondadoso.

– ¿Cómo que no? Si tiene ruedas como un carro. ¿No es carro la bicicleta también? –le respondió el niño con lógica.

– ¿Para qué es? –le pregunté.

– Es que no se puede vivir sin trabajar. Debo empezar algo, sea lo que sea. Bueno, apúrate, se te hará tarde.

Cuando volví del trabajo, el Veterano estaba limpiando el cilindro en el patio de entrada. Recostado en la pared sacaba el óxido rojo con una lata. Había hecho un hueco grande en la mitad del cilindro. Recién me di cuenta, era similar al horno de lata de la señora de Kimchon, donde cocinaba los panecillos; pero él asaría camotes en eso.

Después de la cena, tuve que salir porque había llegado una cliente de mi mamá. Estaba bien pintarrajeada. Estaría en camino a su trabajo y vendría a recoger el vestido para ir luciéndolo. Al pasar por la cocina de la señora de Kimchon, escuché la conversación entre la señora de Kyonggui y ella. Estaban hablando del asunto de la habitación. Me detuve.

– Oye, ¿tengo razón o no? A la familia del Veterano, por el carácter fe-

roz del hombre, no se atreverán a pedirles que salgan. ¿Cierto? Tú sabes que cuando él grita, hasta las furias del infierno se espantan. Si se atreven, les amenazará con el cuchillo. Por tanto, a ellos no los tocarán.

La que hablaba era la señora de Kyonggui, la señora de Kimchon sólo le escuchaba. Quizás ella tenía razón. Antes, cuando el Veterano salía de casa temprano para trabajar, era un hombre tranquilo; pero desde que ya no trabajaba, sufría por las pesadillas. Deliraba: «Muérete, muérete, preferible que te fusilen. Eres un gusano.» «¿Dónde está el soldado enfermero? Rápido, por acá, rápido. Mira esta sangre. Primero tapa la herida.» En plena noche el Veterano estaba grita que grita. Entonces, primero se despertaba la nena recién nacida y lloraba a gritos. «¡Cómo habría sufrido en la guerra! Tanto tiempo transcurrido, pero el hombre sigue en la guerra en sus sueños», decía mi mamá suspirando, despierta por los gritos desde esa habitación.

— Oye, dicen que lo internaron en un sanatorio después de amputarle el brazo en el Hospital Militar. Fue en septiembre cuando lo llevaron a la policía, ¿verdad? Dicen que el problema fue por el sanatorio —comentó, la señora de Kyonggui, y siguió hablando. —En realidad, les conviene que salgan ellos. Pero, ¿cómo pueden decirles que salgan? Ellos saben que luchan por sobrevivir en esta tierra ajena y en esta época tan fría —su comentario seguía sin fin. —Claro, pero todos nosotros también estamos en tierra ajena y luchamos por sobrevivir. Antes éramos alguien en nuestra tierra de Kaesong, pero esos comunistas nos quitaron todo y por esa desgraciada guerra estamos aquí metidos en una habitación.

— Pero el papá de Chunjo no parece cualquiera. Habrá sido, de verdad, alguien.

— ¿No te acuerdas esa noche de la inundación cuando sacamos el agua del patio? Ese día, ése les gritó y mandó a los de arriba. No creo que les pidan a ellos porque le tienen miedo. A otros, como nosotros, sí. Si les piden, a lo mejor les responderá «por qué a nosotros que pagamos igual que los demás, nos dan un trato diferente» y moverá más esa mano de fierro. No, no, no, eso se ve claro. A ellos no.

No quise oír más y entré a la cocina para salir; pero me detuve de nuevo porque hablaron sobre nosotros.

— Fíjate, por eso pienso que la familia de la costurera es la que debe salir. Mira, cuenta no más cuántos son. Cinco, nada menos. Hablando de números, te diré que todas las mañanas me muero de cólera cuando hago

la cola para usar el baño. Es que siempre hay uno o dos de ellos. Pero, claro, esto no es un problema para los dueños. El problema grave para ellos está con sus clientas, esas chicas prostitutas. Antes, las gueishas eran cultas y bien educadas. Sabían caligrafía china, recitaban poemas y cantaban. Cuando yo era estudiante de High School en Kaesong, me informé que ellas eran las que recolectaban el dinero para enviar a los guerrilleros coreanos que combatían a los japoneses en Manchuria; pero con la independencia y la llegada de la tropa americana, hasta las chicas decentes se degradaron. Y por la guerra las chicas bonitas se metieron en esa profesión para poder comer, abriendo las piernas a cualquier hombre. Son sinvergüenzas. Se quitan la blusa delante de otros sin importarles nada, se sientan en ropa interior en la entradita y fuman cigarrillos con las piernas abiertas. ¡Qué barbaridad!

– Pero, ésa no puede ser una razón para botarlos.

– Es que como tú vives afuera, no sabes nada. ¿Por qué no? ¿No ves que los dueños tienen jóvenes estudiantes? Además, tienen una linda sobrina que es estudiante. La visita de las gueishas afecta la formación educativa. Ese muchacho universitario, Sonchun, a propósito, utiliza nuestro baño cuando vienen ellas. En su ir y venir mira y remira la habitación. Varias veces la abuela lo ha regañado.

– Verdad, tienes razón.

– No sólo eso. La vez pasada vino una gueisha jovencita, con hoyuelos en las mejillas, y preguntó a la costurera si el dueño de la casa era el señor Pak. Parece que él frecuenta mucho ese restaurante de gala donde trabaja la chica. Estuve en la entradita y sin querer lo oí todo. Dijo que el dueño se conduce muy extrañamente cuando se emborracha. La costurera le dijo que no contara nada, pero ésa continuó. Fumando y fumando, contaba que un día el señor había bailado en calzoncillos. La abuela en ese momento estaba lavando la verdura en el caño del patio; de cólera le salían chispas de los ojos, y dijo que ya no podía aguantar la presencia de ciertas personas, aunque quedara vacía la habitación. Oye, y esa señora de Pyongyang...

De repente hubo silencio. Después se oyó el saludo de la señora de Kimchon.

– ¿Cómo te va? Parece que hoy sí has vendido todo. ¡Qué trabajadora!

La mamá de Chunjo entró al patio de entrada cargando a su hija a la espalda. Sobre su cabeza traía una canasta llena de leña en vez de fru-

ta. Había estado trabajando hasta ahora mientras su esposo preparaba la cena. Había vendido todas las manzanas y peras. Antes de entrar al patio central observó buen rato la carretilla y el cilindro colocados en un rincón del patio de entrada. Ahora a mí me tocaba salir antes de que la señora de Kyonggui comenzara con otro tema.

Ya había caído la noche. Las tiendas de la calle de Hierbas Medicinales y del Mercado Yommae estaban iluminadas. Absorbí el perfume que me traía el viento frío de la noche y vi coles y nabos amontonados en la entrada del mercado. Pasé por la tienda de leña, cubierta de leñas. Cuando regresé a casa, la señora de Pyongyang conversaba con mi mamá. Estaban hablando del asunto de la vivienda.

– ¿De qué te preocupas? Mira, aunque necesiten una habitación de aquí, ¿crees que deseen esta habitación tan lejos de la casa? Aquí el asunto está muy claro. Le toca salir a la señora de Kyonggui, que vive más cerca de la parte baja. Tú sabes que a la viejita no le gusta la señora de Kyonggui por ser chismosa.

– Pero, tú sabes que su hijo le hizo dientes postizos a un buen precio. Además, ella adula bien a la abuela –comentó mi mamá, preocupada, cosiendo el cuello de una blusa. –En la tarde ella le preguntó si no tenía más dientes con problemas. Y dijo también que Mison pensaba comprarle una lata de leche en polvo extranjera. Dijo que era buena para la salud de los ancianos.

– Mil respetos a la boca de esa mujer. Creo que no te conté, es que el otro día, por casualidad, conocí en el mercado a una señora oriunda de Kaesong. Le conté que tenía una vecina de allí. Y fíjate, ¡qué mundillo!, la conoce divinamente. Según ella, esa mujer fue concubina de un rico prestamista que hacía negocios con los comerciantes de ginseng. Los hijos son de él, y...

Bajó la voz y se calló, después de mirar la puerta cerrada. Mi mamá dejó de trabajar y la miró atónita. Mi hermana, que estudiaba en la mesita, la miró de reojo. Su mesita estaba frente al saco de arroz tapado con una tela de algodón.

– Ahora comprendo por qué no habla de su esposo, por qué no está acostumbrada a trabajar y siempre fuma.

– Es que con la Independencia llegaron los comunistas, y, como su esposo era prestamista, a él primerito lo desterraron a la mina Suan, al norte de Jwangjae-do. A su familia también le tocó la misma desgracia. Esa

mujer y sus hijos se salvaron. Dicen que ella, aunque era concubina, antes de la Independencia tenía una criada.

– Oye, ¿para qué hablar del pasado después de sufrir tanto? Todos tendrán historias, cosas que no pueden contar. En fin, pienso que ella morirá cielo y tierra para no salir y lo logrará. Aunque su habitación sea la más cercana, simplemente hará un cambiazco, ocupando la habitación desocupada.

Terminó de coser. Ahora le tocaba planchar una blusa de seda violeta.

– Entonces, le tocará a la familia del Veterano. Creo que debe ser una de ellas: la del Veterano o la de Kyonggui. Todos sabemos cuánto trabajas para educar a tus hijos, y ellos también tienen hijos. Por tanto, a ti te dejarán.

– Fíjate, recién ha mejorado mi trabajo. Si nos cambiamos de casa, si no es a una cercana, tendré problemas. Es que las jóvenes no quieren nada complicado. No serán capaces de averiguar dónde está mi nueva casa. Si no me llegan trabajos, los cinco tendremos que salir a la calle a mendigar. En el caso de otras, no tanto; pero a mí me importa muchísimo la ubicación. Ya se acerca el invierno y no creo que haya algún lugar en este barrio.

Se sonó la nariz, su voz estaba apagada y su rostro, preocupado. La miré detenidamente. Me pareció que sus manos ya no tenían fuerzas y no planchaba bien.

– ¿Todavía tiene tela para forro? Usted sabe que en el invierno sube el precio de la tela. A ver, vaya al mercado un día de estos.

Con esas palabras la señora de Pyongyang se levantó.

– Que le vaya muy bien. Bueno, pasaré por el mercado.

La señora de Pyongyang y mi mamá se parecían mucho: las dos, viudas por la guerra, tenían que ganar dinero y eran hacendosas. En esa casa las dos eran las mejores amigas. La señora de Pyongyang le hacía favores a mi mamá comprando hilos, forro y otras cosas a buen precio en el Mercado Yanqui, donde tenía su puesto.

– Por lo menos ella está libre de que la boten. Su hijo Chongmin enseña a los dos hijos del dueño. Y dicen que enseña tan bien que están subiendo en sus notas. No les pedirá que desocupen la habitación. No, más

bien deberían ofrecerles otra habitación en la parte alta. —comentó mi mamá y agregó. —¡Qué buena suerte la de ella que el hijo menor ya le sirve!

Esa noche mi mamá no pudo dormir bien, suspiraba a cada rato repitiendo: «¿Qué hacer si nos botan en invierno?»

— Mañana debo consultar a mi hermana. ¿Qué queda? Le diré que vea a la dueña y que le pida que no nos bote.

Entre mis sueños oía su voz.

Pasaron tres días. La luz del día se reducía más y más, terminaba mi trabajo después de que el sol se ocultara detrás del Parque Talsong. Cuando llegaba a casa con el estómago vacío, el cielo ya estaba del color de la noche.

Esa tarde, cuando llegué a casa, encontré a un hombre de gorro amontonando leña junto al muro de nuestra habitación. Mi mamá y mi hermana le alcanzaban la leña del suelo y el hombre la colocaba piso sobre piso.

— Señora, mañana partiré la leña y tan sólo por cien hwanas menos, es decir, sólo cuatrocientos hwanas. —dijo el hombre.

— ¿No le dije que tengo un hijo que puede partir la leña? Con cuatrocientos hwanas podemos vivir dos días.

— ¿Es ése su hijo? ¡Qué va a poder ese debilucho!

El hombre se rió al verme al lado de mi hermana.

— No. Usted habla mucho. Cuando termine su trabajo, váyase no más. Ya le cancelé todo al otro compañero suyo que la había traído.

— Si su hijo lo hace, destruirá la mitad. Por querer ahorrar cuatrocientos hwanas, perderá mil hwanas.

El seguía mirándome con mucha duda.

— Que pase bien el invierno —se despidió quitándose su gorro. Luego colgó el bolso de herramientas en su hombro. ¿Habría sido en el atardecer? Su figura me sugería un ambiente melancólico.

Antes de que se popularizara el uso del carbón, después de Chusok (Día de Acción de Gracias), cuando ya llegaba el viento frío, por las ca-

lles se veía a los partidores de leña. Cuando comencé mi trabajo como distribuidor, me encontraba con ellos en la calle; les tenía mucho miedo. La mayoría llevaba un hacha al hombro y cuñas en su bolso, pero algunos guardaban las cuñas en los bolsillos del uniforme militar. Parecían vagos. Cuando ellos echaban miradas a los patios de cada casa, el hacha parecía un arma y ellos, ladrones. Y no sólo por sus herramientas sino por las miradas vacías de sus ojos hundidos y por el rostro flacucho y con barba. Cuando en alguna callejuela me encontraba con ellos, temía que me amenazaran con sus hachas pidiéndome todos los periódicos y hasta mi ropa. Voceaban: «Partimos la leña», pero como alargaban cada sílaba y gritaban fuerte, era difícil entenderles.

– Kilnam, todo eso es nuestro. Bastante, ¿verdad? –me habló mi hermana. Se sentía feliz al ver el montón de leña, que alcanzaba la tercera parte del muro, tapando todo el riachuelo seco. Se enjugó el sudor con el dorso de la mano. A través de sus labios entreabiertos se le veían los dientes muy blancos.

– Sólo con mirarla ya siento calor. Este invierno, aunque no nos calentemos mucho, nos sentiremos abrigados. –dijo mi mamá, también contenta. –Kilnam, tendrás hambre. Lávate para comer ya.

– El rico no vive lejos, en verdad Uds. son los más ricos de la parte baja –dijo Sunjua. Estaba friendo carne de cerdo, en cuclillas delante de su cocinilla portátil.

El olor de la carne de cerdo me abrió más el apetito y me hizo sentir la vacuidad de mi estómago. Su familia parecía decidida a gastar todo en comida. Cada tres días comían carne de cerdo asada, o preparaban un delicioso caldo con esa carne y nabo. «Es que en enero de 1951 vi tanta gente morir de hambre y frío. ¿Para qué aguantar el hambre? ¿Acaso vamos a vivir centenares de años? El mañana ya no nos importa. Viviremos alimentándonos bien los que aún sobrevivimos, debemos comer y vivir hasta lo que le tocaba a mi difunto esposo que se murió de hambre.» La señora de Pyongyang solía decir. Era una mujer audaz. Sin embargo, la interpretación de mi mamá era muy diferente: «El único remedio para la tuberculosis es la buena comida. Por su hijo Chongte, ¡cuánto sufre la pobre! Cocinan que cocinan, y el que come es Chongte. Le da esa comida como único medicamento.» No podía creer todo lo que decía mi mamá, aunque enfermo podía comer carne.

– ¡Qué dicha que tiene usted! Hace poco compraron una arroba de arroz y ahora tienen tanta leña. Sólo les falta ahora el quimchi para el invierno

no, —comentó la esposa del Veterano, que salía con la mesita y su hijo después de terminar la cena. Su esposo no estaba en casa desde ayer. Salía con la carretilla a mediodía y regresaba a medianoche.

— Yo sí sé porqué la costurera compró tanta leña, si antes compraba sólo un tercio no más, —comentó la señora de Kyonggui lavando los platos en el rincón de la entradita de su habitación.

— Mamá, también compraremos una carga de leña, puedo pagar cuando me den la bonificación de fin de año, —le propuso su hija Mison, que iba a la escuela en uniforme escolar de color negro y cuello blanco.

— Bien. Compraremos primero. A ver, ¿qué pasa?

— Hasta luego, mamá.

Miró su reloj aprovechando la luz del foco y atravesó el patio. Como iba apresurada por estar atrasada, movía más la cadera, haciendo notar las nalgas resaltantes que casi reventaban el pantalón.

Cuando mi hermana trajo nuestra mesita servida, nosotros los menores la rodeamos inmediatamente, y cada uno agarró lo suyo. El menú era arroz, quimchi y sopa de verdura. Levanté una hoja de col del plato y la llevé a la boca. Tenía arena.

— No lavaste bien la col.

— Sí, la lavé bien. ¿Por qué? ¿Hay algo?

— Arena.

Pero no estaba en condiciones de quejarme más, con el arroz y el quimchi llené mi boca. Mi mamá, cuando iba al mercado, recogía las hojas de col o nabo arrojadas al basurero. Nos decía ella que no las robaba, por tanto no teníamos de qué avergonzarnos, porque las verduras desechadas aún eran comibles. Recordando los días de hambre, eso era un lujo, porque se podían aprovechar para la sopa aunque estuvieran pisoteadas y llenas de tierra. Entre las cuatro familias de la parte baja, la de Chunjo y la nuestra eran las que recogían la verdura desechada, pedazos de madera y paja para encender el fuego.

Cuando llené más o menos mi estómago, recién recordé que mi mamá seguía afuera todavía.

— Mamá, ven a comer —la invité abriendo la puerta. Ella, a pesar de la oscuridad, estaba frente al montón de leña.

— Ya, coman Uds. primero —contestó. Ni siquiera volteó, siguió contando

cada unidad de leña señalando con los dedos. Se escuchaba su enumeración: «Veintidós, veintitrés...» Cerré la puerta.

– Oye, mamá está muy feliz, ¿no? ¿Qué le pasó? ¿Por qué compró tanta leña? –le pregunté a mi hermana.

– La tía fue a la joyería a suplicar a la dueña que no nos botara. Entonces, la dueña le confesó que le causaba dolor de cabeza porque no sabía a qué familia pedir que desocupara la pieza. Luego le dio la idea de que compráramos leña, siquiera con ese argumento no nos botaría. Además, tú sabes que de todas maneras necesitamos la leña para pasar el invierno. Por eso...

– Entonces, ¡qué problema! Porque la familia de Mison también va a seguir nuestro ejemplo.

– Sí, pues, yo también la oí –contestó preocupada.

Dicho y hecho, al día siguiente la familia de la señora de Kyonggui compró la misma cantidad que la nuestra. La señora de Kyonggui, apenas se la trajeron, pidió que la partieran y la colocaran al lado del muro, guardando un poco de distancia con la nuestra.

Había empezado la competencia de la leña; dos días después, la señora de Pyongyang también compró la misma cantidad de leña. Desde el baño hasta la habitación, la pared se llenó de leña de las tres familias; parecía una tienda de leña. La única familia indiferente a esa competencia era la de Chunjo. Todos, tácitamente, creían que ellos deberían salir. La esposa del Veterano volvía cada día con un manojito de leña en su canasta de fruta y andaba tranquila. A ella, quizás, no le causaba ninguna preocupación tanta leña. Curiosamente, la abuela tampoco decía nada tocante al problema.

Un día mi mamá me pidió que consiguiera tizas. Conseguí dos tizas en la Oficina de Profesores de la Primaria Tongin. Mi mamá me pidió que marcara nuestras leñas. Estaba preocupada de que hubiera confusión. Puse una raya vertical que podría notarse si alguien sacaba la leña. Pero lo que ella deseaba, en realidad, era que marcara cada leña con un número, tal como marcaba todas las casas de mis clientes. Al final, no me exigió más, sólo comentó: «¿Tan rápido? ¿Eso también es marcar?»

El valle de Taegu, por estar en el interior de la zona de Yongnam,

es muy cálido en verano y muy frío en invierno. Cuando los meteorólogos hablan de la temperatura, el nombre de Taegu siempre resuena por su calor y por su frío.

Un día de las postrimerías de noviembre, hizo tanto frío que el pozo del patio central amaneció congelado. Esa mañana, cuando fui a lavarme las manos, sentí que se me congelaban los dedos. Recién mi mamá me dio la ropa interior larga, remendada con otra tela en la rodilla y el codo. Había sido de mi hermana, por eso había abierto un hueco en la parte delantera de la pantaloneta. Era corta para mí y se me veían los tobillos. La ropa interior debe estar bien pegada al cuerpo, pero ésta estaba tan floja que bailaba. Recién me di cuenta de que mi hermana ya era una mujer.

– ¡Qué horrible frío! –dijo el dueño al salir de la casa. Estaba con sombrero y abrigo grueso. Cuando hablaba, botaba el aliento como una nube blanca.

Esa tarde, cuando terminamos de almorzar, llegó un joven de casa y gorro a buscar a la abuela. Era un empleado de la Textilería Osong que algunas veces servía de mensajero.

– Vengo con la leña que manda el señor Presidente.

– ¿Sí? Esta mañana me dijo que nos mandaría la leña. ¿Ya llegó el camión?

– Sí, señora, dos camiones llenos. Están en la avenida.

– Muy bien, díles que la traigan y amontonen desde allí hacia allá –señaló con la mano desde la parte alta, donde había ollas de barro, hasta el patio posterior.

Cuando salió el joven, la abuela llamó a la señora An y le pidió que quitara las cosas de ese lugar.

Las tres familias apenas habíamos comprado una carga de carretilla, cantidad dudosa para pasar el invierno. El dueño era el dueño: dos camiones llenos de leña. No sólo fue noticia para los habitantes de la casa, sino para todo el barrio de Changwan-dong.

Como los camiones no podían entrar a la callejuela, contrataron una carretilla para cargar desde la avenida hasta la callejuela y, desde allí hasta la casa cargaron tres obreros. Cuando éstos traían la leña hasta

el patio central, dos hombres la amontonaban en orden. Esa leña era diferente de la nuestra. Era de pino rojizo, bien recto, y algunas eran tan gruesas, que superaban a mis brazos abiertos. La comparación de esa leña con las nuestras era como la de los gigantes frente a los enanos. Nuestras leñas parecían pobres y hambrientas. Las de la señora de Kyongui se veían más diminutas porque estaban hechas pedazos. Pero por lo menos las tres familias tenían algo; la del Veterano, nada.

El Veterano salió de su habitación. Llevaba un guante de algodón en su mano sana, un gorro en la cabeza, que le cubría hasta las orejas, una bufanda tejida por su esposa cubriéndole el cuello y un saco de camote en la espalda. Como siempre, para no ver a los otros, caminó cabizbajo por entre la leña del patio.

– Papá, quiero ir contigo. Llévame –le pidió Chunjo, agarrando la manga del brazo artificial.

– Papá, papá, yo también quiero ir. Llévame también –le dijo mi hermano Kilsu, siguiendo a Chunjo con sus pasos inseguros.

– No es tu papá. Es mi papá, –lo regañó Chunjo.

– Papá, papá, a Chunjo y a mí llévanos –Kilsu siguió sin hacerle caso. El no entendía nada, seguía llamándolo «papá» como si necesitara un papá.

– No es un lugar para Uds. –dijo el Veterano. –Chunjo, juega con Kilsu. Después, tú sabes que papá escribió algunas letras. Escríbelas en el periódico. Debes escribir cinco veces por lo menos. Si no, ya sabes. Y, ¡ojo! no vayas a escribir feo las letras.

– Tú tampoco las escribes bonito.

El niño se burló de su papá, que estaba aprendiendo a escribir con la mano izquierda.

No le habló más y salió hacia el patio de entrada. A la espalda de la tienda de la señora de Kimchon estaba su equipo de trabajo: la carretilla y el cilindro. Ese día me pareció más triste y diminuto.

Los obreros, a pesar de tanto frío, sudaban por el trabajo. La abuela los observaba risueña y satisfecha. Los cargadores se despidieron apenas el empleado–mensajero les pagó. Los dos obreros, amontonadores de la leña, uno en uniforme militar y el otro en vestido típico coreano y chaleco negro, agilizaron el trabajo.

– Señora, desde mañana partiremos la leña. Nos bastan tres días. Será a buen precio –le dijo el del traje típico, que tenía el rostro con huellas de viruela.

– Ustedes ya se frotan las manos. La madera todavía está mojada, debe secarse más –les contestó el empleado.

– El tiene razón. Todavía no está seca –lo apoyó la abuela.

– Que esté seca o no, no es el problema. Cuando no está seca, mejor, porque no sale tanta astilla y se parte fácilmente. Además, leña rajada se seca mejor. ¿Qué más esperan? Mejor para Uds. –dijo el de las huellas de viruela, pasando el madero al otro, que estaba encima del montón.

– No se preocupen, todavía tenemos leña para dos semanas. Terminen su trabajo no más. La leña húmeda cuando se despedaza no sirve para encender –La abuela, que tiritaba de frío, entró a casa al terminar de decir esas palabras.

– Oigan, amontonen bien, cuidado que caiga la leña de arriba a la cabeza de la gente –le dijo la señora An al hombre barbudo que estaba encima del montón de leña ordenada.

– No se preocupe, señora, lo haré bien –le contestó el barbudo, más callado que su compañero.

– En la época colonial los malvados japoneses cortaron los árboles; durante la guerra se quemaron por los explosivos y ahora para calentar las casas talan todo. Las montañas quedarán peladas –habló Chongte, que observaba el trabajo con las manos cruzadas.

– En mi pueblo natal vi que los policías capturaban a los que cortaban árboles de la montaña. Los castigaban mucho –le comentó.

– ¡Qué vaina! Cuando un pobre corta una ramita, lo capturan en nombre de la justicia; pero cuando esos poderosos cortan los pinos gruesos de las montañas estatales, nadie les dice nada, aunque dejen pelada toda la montaña. Es que hay intermediarios entre los policías, los funcionarios públicos y los ricos. ¿No dicen que ahora reinan los ricos? Ya verás lo que va a suceder en la estación de lluvia del año entrante, los cerros pelados se derrumbarán y muchos pueblos sufrirán por aludes e inundaciones. El gobierno corrupto sólo se dedica a chupar la sangre del pueblo y jamás se preocupa por las irrigaciones ni por el cuidado de las áreas verdes.

Chongte siempre era crítico, casi nunca lo ví sonreír, y otra vez pronunció sin miedo la palabra «pueblo», término preferido por los comunistas.

– Su cara me parece conocida. ¿Dónde lo habré visto? –El barbudo rompió su silencio y quedó pensativo observando a Chongte. Se enjugó el sudor con su pañuelo ennegrecido colgado de su cuello. Su rostro no era nada agradable.

– ¡Ah, sí! Lo vi en el lavadero del riachuelo Pangchon. Buscaba a los egresados de la Escuela Pedagógica de Pyongyang. Usted voceaba fuerte, ¿verdad?

– ¿Fue allí también a buscar a los familiares o conocidos?

– Sí, voy allí con mucha frecuencia. Pero no sólo voy allí sino a todos los lugares donde haya gente. Diariamente voy a los mercados: el Mercado Yanqui, Chilsong y Somun. Iré hasta los últimos rincones para encontrarlos.

– ¿De dónde es? Su dialecto me parece del sur de Pyongyang.

– Sí, soy de Samchong–myon, de Suan–gun, de Juangje–do. Me han dicho que mis padres y hermanos han venido al sur. Oiga, por si acaso, ¿tiene algún conocido de esa región?

– No, todavía no me he encontrado con alguien de ese lugar.

Cuando ya salía a la Oficina de Distribución los dos obreros terminaron el trabajo; pero antes de marcharse pidieron el favor a la señora An de que no diera el trabajo a otros porque volverían dentro de dos semanas.

El montón de leña, el doble de mi estatura, olía a madera; me recordó el olor fragante de madera del aserradero de mi pueblo natal.

VI

Cayó la primera nevada durante la noche, que como toda nevada de la región sur, cayó poquito, ni siquiera cubrió la tierra. Al amanecer, el viento amontonó la nieve en los rincones del patio. El viento que soplabla no era helado, hacía sol y no hacía frío.

– El dicho es cierto: «Después de la nevada, se lava la ropa.» De verdad hoy hace buen tiempo. Qué bueno sería si pudiera hacer el quimchi de invierno... El precio de los condimentos sube cada día –suspiró mi mamá que estaba ya por acabar una blusa. Como su cliente iba a venir a recogerla, desde el amanecer estaba trabajando. Mi hermana preparaba el desayuno en vez de ella.

En la parte baja nadie había hecho el quimchi de invierno. Al comprar la leña todos estábamos preocupados por el despido, pero ya después nadie se acordó de eso, todos pasaban los días sin preocuparse del quimchi. En esa época, para aguantar el invierno debían preparar con tiempo la leña y el quimchi. En nuestra habitación mi mamá estaba saturada de trabajo que ni podía pensar en el quimchi. La mayoría de sus clientas eran jóvenes que trabajaban en bares, ellas no sabían esperar ni perdonar. Contaban los días para probarse un nuevo vestido, y la costurera tenía que trabajar de día y noche para cumplir. Cuando ella les daba un plazo un poco largo, simplemente recogían sus telas diciendo: «Bien, entonces iré a otra costurera.» Para retenerlas, mi mamá tenía que trabajar más. Como se cortaba la electricidad después de las 12 de la noche, hora del toque de queda, trabajaba con la luz del candil y por eso hasta se había quemado los pelos de la frente. «Mis pobres ojos están muy gastados. No puedo meter el hilo en la aguja. Kilnam, cuando seas grande y quieras tratarme bien, me comprarás medicina para la vista, y me dirás: Mamá, ya que se dañó tu vista por alimentarnos y educarnos, aquí está tu excelente medicina para la vista» —me decía mi mamá frotándose los ojos irritados. Cada mañana amanecía con los ojos rojos y los párpados hinchados por trabajar ante el reflejo opaco de la luz del candil.

— Solye, ayer en la mañana hubo un lío total en la bodega del campamento. El candado estaba roto y en la bodega todo estaba en desorden. — dijo Mison a mi hermana. Con su infaltable chicle estaba preparando el desayuno, como mi hermana.

— ¿Por qué? ¿Hubo robo?

— Sí, entraron los ladrones y robaron muchas cosas de la bodega. Fíjate, con el doble alambrado eléctrico y con los vigilantes coreanos que día y noche están allí... ¿Por dónde entrarían? Los policías militares de Estados Unidos interrogaron a los guardianes y finalmente los encañonaron con sus fusiles. Dudaban de todos los empleados de la bodega. Nos investigaron a todos, sin excepción.

Aquí en Taegu había visto las rejas de hierro de los campamentos militares estadounidenses. En esas rejas había avisos: «Prohibido acercarse. Si se acerca, disparamos». Al principio no entendí la palabra ‘disparar’, por mi hermana supe que ‘disparar’ no significaba ‘llevar adentro’, sino ‘lanzar bala con arma’. Si por el simple hecho de acercarse disparaban, eso significaba que nos igualaban a los animales de caza. Aumentó mi miedo a los soldados estadounidenses de ojos azules, cuer-

pos peludos y grandotes. Cuando los veía en la calle, aunque no me conversaran, tenía miedo de que se me acercaran.

— ¿Y no cogieron a los ladrones?

— Todavía no. El teniente capitán Smith, encargado de la bodega, está colérico y dijo que todos los coreanos son ladrones.

— ¿Cómo? No todos somos ladrones.

— Estaba muy colérico. Es que los estadounidenses son más honestos que nosotros. Los coreanos que trabajan en la base militar roban una u otra cosa. Por algo, cuando salimos del trabajo, nos revisan todo el cuerpo. A las mujeres nos examinan las policías, pero aun así, cuando examinan hasta la toalla higiénica me da cólera.

— ¿Has sacado algo como los otros?

— ¿Yo?, pues...no.

— Como todos sufrimos hambre, no dudo que haya gente que saque algo.

— Sí, pues...No sé el porqué, pero no me gusta Corea. Me gustaría salir de esta tierra. Además no se sabe tampoco cuándo estallará otra guerra.

Mison hizo sonar su chicle mientras barría la nieve debajo de la entrada de su habitación. Yo había escuchado toda la conversación.

Los escolares de la casa propietaria salieron apresurados. Mi hermana y Kilchung los siguieron con sus maletines de libros. Siguió la procesión con Junggyu y Mison. El siguiente en salir fue el dueño. La abuela que lo despidió volvía hacia la casa.

— ¿Qué pasa desde la mañana? No tenemos nada que comprar, tenemos todo. —Se escuchó la voz irritada de la abuela. Todavía estaba en el patio de entrada.

— Oiga, señora, no somos vendedores ambulantes, venimos a visitar a uno que vive aquí. —le contestó una voz grave y también irritada.

— ¿Creen que me pueden engañar? No soy tan tonta. A ver, ¿a quién buscan? Díganme su nombre, yo lo llamaré y lo traeré acá. No entren, espérenlo afuera. A ver, díganme el nombre.

— ¿Acaso le traemos mala suerte? ¿Por qué no nos deja entrar? Esta vieja es una pesada.

Esta vez la voz era de otro. Seguramente había dos hombres. Abrí la puerta. Kilsu corrió a ver el pleito. Eran dos veteranos que entraron empujando a un lado a la abuela. Uno era lisiado de una pierna.

— Señora, son los que vienen a ver a mi esposo. —dijo la esposa del Ve-

terano un poco avergonzada. Estaba tendiendo pañales en la soga amarrada a la leña. Se dirigió a los visitantes:

– Bienvenidos. Mi esposo está en casa.

Los recibió amablemente. El que no tenía la pierna izquierda estaba en uniforme militar y el quepí sin distintivo de grado. La parte izquierda de su pantalón flotaba remangada hasta la altura de la rodilla y se apoyaba en una muleta. El otro tenía la mandíbula deforme por una quemadura. Su rostro era horrible y en un ojo, por la quemadura, ni se veía la pupila.

Se abrió la puerta de la habitación y el Veterano sacó la cabeza. Yo ya estaba en el patio junto a mi hermano.

– ¿A quiénes veo? Tú eres el teniente Jan y tú, el cabo Kim. ¿No les dije que no me buscaran en casa? ¿A qué se debe esta visita tan temprano?

Salió él sin ánimo de recibirlos.

– ¡Caramba, señor jefe! Usted tampoco nos da la bienvenida –se rió el hombre y su rostro quemado dio la apariencia de que estuviera llorando.

Los veteranos entraron a la habitación, la abuela, que quedó perpleja, subió a su casa murmurando algo. La señora de Kyonggui, que había observado el suceso, cerró su puerta, y Sunjua salió con un costal de ropa militar para ir a lavarla en Pangchon.

Los visitantes salieron después de treinta minutos. En ese momento Chongte leía el periódico en la entrada aprovechando los rayos solares del suave invierno. Era el que yo le había regalado. Yo también hojeaba el Atlas de mi hermana. El Medio Oriente llamaba mi atención: por el Mar Rojo se va al Canal de Suez y luego se llega al Mar Mediterráneo. Soñaba con la vida de un marinero. Quería salir de esta tierra, como Mison.

– Señor jefe, usted no debe faltar. Dicen que nos van a dar para el transporte, el almuerzo y una toalla –le dijo al papá de Chunjo el de la pierna amputada.

– Es que yo no tengo tiempo por ganarme la vida.

– ¿Cómo puede decir eso? Todos sus hombres nos reuniremos y si falta usted, señor jefe, estaremos tristes –le insistió el de la quemadura.

Cuando volvió después de acompañarlos hasta el patio de entrada, le preguntó Chongte:

– Señor Pak, ¿hay algún mitin hoy?

– Dicen que va a ver hoy en la tarde en el Gran Coliseo, un mitin de los anticomunistas para apoyar al Parlamento que dio la espalda a la ‘Renovación Constitucional’. En la primavera también hubo algo semejante y falté. Por eso han venido a exigirme que vaya esta vez. –le contestó con indiferencia.

– Ya pasó más de una semana y el periódico sigue hablando de eso. Oiga, señor Pak, ¿no le parece absurdo? De un total de doscientos dos, los del pro eran ciento treinta y cinco; la oposición: sesenta, y la abstención es siete. Faltó sólo un voto para que pasara la propuesta. En el momento dijeron que no, y después de dos días salieron con la canción de que el sesenta y seis punto y tanto por ciento debía haber sido considerado como el sesenta y siete por ciento y que por tanto, la propuesta pasaba. ¡Qué chiste!

Chongte estaba enfadado. Señaló la parte del periódico donde aparecía algo relativo al suceso.

– Es una jugada sucia.

– ¿Acaso pagamos impuestos para que esos parlamentarios hagan esos juegos sucios?

– Es que ese Doctor Rhee quiere seguir en el poder. Ahí está el problema. Como ya saboreó lo rico del poder, no quiere dejar ese sillón, y para seguir en la presidencia cambia hasta la Constitución. La historia de la política mundial nos enseña que de todas las ambiciones, la política es la más dañina e irresistible. Es que el poder soluciona todo.

– ¿Usted va a ir a ese mitin?

– ¿Acaso a nosotros, que nos cierran todas las puertas, nos dan comida por ir a ese tipo de mitin?

– ¿Sólo por eso no va?

– Yo también era amante del liberalismo, pero la vida real no me deja pensar como antes. Claro, también la época que nos ha tocado vivir es muy anormal: es la postguerra. Aún así ese liberalismo económico valora a la gente por el dinero, nunca por lo que es.

– Eso, eso. Usted tiene toda la razón. El famoso mitin de los anticomunistas es ridículo, pagan a la gente por asistir al mitin. ¿Anticomunismo? ¡Tonterías! Con ese anticomunismo amarra al pueblo y quiere ser el rey de la mitad del país. –se burló Chongte.

El papá de Chunjo, que estaba por entrar a su habitación, se detuvo, luego se sentó al lado de Chongte.

– A usted no le gusta el anticomunismo. ¿Por qué?

Una pregunta punzante, pero un tono muy sereno.

– Es que unos sólo insisten en el comunismo y otros sólo en el anticomunismo. Por eso es difícil la unificación. Nuestro país debe ser reunificado...

– Mire, yo sí pienso que el mitin anticomunista es necesario, con tal de que no tenga propósitos de acallar al pueblo y oprimir a los adversarios con ese pretexto. Si no hay ejecuciones, torturas o terrorismo en su nombre, está muy bien.

– ¿Cree que esos anticomunistas extremistas piensan y obran con razón?

– Es que yo hablo de principios. Mire, hablando de la ejecución, los izquierdistas extremistas, en nombre de su ideología, ¿a cuántos los tacharon de reaccionarios y los ejecutaron?

– ¡Quién sabe! Es que estoy harto de oír la palabra 'anticomunismo'. Es que...

– Es que los disidentes como usted son difíciles de adaptarse a algún sistema político, porque son tercos. Pero para enseñar el valor de la libertad a nuestros hijos y a la gente como usted, que no agarró las armas ni participó en la guerra, necesitamos enseñarles qué es el anticomunismo. Pienso que los que creen en la revolución violenta como en la guerra deben desaparecer. Esta libertad es el fruto del sacrificio de los compañeros de la guerra. Sé que nuestro liberalismo no está en el nivel político de los países desarrollados; sin embargo, no debemos olvidar tanta sangre derramada por nuestros hermanos por mantener y proteger esta ideología...

Chongte estuvo callado y lo miraba de reojo.

– ¿Sabe por qué no voy al mitin? No es porque deteste a ese Doctor Rhee, que con el pretexto del anticomunismo quiere seguir en la Presidencia, sino que por luchar por la vida no tengo tiempo ni ganas de ver a otros compañeros.

– ¡Qué buen ciudadano! Aunque sé que no soy el calificado para opinar algo, sobre todo ante una persona como usted, pero...es que...en fin, esta guerra ahondó más la distancia que separaba al comunismo y al anticomunismo antes de la guerra. Antes, fuera de algunos fanáticos de las ideologías, el pueblo no se odiaba tanto, ¿verdad?

– Tienes razón. Mientras los dos bandos se peleaban a muerte defendiendo los intereses de los dos superpoderes, Estados Unidos y la Unión Soviética, el pueblo y la tierra sufrían sus tristes consecuencias. Ambos tomaron las armas que cada patrón les entregaba y se mataron cruelmente. Y a cambio de ese sacrificio, si hubiéramos logrado la unificación, ¡qué buena sería! ¿no? Pero no, más de tres millones de muertos y heridos es el saldo de ese sacrificio; y ahora tenemos un armisticio. La herida es tremenda. Jamás podremos calcular su dimensión. ¿Dónde está la justificación de la guerra y del sufrimiento del pueblo? ¡Qué vida! ¡Qué pueblo! Sólo al pensarlo mi corazón se llena de honda tristeza –dijo el papá de Chunjo, acariciando su postiza mano de metal.

– ¿Es cierto que es oriundo del norte? ¿De verdad era maestro? ¿Cuándo entró al ejército?

– Era maestro de Primaria en Pyonggang, en Kangwon-do, pero al estallar la guerra me reclutaron para la División Cultural y me trajeron hacia el sur.

Después de un instante su voz recobró fuerza y habló claro.

– Pero, en julio, en la batalla de Munkyong, Kyongsangbuk-do, pedí asilo político a la tropa del sur. Después de una breve indagación me nombraron Encargado de Investigación de los Enemigos Capturados. Pasé el otoño en ese puesto. En noviembre me mandaron a la frontera como jefe de una mínima unidad. Era la unidad formada por los asilados políticos.

– ¿Tuvo alguna razón o motivo especial para asilarse? Por ejemplo, que embargaran toda su propiedad por algún delito y que lo mandaran a un lugar pésimo...

– He vivido bajo el sistema comunista, y no me agradan sus principios. A lo mejor, es por la influencia de mis estudios confucianistas en los que me inició mi finado padre. El hombre debe ser valorado por su personalidad y capacidad, pero ese sistema, en nombre de la igualdad, juzga a todos como iguales y forma una sociedad de un solo color. Además, fiscaliza demasiado. Me sentía enjaulado y no me gustaba enseñar bajo un ambiente de vigilancia. Los que estaban de acuerdo con ese sistema, naturalmente, vivían felices.

– Pero.. todo depende de la interpretación. Yo vine aquí escapándome del bombardeo de los aviones estadounidenses. Pero aquí también hay tantos problemas, o quizás más problemas que en el norte. –Chongte también hablaba franco.

– ¿Es verdad que fueron terribles los bombardeos desde el otoño del año cincuenta hasta enero del cincuenta y uno, cuando llegaron las tropas chinas?

– Ni recordarlo. Corea del Norte quedó totalmente destruida. Al principio sólo bombardeaban edificios grandes y establecimientos militares, pero, después ya no distinguieron los objetivos. Cuando los niños escolares huían a la montaña escapándose del bombardeo, simplemente echaban bombas a la montaña. Cuando los ancianos y mujeres se escapaban al arrozal, cuántas bombas cayeron al arrozal, hasta matarlos. Yo no entiendo eso, ¿qué tenían esos contra nosotros? Mataron, destruyeron, y trataron de exterminar a nuestro pueblo.

– ¿A qué se dedicó su padre antes de la guerra?

– Tenía un negocio en Pyongyang, una pequeña fábrica de herramientas de labranza, en Songyo-ri.

Cuando acababa de terminar de hablar Chongte, la señora de Pyongyang salió con el bulto de uniformes militares. Estaba yendo a su puesto del Mercado Yanqui. Con una bufanda militar se abrigaba la cabeza, las orejas y la cara, y terminaba amarrando las puntas debajo de su mandíbula. Se había puesto un pantalón apretado, hecho de frazada y, por supuesto, de su brazo colgaba su infaltable bolso de dinero.

– Oye, hijito, no hables de política. Todos los que vinieron del norte se jactan de su opulenta vida pasada, y no hay nadie que no haya sido víctima de los comunistas o los funcionarios de ese régimen. Si uno está aquí, debe adaptarse a la vida de este lugar. Trabajemos duro que algún día recordaremos estos días de penuria con mucho cariño. ¿Qué es lo bueno de este sistema del sur? Los que se esfuerzan pueden cosechar los frutos, ¿no?

– Usted tiene razón, señora. Los pobres como nosotros, ¿qué podemos hacer en esta tierra ajena? Hasta el día de la unificación debemos trabajar y ganar dinero, así recompensamos nuestra nostalgia de nuestro lejantisimo pueblo natal. Siempre pienso que he sepultado un brazo mío allá en mi pueblo. Desenterrarlo y volverlo a poner en su lugar es imposible, pero si por lo menos pudiera ir un día a mi pueblo natal... –dijo el Veterano.

– La guerra ha corrompido a todos. Ahora, todos son esclavos del dinero, obedecen y ganean ante esos ladronazos. Tienen sólo un objetivo en la vida: ganar, ganar más que otros, ganar lo más rápido posible sin importarles los medios. ¿Acaso los de abajo, que trabajan honestamente,

pueden vivir bien? No, señor. Sus pasos tan menuditos jamás se igualarán a los pasotes de esos pajarracos —dijo Chongte.

— Entonces, ¿tú no necesitas dinero? ¿Qué más esperamos? ¿No debemos pensar en mejorar la situación actual? ¿Qué más deseamos? —lo regañó su madre, poniéndose las zapatillas de deporte.

— ¿Yo? ¿Qué puedo hacer? ¿Acaso lo que deseo puedo realizarlo? Sólo digo y opino porque nada anda bien.

— Es que como no tienes nada que hacer, te torturas sin necesidad. Deja ya esas tonterías. Tú antes no eras así. Después que llegamos al sur, te perdiste totalmente. Ahora ya eres un desconocido para mí. Te hubiera dejado allá, para que no hablaras mal de mí. Recién entiendo el dicho: «El peor enemigo es el propio hijo». Tú me estás matando —le gritó. Cargó su bulto en la cabeza, cogió su silla portátil y atravesó el patio central con pasos firmes.

Chongte, enojado, agarró el periódico y entró a la habitación.

— Joven problemático... —murmuró el Veterano después de observar su actitud.

Después de unos días abrigados, empezó a llover desde el mediodía. El cielo oscuro ya lo anunciaba desde la mañana. Yo estaba pelando los ajos que mi mamá había comprado el día anterior para hacer el quimchi de invierno. Cuando sobre el techo de calamina de la cocina cayó ruidosamente la lluvia, mi mamá me llamó:

— Kilnam, en el patio posterior está el costal vacío de arroz, ¿verdad? Con eso tapa la leña.

— Mamá, ¿cuándo la partiremos?

Me levanté restregándome los ojos llorosos con el dorso de las manos.

— ¿Por qué? ¿Tienes miedo de que te lo ordene?

— No es por eso. Es que...

— Cuando partan la leña de la casa del dueño, observarás y aprenderás la técnica. Hay gente que come bien y que después se preocupa de su peso, hace ejercicios que no significan nada en dinero. Si piensas que el trabajo es una forma de hacer ejercicio, podrás matar tres pájaros al mismo tiempo: ejercicio, ahorro de dinero y aprendizaje de una técnica.

Ante su razonamiento no tuve palabras. Me puse el impermeable y

subí al montón de leña. Estaba tapándola con el costal cuando entró un hombre con su chigue (cargador de madera) vacío. Se detuvo en la puerta interior que estaba abierta. Era el hombre barbudo, a quien no reconocí. Era el de Jwangje-do, que había ordenado subiéndose al montón de leña el día que la compraron los dueños. Ese día estaba con gorro y uniforme militar, miró el montón de leña, se dirigió hacia la parte alta y se plantó frente a la sala, guareciéndose de la lluvia.

— ¿Hay alguien?

Miró al otro lado de la puerta de vidrio.

— ¿Quién es?

Salió la señora An de la cocina.

— ¿No se acuerda de mí? Soy el que trabajó aquí el otro día.

La saludó quitándose el gorro.

— Ah, sí, sí me acuerdo. Pero usted dijo que vendría en quince días y todavía no se han cumplido.

— Es que por la lluvia me acordé de la leña. Vengo a taparla para que no se empape. Deme costales para taparla. —Luego agregó con una sonrisa.

— Del pago no se preocupe. No le cobraré.

— ¡Qué bien! Estaba pensando en pedirle el favor a ese muchacho Kilnam, porque yo ya no puedo subir hasta allí. Vea, en esa bodega debe haber algunos costales y sogas.

El hombre puso su chigue a un lado y sacó de la bodega varios costales y sogas y subió sobre la leña. La lluvia le caía a chorros, pero como era diestro lo terminó en un santiamén. La abuela, con las manos atrás, observaba todo desde la sala. Cuando el hombre se ajustó su chigue en la espalda, salió la señora An con un pocillo de agua de arroz.

— Tome esto, está caliente. Aunque su ropa esté mojada, su estómago se calentará con el agua.

— Gracias.

El hombre cogió el pocillo con las dos manos y sin respirar ni una vez se lo tomó todo. Luego se limpió la boca con la mano, pero el contorno de su boca quedó oscuro por su barba. Observó un rato la lluvia menuda.

— Después de la lluvia vendrá el frío —comentó el hombre.

– Después de la lluvia, parta nuestra leña. –intervino la abuela, que estaba con ganas de hablar.

– Gracias. No se preocupe, baratito, pero bien trabajado.

Feliz, se quitó el gorro y le hizo venias a la abuela.

– Aunque su cara es de un abigeo, parece trabajador y bueno. Los norteños que huyeron al sur por la guerra si no trabajan duro no pueden sobrevivir. Pero ese joven, jamás se morirá de hambre aunque esté desnudo en un campo de nieve. –comentó la abuela cuando el hombre desapareció por la puerta interior.

– De acuerdo, señora. Su rostro no es nada agradable, pero parece buena gente –opinó la señora An.

Entré a la habitación y seguí pelando los ajos mientras mi mamá seguía cosiendo un traje de seda de HongKong con bordados de cigüeñas. Era de tres metros.

– ¿Viste, hijo? Ese obrero, por ser hacendoso y servicial, pudo asegurar un trabajo. En este mundo no hay nada fácil. No sé si él habría calculado todo esto. A la abuela también le agradó su buena voluntad. ¿Ves? Un trabajo gratuito le dio buen resultado. La gente debe saber agradecer a los otros; por eso, uno debe ser honesto y trabajador.

Ella, aunque estaba adentro trabajando, se enteraba de lo que sucedía afuera.

Ese día, al oscurecer, cesó la lluvia y luego empezó un fuerte viento. En la noche la temperatura bajó abruptamente. El viento helado penetró por las rendijas de las puertas. Mi mamá colgó una frazada como cortina en la puerta. El delgado papel coreano de la ventana temblaba constantemente. Aunque teníamos leña amontonada mi mamá no calentó la habitación, el ambiente estaba helado. Nosotros, los tres hombres, nos tapamos con una frazada hasta la cabeza y nos abrazamos para calentarnos con nuestros cuerpos. Estábamos acurrucados como los langostinos. En la habitación vecina la señora de Pyongyang regañaba a Chongte. «¿Por qué eres tan negativo? Tu actitud no te ayuda a sanarte». La madre hablaba más y más ante el silencio de su hijo.

– Como los dos hermanos abrazan al chiquitín, éste no tendrá frío. –Tal como pensaba Solye, Kilsu estaba bien abrigado entre nosotros dos.

– Como fui el último en llegar de Chinyong, me toca dormir en el lugar más frío. ¡Qué injusticia! –me quejé.

Hasta después de mi matrimonio tenía duda de si yo era hijo legítimo. Pensaba que quizás era un hijo adoptado o un hijo natural de mi padre. Tenía suficientes argumentos. Cuando mi mamá nos castigaba, a mí me pegaba más, y me daba los trabajos más pesados. Además, sólo a mí me había dejado en Chinyong por largo tiempo y cuando llegué a Taegu, no me mandó a la escuela, más bien me hizo trabajar como vendedor de periódicos. Cuando recordaba mi infancia, siempre me ponía triste y dudaba.

– Oye, Kilchung, ¿por qué en la noche entras a nuestra cama como un topo? Varias veces me has asustado. –dijo Solye.

– Es que mi hermano me quita la frazada. –Kilchung me vendió.

En nuestra habitación dormíamos en el siguiente orden, comenzando desde la puerta: primero yo, al lado de la pared donde estaba la ventana, luego Kilsu y Kilchung. Mi mamá y mi hermana dormían aparte, junto a la pared que separaba la habitación de la señora de Pyongyang. Aún así era mi momento más feliz. Dormía abrazando a Kilsu porque su cuerpito era como un horno que calentaba mi cuerpo. Esa noche me dormí profundamente, no oí nada; pero mi mamá me contó al amanecer que el Veterano había dado gritos delirando. Seguía con la pesadilla del combate.

Al día siguiente vi que el agua que había dejado en la habitación se había congelado. Y como había dormido bien arqueado, me dolía todo el cuerpo. Antes de que saliera a trabajar el dueño, llegó feliz aquel hombre del día anterior con el hacha y sus cuñas en su bolsa. No había traído su chigue.

– Hace mucho frío. No sé si podrá trabajar. –dijo la abuela, mirando el patio convertido en una pista de hielo por la lluvia del día anterior.

– Esto no es nada comparado con el frío de mi pueblo natal. Allí, en Samchong, en invierno, la temperatura baja hasta treinta grados bajo cero –le contestó.

– ¿Dónde? ¿Hace tanto frío?

– Samchong–myon, de Suan–gun, en Juangje–do. Está rodeado de montañas y hasta en abril cae nieve. Antes de la guerra allá cultivaba el campo y trabajaba en las montañas cortando árboles. ¡Qué árboles, señora! Gruesos y grandes.

– Entonces, usted será experto en cortar la leña, ¿no?

Sacó la cabeza la señora An, que lavaba los platos en la cocina.
– Por supuesto. Ya verá y dirá que soy diferente a otros.

El hombre destapó la leña y sacó los maderos. Como mi mamá me había pedido que observara ese trabajo, me coloqué en un lugar adecuado, debajo del muro a donde llegaba el sol y metí las manos al bolsillo. Primero escogió un madero grueso para la base, que tenía una rama que lo sostenía firme en el suelo.

– A ver, a trabajar.

Me miró y se rio. Tenía dientes amarillentos entre sus tupidas patillas. No se reía por el dinero que iba a ganar, sino del gozo de trabajar. Además, podía jactarse de su técnica ante un espectador. Agarró un madero no tan grueso y lo puso sobre el madero base. Observó las hebras y calculó por dónde atacar. Después de un escupitajo a sus manos alzó el hacha y dio un hachazo a la punta del madero. Este se partió hasta la mitad. El segundo hachazo dio en la mitad y el madero se partió en dos. De verdad, era un experto.

– Oiga, de verdad, usted sabe. Parece que se necesita mucha técnica, ¿no? ¿Por dónde se empieza? –le pregunté.

– Claro, niño, no se debe dar el hachazo en cualquier lugar. Hay que empezar por las hebras angostas, y si tiene ramas, hay que saber partirlas en dos. Así el hacha no sufre. Al dar un hachazo se puede sentir por la vibración del mango del hacha si el golpe ha sido bueno o no. Interesante, ¿verdad? Cuando la madera parece piedra y rebota el hacha, eso significa que no se ha dado en la hebra. Cuesta más trabajo y duelen las manos. Cuando el hacha penetra fácilmente en la madera significa que escogimos bien el lugar frágil.

– Pero, también se requiere de fuerza, ¿no?

– Claro. Pero basta que uno tenga la fuerza suficiente para alzar el hacha. Lo más importante es conocer el tipo de madera por sus hebras, así se puede trabajar sin malgastar energías. Cuando los maderos se parten, el leñador también trabaja con gusto.

El diestro leñador, partía los palos con gusto. Su rostro estaba rojo, emanaba vapor, sudaba. Prefirió quitarse la ropa superior. Vi que su ropa interior estaba ennegrecida, no la habría lavado en mucho tiempo. Parecía que no tenía a nadie porque los codos de su camiseta estaban rotos. Pero él ni prestaba atención a su ropa, estaba concentrado en partir la leña. El hombre se puso a cantar al ritmo de sus movimientos:

A Suan de Juangje—do vienen
los japonesitos, unos
vienen a robar el oro
y otros a robar los árboles.
Esos enanos malvados,
desgraciados ladroncitos,
asustados por un tigre
y también por una imagen
tallada en cualquier palo
se mean en sus calzones.

Aunque los palos no estaban secos todavía, se rajaban tan bien que no quedaban astillas. Al observar ese trabajo alegre me sentí alegre también. La fragancia de la madera me llegó a la nariz. Absorto, observaba. Esta vez, ¿con dos hachazos se partirá el madero? ¿Cuándo usará la cuña? El hombre se remangó la camiseta empapada de sudor. Sus brazos huesudos estaban sucios, la cintura delgada y el pecho sin carne. ¿De dónde le salía tanta fuerza? Todos sus miembros superiores brillaban por el sudor. Esta vez agarró un enorme madero, lo dejó encima de la base y empezó a clavar una cuña. La golpeteó con la cabeza del hacha, el madero se rajó, y allí remató con un hachazo. El grueso madero se partió fácilmente.

La abuela y la señora An miraban de rato en rato y seguían con sus quehaceres.

— No me equivoqué. Es cierto que no tiene un aspecto agradable, pero en el fondo es bueno y trabajador. Oye, prepara suficiente comida para que almuerce bien —ordenó la abuela a la señora An.

Mi mamá también observaba desde la puerta al hombre y a mí. A diferencia de otras veces, no me pidió que entrara a la habitación.

— Kilnam, ¿por qué estás allí? Hace frío. Ven. Traigo empanadas.

Era la tía Muncha, en suéter de lana. Estaba pálida, quizás porque no se había maquillado, y su voz sin fuerza.

— ¡Tía!

La seguí. Aunque no era nuestra verdadera tía, la llamábamos así, y a ella le gustaba ese trato. ¡Empanadas rellenas de carne de cerdo y

con ricos condimentos! Se me hacía agua la boca. Gracias a ella conocía el sabor de las empanadas. Antes había visto empanadas en la vitrina del restaurante chino. Cuando la tía Muncha abrió el paquete, Kilsu, que estaba durmiendo en un rincón de la habitación, abrió sus ojos casi bizcos y brillantes. Se acercó rápido al paquete. Había unas quince o dieciséis empanadas, entonces a mí me tocarían cuatro, por lo menos.

– Kilnam, anda a la cocina y trae salsa de soya.

Otra vez yo. Siempre a mí me trataba con injusticia. Claro, tampoco había otra persona; sin embargo, me daba cólera. Cuando llegué con la salsa de soya, los tres ya estaban en la primera empanada.

– Oye, ¿para qué vivir? En las noches vuelvo borracha a casa y duermo olvidándome de todos los problemas; pero por la sed me despierto después de unas horas, y desde esa hora no puedo dormir más. Para aliviar la náusea fumo y pienso. Y, ¿sabes cuál es mi conclusión? Suicidarme. ¿Por qué no me moriría con mis padres y mis hermanos? Debería haberme muerto cuando todos veníamos huyendo de la guerra. Cuando reflexiono sobre mi situación actual ya no puedo respirar. Sólo tengo deseos de aniquilarme.

Ya no comió más empanadas y sacó un cigarrillo y el encendedor del bolsillo del suéter. Mi mamá apartó la tela rápido. Habría temido que cayera alguna chispa. Con un profundo suspiro arrojó el humo, sus ojos, de largas pestañas, se llenaron de lágrimas.

– ¿Quién vive feliz en esta vida? Porque no podemos morir, sobrevivimos. Si no fuera por mis hijos, hace tiempo habría terminado bajo tierra. ¡Qué vida! Los tres años de lucha me parecen más de diez años, y ¡cuántas veces quise suicidarme tomando veneno! Los que padecemos hambre sabemos que también es difícil morir –dijo mi mamá–

– ¿Sabes qué? No pude trabajar anoche.

La tía Muncha me observó comer con gusto las empanadas.

– ¿Qué pasó? ¿Estás enferma? Verdad, estás muy pálida.

– Ayer en la mañana fui al hospital pero no cesa la hemorragia. Todo el día estuve llorando en la cama.

– Ya no coman más. Ésas, guarden para Solye y Kilchung. –Envolvió las seis empanadas que quedaron y luego me miró: –Kilnam, anda a la casa de tu tía y pídele prestada el hacha. A ver, tú también parte la leña como ese hombre. Los hombres deben saber hacer esas cosas. Además, tú eres el hijo mayor. Es tu deber.

Me levanté feliz porque mi mamá y la tía Muncha habían comido una empanada cada una, Kilsu tres y yo cinco. Salí. Las quejas de la tía Muncha seguían:

– Me operaron. Es el segundo aborto. Me siento muy mal, no puedo trabajar. Dicen que estoy en la mejor edad, pero fíjate, ¿hasta cuándo debo estar en las mesas con hombres desconocidos y acompañándolos a beber? Estos días añoro más que nunca los días felices de Seúl, antes de la guerra. Constantemente recuerdo a mis padres, hermanos y compañeras de clase. Como se quemaron las fotos ni los puedo ver, sólo quedan en mi memoria.

La casa de mi tía estaba a la entrada de la calle de Hierbas Medicinales. La tía me dijo que no dañara el filo del hacha. Con el hacha en el hombro volví. Por lo menos, el estómago estaba lleno y podía trabajar hasta que fuera a distribuir los periódicos.

Escogí el lugar de trabajo, frente a nuestra habitación. Seleccioné el madero para la base, luego coloqué otro leño de un grosor mediano encima de él.

– No agarres demasiado fuerte y cuidado con los pies. Tienes que partirlo por el lugar exacto –me advirtió el hombre que observaba todo.

No era fácil el trabajo. Que se partiera bien o no era un problema secundario. Primero tenía que asestar el golpe en la hebra, lo cual era sumamente difícil. Con las dos manos agarré el mango del hacha, la alcé por encima de mi cabeza y derechito tenía que darle a la leña. El filo no acertaba el centro y el leño volaba a cada rato. Era un trabajo muy difícil para un muchacho. A cada rato miraba la habitación esperando que mi mamá abriera la puerta y dijera: «Ya no». De hecho que habría oído mis comentarios de «¡Qué raro!» «Tan difícil», pero la puerta no se abría.

– ¡Qué mujer tan dura! ¿Cómo puede pedir a un mocoso cortar la leña? Tengo miedo de que se parta los pies en vez de la leña. –dijo la señora de Kyonggui abriendo la puerta.

Pedí prestada la cuña y empecé a clavarla en el centro de la leña con la cabeza del hacha. Después de una lucha feroz, el leño, herido de tantos hachazos, se partió en dos dejando caer muchas astillas. Bueno, por lo menos los pedazos servirán para encender el fuego. El hombre

que me miraba de rato en rato se me acercó. Recé a Dios para que ofreciera su trabajo a mi mamá diciendo que yo no podía hacerlo y que él nos cobraría barato. Pero, él también era como mi mamá. Ni siquiera echó una mirada hacia la habitación. Más bien me enseñó:

–A ver, digamos que mi fuerza es como la tuya. Mira bien. Alzo esta hacha muy débilmente y voy a dar en el centro.

Dicho y hecho. La alzó y dio con el filo exactamente al centro. Cosa rara. Su hachazo no era fuerte, pero la leña se abrió bien. El segundo hachazo ahondó más la rajadura y el tercero la partió definitivamente.

– Hay muchas cosas de la vida que no se solucionan solamente con la fuerza. La leña, lo mismo. El hacha debe bajar recto y llegar al centro del leño –dijo él. Me devolvió el hacha y me dijo que lo hiciera. No era fácil, pero tuve cuidado de que el filo diera al centro, el leño ya no voló. Ya no gastaba tanta fuerza.

– Muy difícil –le dije, enjugándome el sudor.

– Practica más. Cada vez aprenderás más la técnica. En mi pueblo los niños de tu edad hacen bien este oficio.

Comprendí esa teoría del hombre en el segundo año de High School cuando agarré por primera vez una raqueta de pimpón. Era difícil pasar la pelotita tan liviana a la mesa contraria, y aunque la raqueta era redonda y grande la pelotita iba a otro lugar. Claro que no se puede comparar la raqueta y la pelotita de pimpón con el hacha y la leña. Pero la teoría era la misma. Como agarraba tan fuerte la raqueta, la mano no podía controlar el ángulo que formaban la raqueta y la pelotita. El billar también es similar, cuando uno agarra fuerte el palo, la bola no rueda liso y salta. Cuando trabajé un año como maestro de Middle School, jugué al tenis por primera vez. En los primeros días agarraba fuerte la raqueta y la pelota iba a lugares inesperados. Todo dependía de cómo distribuir la fuerza y esa distribución se aprendía después de mucha práctica.

Se fue la tía Muncha; luego llegó Kilchung de la escuela. Ya era la hora del almuerzo. Mi mamá nos sirvió la comida. Mientras almorzamos, no me dijo nada de la leña. Su silencio significaba que debía seguir con el trabajo para pasar este invierno sin sufrir frío. Estaba tan decidida que no pude decirle nada. Cuando salí, la señora An traía una mesita para el leñador.

- ¿Dónde comerá?
- Aquí no más. Comeré aquí.
- Hace frío, y ¿cómo puede comer allí afuera?
- No se preocupe, señora, con el trabajo ya no siento el frío.
- Bueno, sírvale allí. En invierno no se invita a la gente adentro –dijo la abuela desde su habitación.

Más tarde supe que la abuela hacía pasar adentro sólo a los familiares o invitados especiales. A la gente extraña, como los vendedores o mensajeros, la atendía afuera. La causa eran los piojos. Los piojos, ahora no se ven porque la gente se baña y lava bien su ropa; pero en los inviernos de la década del cincuenta, sin diferenciar a los de la ciudad y los del campo, todos tenían piojos. En cualquier lugar y hora todos se rascaban en los ratos de descanso. Había mendigos que se despiojaban en los lugares soleados de la ciudad. «Por esta razón, los ricos tenían habitaciones y camas especiales para las visitas.» Así contó una vez la abuela.

El hombre tendió una estera al lado de la madera base y recibió la mesita. A la señora An le pidió un pocillo grande donde mezcló verduras, arroz y la pasta de ají. Y cuando ya estaba por continuar mi trabajo, su modo de comer llamó mi atención. La manera de comer siempre fue algo que me gustó observar.

- ¿Cuándo llegó al sur? ¿Dónde están sus familiares? ¿Qué les pasó? –le preguntó la señora An. Estaba sentada encima del poyo del lago.

- Yo no vine aquí escapándome de la guerra; me llevaron al ejército y fui capturado. En junio del año pasado, cuando liberaron a los capturados, pude salir de la isla Koche-do. Según un amigo de mi pueblo, toda mi familia ha venido al sur. Por eso decidí quedarme aquí. Durante un año y medio he andado por Pusan, Masan y Taegu, y hasta ahora no los encuentro.

- Querrá ver a su esposa e hijos, ¿no?

- Oiga, aunque soy mayor de edad, no soy casado. No me confunda. Busco a mis padres y hermanos.

- Disculpe, disculpe –se puso roja y se rio. –¿Desea más arroz? Hay más.

- Si hay, gracias. La sopa de col está riquísima; desde que salí de mi pueblo es la primera vez que pruebo esta sopa de col con caldo de harina de frijol. Y otro favor, cuando vaya al mercado pregunte por la fami-

lia Chu, de Samchong-myon, de Suan.gun, Juangje-do. Me llamo Oksul Chu.

Mientras yo luchaba con la leña, la señora An conversaba con el leñador, a quien le narró su historia. En agosto del año de la guerra reclutaron a su esposo con quien recién vivía apenas dos meses; recibió dos cartas suyas, y al cuarto mes le trajeron sus cenizas. La despedida fue un día que lo llevaron en un camión. El leñador y la señora maldijeron la guerra que había destruido sus vidas. Tenían que aguantar la maldita vida y salir adelante. Si no hubiera salido la abuela a la sala, la conversación hubiera continuado. A la abuela no le gustaba la conversación entre un hombre y una mujer.

El señor Oksul Chu, al terminar de comer fumó un pucho y siguió su trabajo. Esa tarde, cuando volví de mi trabajo, todavía no terminaba el suyo. Amontonó bonito toda la leña partida al lado del muro del estante de las ollas. Barrió el patio y se despidió. Prometió volver al día siguiente. Esa noche, no pude dormir por el dolor de espalda y brazo.

Al día siguiente, el señor Chu y yo seguimos con nuestro trabajo. Chongte, que no me había visto trabajar el día anterior por estar afuera, me vio al ir al baño.

– Oye, tú no podrás hacerlo. A ver, yo lo haré.

Volviendo del baño, se ofreció. Entonces se abrió la puerta de mi habitación y sacó la cabeza mi mamá.

– Oye, no debes gastar tus fuerzas estando enfermo. El descanso es el único remedio para tu enfermedad.

– Este trabajito no agrava mi enfermedad. No se preocupe.

Creí que mi mamá cedería ante el tono seguro de Chongte. Pero no.

– Oye, Chongte, no debes enseñar a los muchachos a depender de alguien. Uno debe saber terminar su trabajo. Si tú lo haces en vez de él, se acostumbrará mal y siempre esperará alguna ayuda.

Mi mamá era tajante. Chongte, ante tal respuesta, se sorprendió y luego me pasó el hacha.

Ese día el trabajo no fue tan difícil como el día anterior. Ya tenía más técnica. En la noche ya no sufrí. Mis brazos estaban ya endurecidos.

El señor Chu terminó de rajar la leña de las dos camionadas en cuatro días. Si lo hubiera hecho yo, no habría terminado ni en todo el invierno. En la tarde barrió todas las astillas, recibió su jornal y se fue, dejando tras de sí las alabanzas de la abuela. Pero antes de irse, aconsejó a su pequeño compañero de trabajo:

– Partir leña no es un trabajo de fuerza. Los que trabajan con fuerza se lastiman. La leña, aunque esté sin vida, tiene su carácter. Hay que arrullarla. El año entrante podrás cortar mucho mejor. Hoy te vi trabajar con más destreza. Nos veremos, ¿sí? No te olvides de la familia Chu de Samchong–myon, de Suan–gun, Juangje–do. Pasaré por aquí con frecuencia.

El 30 de abril de 1975, día cuando las tropas estadounidenses terminaron su intervención en Vietnam rindiéndose ante el ejército de Vietnam del Norte después de 20 años de guerra, mirando las últimas imágenes en la televisión recordé el último consejo del señor Chu en la época de la Casona de Patios.

VII

El problema de las habitaciones resurgió en diciembre. Esta vez, la misma señora tomó el caso. Como comerciante que era, trataba el asunto sin sentimentalismo.

– La señora dice que vengan a la habitación de visita. Tiene algo que comunicarles sobre la desocupación de la casa. –La señora An andaba de habitación en habitación de la parte baja avisando la convocatoria. Serían las ocho de la noche, cuando ya todo estaba oscuro.

– ¡Dios mío! Llegó la hora. ¿A quién le tocará?

Mi mamá se puso pálida y dejó de trabajar. En la oscuridad desfilaron, primero mi mamá, luego la esposa del Veterano, la señora de Kyongui y la señora de Pyongyang.

– Si nos toca, ¿a dónde iremos? –pregunté a mi hermana, pero ella no me contestó. Sus ojos quedaron clavados en el libro abierto.

Se me fue el sueño. Después de la cena me había sentido cansado por los dos trabajos: el del periódico y el de la leña. Salir de esa casa era convertirnos en mendigos, sin una habitación donde guarecernos, descansar, dormir y comer. Los mendigos no habían nacido mendigos. Había visto a muchas familias viviendo debajo del puente o al lado del riachuelo, en un espacio protegido por tablas, cartones y latas. Sin ir muy lejos, debajo del puente del Mercado Chilsong vivían así. No mendigaban, pero la gente los trataba como mendigos. Nosotros no podíamos ir allá, y si fuéramos, ya no vendrían las clientes de mi mamá a un lugar tan sucio. Estaba muy preocupado y a cada rato abría la puerta para ver si regresaba mi mamá. Arriba, en la habitación de visita, seguía la luz. Me consolaba de rato en rato pensando que no nos tocaría la mala suerte porque nuestra habitación era la más alejada. Mi hermana, con la mirada fija en el cuaderno, bajo una luz opaca de treinta watts llevaba frecuentemente su mano a los ojos; Kilchung, después de terminar sus tareas, tenía un libro abierto sobre sus rodillas, bostezaba a cada rato. Kilsu ya estaba dormido, encogido como un langostino encima de una camita que siempre estaba tendida durante el invierno.

Habrían pasado 20 minutos, se abrió la puerta de la sala de visita y los de abajo salieron.

– ¡Qué pena, señora costurera! ¡Qué se hace! El juego de azar es así. Como cada uno coge un papel, no se puede echar la culpa a nadie. Como la señora es panderista, adoptó este método. En el pandero, cuando no me tocaba un buen número, me desilusionaba mucho; pero tenía que tragármelo todo. Me tocaba pedir un préstamo. Pero, en fin, pasado cierto tiempo todo se solucionaba. La vida de los inquilinos es igual. En el momento uno no sabe qué hacer, pero después de unos días siempre se encuentra una habitación.

La señora de Kyonggui hablaba mucho, mi mamá atravesó el patio cabizbaja. Al oír eso, sentí que todo se oscurecía. En ese instante mi hermana vertió sus lágrimas contenidas. Mi mamá habría cogido el papel de la mala suerte. La señora de Pyongyang siguió a mi mamá. Mi hermana salió para no mostrarles sus lágrimas.

– Oiga, no se preocupe tanto. Tuvo mala suerte. No hay que pensar mal de la dueña. ¿No dice que no le cobrará el alquiler de un mes y le pagará el gasto de la mudanza? Los que no tenemos casa somos desgraciados. Voy a averiguar también.

Las palabras de la señora de Pyongyang no le llegaban al oído de mi mamá, sus ojos estaban clavados en la pared. Estaba silenciosa. Mi hermana seguía llorando con gemidos, parecía un perrito enfermo.

– Imposible conseguir una habitación cerca de Changgwang-dong en pleno invierno. Tendré que pedir a mi hermana una habitación tan sólo para pasar el invierno. No creo que sea fácil. Es que ellos tienen cuatro hijos y difícil que los seis usen solamente una habitación. Claro, es imposible. No podría ver la cara de mi cuñado día y noche, no puedo ser tan descarada. Cuando comiencen las vacaciones voy a mandar a los dos escolares a Chinyong, pero... –murmuró. En ese momento recordé lo que había dicho la dueña a la señora de Kimchon.

– Mamá, parece que la señora de Kimchon también se muda. ¿No podemos vivir allí?

– ¿Qué dices?

– Es que la señora dueña le exigió que se mudara y la señora de Kimchon le prometió mudarse en 15 días.

– ¿Cuándo lo dijo?

– Hace 15 días más o menos.

Mi mamá no esperó más. Abrió la puerta y fue adonde la señora de Kimchon. Salí con la señora de Pyongyang. Mi hermana y yo caminamos de puntillas hacia la puerta interior por donde acababa de pasar mi mamá. Entramos a la cocina de la señora de Kimchon y escuchamos.

– Sí, es cierto que nos mudamos, pero mi prima ya tiene a alguien que va a ocupar la habitación.

– ¿Quién es?

– Dice que es el técnico Chong. Que como su casa está lejos llega a la tienda después de una hora en bicicleta. El trabajó en una joyería de Seúl y vino aquí escapándose de la guerra. Por eso vive en una habitación de alquiler. Su mujer ya vino a ver la habitación con su bebé.

– ¿Cuándo se muda y adónde?

– Le prometí mudarme este mes, pero el inquilino de la habitación a donde iremos todavía no sale. Ya pasó una semana. Me dicen que se van a Seúl y que sus cosas ya están empacadas. Parece que es prestamista y oriundo de allí. Está recaudando todo su capital.

– Entonces rogaré al técnico Chong que me ceda el lugar hasta que termine el invierno.

La voz de mi mamá recobró fuerza.

– Claro, así ninguno tendrá problemas. Mi prima también comprenderá.

Habló así pero su voz no estaba alegre.

Al día siguiente, antes de que saliera la dueña, mi mamá se encaminó hacia la joyería. Yo la acompañé, no porque ella no conociera la joyería, frente al Cine Songchuk, un lugar céntrico que cualquiera podía localizarla, sino porque yo era el mayor. En la joyería una chica colegial de pelo corto estaba haciendo la limpieza. Después de un rato llegó el técnico Chong en bicicleta, con su almuerzo amarrado al asiento.

– ¿Es... usted el señor Chong? Soy inquilina...de una habitación de la parte baja... de la casona de la señora dueña. –tartamudeó mi mamá. Estaba avergonzada.

– Ah, ¿sí? Creo que oí de usted. ¿En qué la puedo ayudar?

– Es que, es que, he sabido que usted se va a mudar a esa habitación de la casa de la señora dueña que da a la calle...

– Sí, ya me la prometió esa señora de Kimchon hace una semana, pero nada hasta ahora. Como es familiar de la señora dueña, no le digo nada, pero, ¿cómo puede ser tan incumplida? Cuando la vea, dígale, por favor, que cumpla.

Ni modo. El técnico estaba decidido a trasladarse.

– Es que, no sé cómo empezar..., si usted pudiera mudarse después de pasar el invierno..., por eso...

– ¿Qué cosa? ¿Con qué derecho me dice que me mude ahora o después? –alzó la voz.

– Es que, señor, no...no..., nada más, como tengo hijos y vivo de mi trabajo de costurera, si nos mudamos lejos, entonces..., ya no tendría con qué vivir, por esta razón...

Ya no pude aguantar más viendo a mi madre que estaba siendo regañada como una alumna. Ya no podía oír su voz apagada. ‘Costurera’ era una palabra que odiaba oír, y cuando la señora de Kyonggui le decía ‘costurera de gueishas’ mi cara ardía como fuego. Avergonzado salí. Por la manera de hablar del técnico Chong, el viaje de mi mamá seguramente era en vano. Metí las manos en los bolsillos y di unas vueltas esperándola. Después de la hora de ingreso a la escuela, la calle concurrida quedaba sin transeúntes. Así sería en las mañanas. Miré en la vitrina del Cine Songchuk la cartelera de una película extranjera, una de vaqueros.

Eran las escenas de matanza, los jinetes blancos disparaban contra los indios. No pude comprender porqué los mayores entraban a ver ese tipo de películas y todavía aplaudían. Cuando vivimos en Seúl, bajo la breve época del régimen, flameaba la bandera comunista en la tierra, pero el cielo era de Estados Unidos, sus aviones arrojaban bombas y balazos día y noche. Vi morir no sólo soldados norteamericanos sino también a muchos seúlitas. Muchos heridos y sus casas ardiendo. La guerra era terrible. Si en esa época de batallas contra los indios hubiera habido aviones, los yanquis los habrían matado desde el aire.

Volteé mi mirada hacia la joyería, mi mamá y el técnico Chong estaban en la calle, hablaban algo secretamente. Habrían temido que los oyera la chica. Los dos conversaban de cerca. Cuando mi mamá hablaba algo con rostro de petición, el técnico se dirigía a la joyería, entonces mi mamá lo agarraba de la mano. Aunque el técnico tenía su hogar, no me gustó presenciar esa escena.

Pasó buen tiempo, aburrido. Por fin, los dos se habrían puesto de acuerdo, el técnico le hizo ademanes de despedida y mi mamá le respondió de igual manera, un poco avergonzada y con una leve sonrisa. Al verlos así se me pasaron las dudas. Me increpé a mí mismo, ¿cómo podía imaginarme tantas cosas?

Mi mamá estaba callada, nos dirigimos a la casa. Seguía preocupada. Entonces, la cosa no iba bien. Murmuró algunas cifras.

– ¿Qué pasó? –le pregunté al cruzar la calle de la sucursal del Banco de Corea. Ya no pude aguantar más.

– Es de Seúl. Comprendo por qué la gente dice que los seúlitas son egoístas. Me pide seiscientos hwanas, y en cuatro meses son dos mil cuatrocientos. El alquiler de un mes en total equivale a dos sacos de arroz. –me habló con amargura.

– ¿Qué cosa?

– Fíjate, ese malvado de Chong, su condición es que no se mudará hasta fines de marzo, pero me pide seiscientos hwanas mensuales.

– ¿Seiscientos? ¿Tenemos que pagar al dueño y, aparte, al técnico Chong?

– Sí, pues. Pero, ¿qué se hace? Nosotros somos los necesitados. Hay que aceptar. Tú sabes que no podemos vivir fuera de este barrio –enjugándose las lágrimas con la mano siguió con voz lacrimosa. –Hijo, si estuviera

tu padre, ¿acaso sufriríamos tanto? Como una mujer costurera es el sostén de un hogar, se aprovecha de nosotros. Le pedí que me rebajara cien, pero, ¿sabes cuál fue su respuesta? Que no, que se mudaría dentro de una semana. ¿Qué hacer con un hombre como él? El sorteo también fue injusto. Llorando supliqué a la dueña que no podemos mudarnos en el invierno. Le dije que hiciera una excepción, pero nada. Se olvidó de que ella me había sugerido que comprara la leña. Y ahí está. Yo fui la que agarró el papel de la mala suerte. Hijito, sólo hay un camino: debes crecer rápido. Tienes que crecer y debes protegernos como un hombre para vengarme de esta triste vida de viuda.

Yo no sabía qué responderle, no tenía nada seguro sobre mi futuro. Aunque ya fuera mayor, ¿cómo podría prometer que ganaría en todas las competencias? Gracias a mi vida de vendedor y de distribuidor de periódicos comprendí lo difícil de la vida, cuán egoísta es la relación humana y cuán difícil es ganar en la competencia por la sobrevivencia. Demasiado temprano aprendí las duras lecciones de la vida. Para ser el sostén de mi familia debería ganar en esta lucha, como lo deseaba mi mamá. Pero era imposible sólo con honestidad y trabajo, se necesitaban conocimiento, fuerza física y esfuerzo y además, ambición, astucia y hasta mentira. Jamás podría lograr lo que ansiaba mi mamá. Desde ese día preferí la vejez. Deseaba que el tiempo volara y volverme un viejo canoso. Ese deseo llegó a ser total al tener la edad del servicio militar. A veces maldecía por haber nacido varón, hubiera preferido ser mujer. No confiaba en pasar los tres penosos años en el ejército. Cuando me llegó la orden de reclutamiento, vi lo que me esperaba después: orden de baja, conseguir trabajo, matrimonio, lucha por la vida para sobrevivir y hacer sobrevivir a mi familia, etc. Quería ser un viejo ignorado por todos. Quería esconderme de la gente. Eso se lograría siendo un viejo inútil. Teniendo un rincón donde comer y dormir, la vida de un viejo que pasara sus horas en el parque o la calle era ideal.

— Kilnam, no vayas a comentar a nadie que vamos a dar seiscientos hwanas al técnico Chong. Es que le prometí no avisar a la dueña. Guarda el secreto. Un hombre noble debe saber controlar su lengua.

Esa tarde, cuando se asomaba la noche con su negro color, volvió la dueña a casa. Antes de pasar a la parte alta, vino a nuestra habitación. Estaba con un abrigo elegante de piel. Llamó a mi mamá afuera y le dijo:

– Señora, me ha hablado el técnico Chong, estoy de acuerdo que vaya a la habitación de la calle y la familia de la señora de Kyonggui se mudará acá, porque esa habitación, como está más cerca, la necesitamos. Pero, tal como lo ha acordado, después de marzo tendrá que salir a otro lugar. Averigüe con tiempo, apúrese después del Año Nuevo Lunar.

– Gracias. Claro que sí. No se preocupe. Gracias por su comprensión. – Mi mamá agachó la cabeza.

– Fíjese, yo no sabía que el técnico Chong era tan bueno. Me dijo que se había compadecido porque usted es costurera y quiere educar a sus hijos; y que la comprendía muy bien porque él también es padre de familia. Me conmovió su actitud y le regalé un kilo de carne de res.

Apenas la oí, tuve ganas de correr a la joyería y decirle que no debía cobrarnos los seiscientos hwanas; pero no tenía esa valentía. Aunque fuera más grande me habría sido imposible, porque no tengo audacia.

Dejándonos su fragancia se dirigió a la parte alta. La señora de Pyongyang, que había escuchado todo, felicitó a mi mamá, que no le contestó nada, más bien rechinó los dientes. Estaría aguantando la ira, como yo.

Al día siguiente, antes de salir, la esposa del Veterano nos visitó. Le propuso a mi mamá que si ellos podían mudarse a la habitación de la calle y nosotros a su habitación. Dijo que quería tener su negocio de venta de camote asado en la entrada de la habitación donde la señora de Kimchon tenía actualmente su negocio.

– Es que mi esposo se queja de vender en plena calle. Además, uno de nosotros tiene que quedarse en casa por Chunjo, que siempre se queda solo todo el día.

– Comprendo, comprendo; pero no puedo. Usted sabe que las visitas que llegan hasta el patio central son las jóvenes clientes mías. La abuela siempre las ha mirado con disgusto, eso me hace sentir tan mal que hasta el asiento me parece de púas. La habitación suya está frente a la parte alta. Peor todavía. Aunque sea por unos meses no quiero ver el rostro de la vieja. Aunque me toque salir de esta casa después del invierno, me mudaré a la habitación de afuera.

Ante la negación tan tajante, la esposa del Veterano no tuvo ánimo de seguir más. Se retiró. Pero esa misma noche, al volver de su trabajo,

nos visitó y nos regaló tres manzanas un poco dañadas que no las había podido vender. Luego tocó el tema con una nueva condición:

– Conversé con mi esposo y pensamos en otra alternativa: Ocupen la habitación de la calle pero cédannos la tiendita, que les pagaremos ciento cincuenta hwanas mensualmente. Como Uds., sea lo que sea, se mudan después del invierno, ese local será sólo por cuatro meses.

Insistió tanto, que mi mamá se resignó y le dijo que consultaría a la dueña y si ella estaba conforme, aceptaría su condición.

– Aunque todo saliera como lo desean, eso de los ciento cincuenta hwanas será un asunto secreto entre nosotros, no más. Si me prometen guardar el secreto, consultaré a la dueña.

Mi mamá estaba vengándose en otra persona lo del técnico Chong. Era el mismo método.

– Claro que sí. ¿No se da cuenta de que mi esposo y yo no somos lenguaraces?

Ella se fue alegre; pero mi mamá se sonó la nariz y se golpeó el pecho lamentándose de que ella también era una inhumana y echó la culpa a la guerra.

– Eché pestes a ese malvado del técnico Chong, y ahora chantajeo igual a esa pobre familia. Esto es un alquiler y la tiendita ni siquiera es mía. Estoy loca por el dinero. ¿Desde cuándo y cómo llegué a ser tan malvada? ¡Qué vida tan miserable! ¡Qué existencia!

– Sus lamentos no tuvieron fin. ‘Vida miserable’ era la frase tan repetida por mi mamá; pero esa frase no sólo correspondía a los de abajo, sino también a los de arriba por dos sucesos.

Cuando empecé la vida de vendedor de periódicos, varias veces vi a Songchun, el hijo mayor de los dueños, andar con una mujer esbelta y bien vestida. Se les notaba la diferencia de edad: la mujer era mayor que él. Songchun no sólo andaba con ella, sino también con una jovencita. Pero parecía que le gustaba más la otra. Decían que era una viuda de unos 35 años, que los dos se habían enamorado fatalmente, que la familia de Songchun se había enterado de eso en otoño y que sus padres lo regañaban: «No debes seguir con ella, es una viuda con dos hijos. ¡Cómo te vas a casar con una vieja! Si no la dejas inmediatamente, te romperemos las piernas. ¿Oíste?». Los gritos de su padre a veces se oían

hasta en la parte baja. Decían que el esposo de la viuda había sido un teniente coronel y que había muerto un poco antes del armisticio. Cuando muchos creían que Songchun les habría hecho caso y parecía más juicioso, salió enredándose con una obrera muy joven de la fábrica de su padre.

Una tarde, la señora estaba cenando al volver del trabajo. El papá de la obrera vino a la casa, buscó a la señora y a la abuela y les alzó la voz. Estaba decidido a pelearse. El dueño, naturalmente, aún no llegaba. – Con que por tener dinero no les importa la vida de los pobres, ¿verdad? Por miedo al rumor la botaron del trabajo y para taparnos la boca nos prometieron solucionar pronto el problema. Luego, durante quince días ni una visita. ¿Saben cómo llegué a enterarme? Mi hija intentó suicidarse tomando cápsulas de somnífero. Pero al fracasar el intento me confesó todo. Con que la vida de mi hija no vale nada, ¿verdad? ¿Dónde está ese Songchun? ¿No me lo traen? Que me diga qué va a hacer con mi hija, cómo se va a responsabilizar de la vida de mi hija. Su vientre crece cada día. ¿Qué va a hacer?

El hombre, en ropa y gorro de obrero, estaba borracho e hizo escándalo por más de dos horas. Casi rompió los vidrios de la puerta de la sala. La señora llamó a la señora An y le dijo algo. Pronto llegó el policía del puesto de Chungang y se lo llevó. Si no, el hombre habría seguido haciendo más ruido y todos los de abajo no habríamos podido dormir.

– Voy a enjuiciarlo. Quiero ver a ese malvado en la cárcel –seguía gritando el hombre en manos del policía.

Decían que la habría conocido al visitar a su papá para pedirle dinero. En fin, el papá de la pobre obrera ya no apareció más por la casa. La señora de Kyonggui, a quien le gustaba enterarse de todo, andaba detrás de la abuela y la señora An, y luego aplacó nuestra curiosidad.

– Fíjense, ¡quince mil hwanas! ¡Un dineral! Pero, para los ricos eso no es nada. Basta con no ir donde las gueishas por 10 días, y ese dinero se reúne fácilmente. En estos tiempos no hay nada que no se solucione con dinero. Hasta se pueden freír los huevos de Dios.

La señora de Kyonggui era una excelente detective. También dijo que Songchun se había arrodillado ante sus padres y escrito una promesa de no andar detrás de las mujeres y dedicarse a los estudios.

En uno de esos días, una tarde de domingo, Mison estudiaba inglés y Sunjua tejía en la entradita, a donde llegaba el sol.

– Mira, hace unos días cogieron a los tres ladronzuelos que habían robado en el campamento. Eran tres y una era mujer de la edad de la mamá de Chunjo. –Mison contaba a Sunjua.

– ¡Caramba! ¡Cómo los habrán castigado!

– ¿Castigo no más? ¿Sabes qué hicieron los policías militares gringos? Los metieron a la cárcel tres días y en vez de pasarlos a la policía coreana los soltaron. Pero antes pintaron de rojo sus caras y escribieron en su ropa «God damn Korean».

– ¿Cómo? ¿Les pintaron las caras de rojo? ¡Qué malvados! Demasiado, ¿no? Esa pintura no sale ni con jabón. Hasta que desaparezca la pintura, no podrán salir. ¿Qué harán? Pobrecitos. –Sunjua les tenía compasión.

Sentí que mi rostro se endurecía de repente como si estuviera pintado. Lo toqué. Seguro que esa pintura no se despintaría en uno o dos meses, a no ser que se quitara la piel. Los tres se sobarían y sobarían para despintarse. ¡Pobrecitos!

– ¿Sabes qué hicieron con la mujer los dos policías, antes de dejarla en libertad?

– ¿No dicen que los gringos se ponen babosos ante las faldas aunque sean viejas? Ya me imagino aunque no me lo cuentes.

Mison se rió. Después cambió de tema:

– Fíjate, ese hijo mayor de los de arriba, el otro día, cuando iba a la escuela, apareció frente a la iglesia Cheil. Parecía que me estaba esperando allí. Me invitó a la pastelería.

– Y, ¿fuiste?

– Le dije que no, que llegaba tarde a la escuela si iba allí. Pero como me agarró del brazo, por vergüenza tuve que ir. ¿Sabes qué me dijo? Que iba a estudiar a Estados Unidos, y mientras preparaba su viaje que le enseñara conversación en inglés.

– Buen pretexto.

– Anteayer, otra vez me esperó frente a la iglesia y me entregó una carta.

– ¿Carta de amor?

– Sí. Dice que soy como un oasis del desierto, una rosa rosada, y que cual una pareja de pájaros crucemos el azul Océano Pacífico y estudiemos juntos en esa tierra soñada, etc. La carta era un mamarracho.

– ¿Tan bajo es su nivel? ¡Qué lenguaje! ¡Qué expresiones tan anticuadas! El ni siquiera es un estudiante de Middle School. Este loco no se corrige. Como tienes tú un cuerpo atractivo, le gustas. Cuidado. Ese tipejo es un lobo.

– Prefiero mil veces un pobre obrero. ¿Quién puede ser la nuera de esa familia de arriba? Además, ese vago siempre estaría detrás de las mujeres.

– ¿Cómo? No lo detestas totalmente, te interesa algo, ¿verdad? Dime la verdad.

– Me da asco, aunque me ofrezcan oro. No me gustan los mujeriegos.

Las dos, cada una ocupada con su quehacer pasaron más de una hora charlando. La señora de Kyonggui tenía razón, ella decía que cuando las solteras se reúnan y se ponían a conversar, pasaban la noche en blanco sin darse cuenta ni de la salida del sol.

El segundo incidente sucedió al día siguiente de la charla entre Mison y Sunjua. El esposo y la esposa se pelearon. Esa noche se oyó la voz colérica del dueño en la puerta interior.

– ¿No entras? ¿Vas a seguir allí? Siquiera te queda algo de vergüenza, por eso sigues allí.

En ese momento yo estaba leyendo cerca de la puerta una novela que me había prestado mi cliente que alquilaba libros. Abrí un poco la puerta. Sentí el viento helado en mi cara. En la oscuridad el dueño jalaba a su esposa por el cuello del abrigo de piel. La señora protestaba en voz baja. La llevó desde la puerta interior hasta su habitación de la parte alta.

Buen rato estuvieron peleándose. La voz del dueño era mucho más alta, pero la señora tampoco estaba callada.

– Uno cree que teniendo casa y dinero no hay ninguna preocupación; pero no es así. Los ricos también tienen sus problemas. Cuando ustedes se casen, no se peleen. Los esposos deben aprender a ceder y tratar de comprenderse, entonces disminuirán las peleas. Un hogar debe evitar los pleitos, la desgracia familiar empieza con el distanciamiento entre esposo y esposa. –Mi mamá nos aconsejó mientras batallaba con su máquina de coser.

¡Crash! Algo se rompió en la habitación del señor. Abrí de nuevo la puerta y miré hacia la parte alta. Seguía encendida la luz de la sala que se veía por entre las ramas peladas por el invierno. La abuela estaba yendo a la habitación de su hijo. La señora protestaba llorando. La señora de Kyonggui, en suéter, con las manos cruzadas y su mirada hacia arriba, estaba parada en la entrada de su habitación. También se habían abierto las puertas de otras habitaciones. Sus luces se reflejaban a lo largo del patio.

– ¡Qué vergüenza! Basta de llanto. ¿Has hecho algo bueno? ¿No tienes vergüenza ante tus hijos? –la abuela regañó a su nuera. Su voz ahora era de autoridad.

– ¿Que no he hecho nada bueno? En esta familia Pak, donde había poco hombre, he parido tres hijos. ¿Eso es poco? ¿Qué mal he hecho? Todo lo hice por el bien de mi hijo. No tengo de qué avergonzarme –protestó llorando.

Al día siguiente, la señora no fue a su joyería, todo el día permaneció en su habitación. La señora de Kyonggui quería saber qué había pasado, preguntó a la señora An, pero no pudo obtener ninguna información. Entonces se ofreció a acompañar a la abuela hasta el molino y cargó un saco de ají seco, pero todo fue en vano.

– La vieja no suelta nada. No cuenta. Sólo habla mal de su nuera, repite que te repite que si esto hubiera sucedido en su época, la mujer habría sido devuelta a su familia. Parece que la señora se ha portado muy mal. Quizás quebraría su pandero o ella compraría oro o plata con el dinero de alguna panderista, y no habría podido devolverlo a tiempo. ¡Quién sabe! Ahora está de moda la quiebra de los panderos.

Al cuarto día de su encierro salió la señora a su tienda. Se había maquillado bastante, pero aún así se le notaban las manchas de ojeras oscuras. Esa mañana, después de que saliera ella, la abuela, cansada de las múltiples tácticas de la señora de Kyonggui, le contó la verdad. En ese momento yo partía la leña y pude escuchar a las dos mujeres, sentadas en la sala de arriba, a donde llegaban los rayos solares.

– ¿Tú conoces...el lugar...donde se baila? Allí mi hijo la encontró bailando con otro hombre.

– Desde el 15 de agosto todos los lugares de baile se han clausurado. Eso quiere decir que todavía hay algunos. Claro, dicen que esos cabaretes secretos se abren sin dar sospechas a la policía. Entonces, señora, su hijo había sospechado y la había seguido, ¿no?

- No sé. Pero en fin, la encontró y sacó de allí.
- ¿Con quién bailaba?
- Dice que era un policía. ¡Qué pretexto! Claro, a las mujeres que ponen cuernos a sus esposos nunca les faltan los argumentos. Además, ¿sabes qué dijo? Que como el hijo mayor se porta mal, quería mandarlo a Estados Unidos, para que estudiara allá; pero que para los trámites se necesita certificado de buena conducta, por eso estaba pidiendo el favor al policía, y el tipo le había propuesto que bailara primero con él, y no había podido negarse.
- Claro, el cabaret es un lugar clandestino lleno de problemas. Después de la guerra sólo la fiebre del baile no ha disminuido. ¿Usted no supo de ese escándalo? Dicen que un galán sólo probaba a las mujeres que conocía en el cabaret, y la cantidad superaba a treinta. En su directorio había el número telefónico de muchas jóvenes universitarias de buenas familias. Fíjese, en estos días las muchachas, no sólo las gueishas, consideran la virginidad como una toalla de algún hotel. Desgraciadamente tengo una hija ya señorita y el único consejo que le doy es que no se entregue a cualquiera. Nada más. El tiempo ha cambiado tanto que las viejas como yo jamás podemos comprender todo.
- ¡Fin del mundo! Es el fin del mundo. En nuestro tiempo las mujeres decentes no salíamos a la calle, y cuando teníamos que salir nos cubríamos la cara con un velo y subíamos al palanquín. Con la llegada de las costumbres occidentales nuestra moral se ha derrumbado. En las ciudades es peor todavía. Si una no quiere ver todo esto, sólo nos quedan dos alternativas: volver al pueblo natal o morirse.
- La abuela se golpeteó la cintura con su puño, seguramente le dolía la cintura. Luego se levantó y entró a su habitación.

Por fin se mudó la señora de Kimchon y pudimos cambiar de habitación. La mudanza no era gran cosa: pasar las cosas a la habitación de la calle, y por suerte no teníamos muchas cosas. Aún así la mudanza era mudanza. Solye y Kilchung salieron temprano a la escuela. Tenía que trabajar solo porque mi mamá estaba ocupadísima en la confección de un vestido que entregaría en la tarde. Saqué todo al patio. Eran pequeñeces, pero pronto se llenó el patio. No sabía por dónde empezar y qué hacer primero.

– Mira, dile a Kilsu que juegue con Chunjo, porque seguro que te estorbará. Lleva todo a la nueva habitación, apenas termine lo ordenaré. Va a llover. Apúrate –me mandó sin apartar sus manos y ojos del vestido.

«Ella me trajo aquí para tenerme de muchacho.» murmuré y miré el cielo. Había nubarrones negros y hacía frío. Si llovía, de verdad se mojaría todo. Quizás yo no soy su hijo, por eso me trata así., pensaba. Estaba triste. En ese momento mi mamá habló de nuevo:

– Si no trabajas, tú sabes lo que te espera: no hay almuerzo.

«Bueno, como quiera. Que no me dé almuerzo. Hoy de verdad abandonaré esta casa. No iré a trabajar tampoco.» Empecé a colocar los utensilios de la cocina en una cesta.

– ¡Qué trabajo que te ha tocado! Estarás ocupadísimo llevando toda la leña hasta el patio de entrada –me dijo Sunjua. Estaba bien arreglada. Esa mañana, muy temprano, en vez de preparar el desayuno, había salido y volvió con el pelo corto, en lugar de trenzas se había hecho permanente. Vestía una blusa blanca, falda violeta, sus zapatos no eran de caucho, sino de tacones. Era extraño este cambio.

– Señora, ¿Sunjua va a algún lugar muy especial?

– Muy especial, sí, aunque no vaya a su pueblo natal. Cuando seas grande, tú también tendrás la oportunidad de reunirte con señoritas por medio de las casamenteras –me contestó su mamá, que ahora vestía un elegante vestido coreano; se había cambiado el uniforme militar de todos los días. No iba a trabajar.

– ¡Qué bien que se case su hija! Después de ella seguirá su hijo Chongte. Entonces, su nuera le lavará los uniformes y trabajará en casa –le dijo la señora de Kyonggui, de cuclillas sobre el suelo. Lavaba platos.

– Usted también, apúrese, case a su hijo. Como tiene buen trabajo, le lloverán muchas candidatas.

– No se preocupe. Ya tenemos una en mente.

La señora de Kyonggui se levantó y se secó las manos mojadas en su falda.

Seis o siete veces habría llevado las cosas al patio de entrada cuando salió la señora de Kimchon de la puerta pequeña de la habitación. Su cabeza estaba amarrada con una toalla y en su mano había un bulto.

– Kilnam, ya no queda nada en la habitación. Está limpia. Ya puedes llevar las cosas directamente a la habitación.

– Entonces, ¿se va ahora?

- Sí, me voy a Chilsong-dong.
- Y, ¿dónde está Poksul?
- Está afuera.

Salí a la calle. Las cosas estaban en una carreta y Chongte, que debería haber acompañado a su mamá y hermana, estaba sentado en la parte delantera de la carreta. A su lado, Poksul comía un pan como un hambriento.

- Kilnam, nos vamos a la nueva casa. Es más bonita -me dijo Poksul.
- Kilnam, no me despediré de nadie. Diles que les mando muchos saludos. El horno de pan lo dejo allí porque prometí darlo a la familia de Chunjo -me encargó. Como siempre, su rostro expresaba miedo y preocupación. El cielo nublado hacía buen dúo con ella.

Chongte jaló la carreta y la señora de Kimchon la empujó. Así, los tres, poco a poco desaparecieron por la larga callejuela. Parecían esposos; si la señora de Pyongyang hubiera presenciado esta escena, seguro que habría puesto el grito en el cielo. ¡Qué raro! La señora de Kimchon, si era familiar de la dueña, por lo menos debería haberse despedido de la familia de los altos. Pero no, como una deudora se fue sigilosamente. La gente de la ciudad era muy fría. En el campo también había muchos refugiados de la guerra que vivían cerca de la estación del tren. Vivían en penurias, como todos los refugiados. Pero cuando se iban a su pueblo, la despedida tenía calor humano. Los vecinos los acompañaban hasta la estación, todos les agarraban las manos y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Volví al patio central y le avisé a mi mamá que la señora de Kimchon se había marchado con su carreta. Mi mamá también se extrañó.

- ¡Qué mujer tan rara! ¿Acaso le hice la vida imposible? ¿Por qué no me habría dicho siquiera un adiós?

Pero siguió con su trabajo.

A lo mejor diría lo mismo si yo desapareciera. «¡Qué raro el chico! ¿Acaso le hice la vida imposible? ¿Por qué no me habría dicho siquiera un adiós?» Mi mamá diría eso y luego, como si nada, seguiría trabajando. Pero yo, a diferencia de la señora de Kimchon, no tenía a

dónde ir. Además, hasta ese momento nunca me había peleado con los amigos; cuando jugaba, prefería jugar a piedritas con los menores. No era un muchacho decidido. Mi mamá, seguro que me conocía de sobra. Como sabía que no tenía la valentía de protestar, me hizo trabajar de vendedor de periódicos y dispuso de mí a su gusto. Más tarde, cuando ya era mayor, pude adivinar todo eso, pero en ese momento jamás la comprendía, y naturalmente no tenía a quién confiar las cosas de mi triste vida.

Desde la tarde mi mamá empezó a ordenar las cosas y Sunjua, que había vuelto del encuentro mediante la casamentera, nos ayudó. Mi mamá le preguntó en qué trabajaba el hombre, y ella dijo que era cabo teniente. Al contestar se puso roja.

– Entonces, ¿se casarán antes del Año Nuevo Lunar?

– El también es de Pyongan-do y sólo él y su hermano vinieron al sur. Su campamento está en Pusan y su hermano tiene una tienda de productos extranjeros en el Mercado Yanqui. El nos relacionó. Ya tiene la habitación y el dinero para la boda. Quizás nos casemos en la primavera.

– Te cayó bien el hombre, ¿no?

– Es robusto como todos los soldados. Y me pareció muy firme de carácter. Como ambas familias sufren por la soledad, dijeron que lo más pronto, mejor.

– Quienquiera que se case contigo, se sacará la suerte. Seguro que tratarás bien al esposo y sabrás llevar bien la economía del hogar porque eres buena y muy hacendosa.

– Pero a mi hermano no le gusta porque es militar.

– Pero la que se casa eres tú, no él. ¿Qué tiene que ver él con tu matrimonio?

Kilchung y Solye, volviendo de la escuela, trabajaron también; pero aún así, no pudimos terminar el traslado hasta cuando llegó la luz eléctrica. Cenamos dos horas más tarde que de costumbre. Calentamos la habitación y con ese mismo fuego cocinamos. Mi mamá preparó mucha comida, agradeciéndonos por tanto trabajo. La nueva habitación era más amplia y tenía una ventana hacia la casa vecina. La dueña, que volvió muy de noche, nos visitó, y cerca de la medianoche nos visitó el Veterano. Traía su carretilla con su horno de cilindro para asar camotes. Tosió un poco frente a la tiendita, abrió la puerta y le dijo a mi mamá que al día siguiente ocuparía la tienda.

– Ahora sí, como es una habitación independiente, podremos vivir mejor. Parece una casa. ¿No habrá forma de vivir aquí hasta que podamos tener nuestra propia casa? Pero, ¿cuándo llegará ese día? Cuando Kilnam sea grande ganará mucho, mucho...Entonces podremos vivir en nuestra propia casa. ¿Cuándo será, cuándo...? –dijo mi mamá, trapeando la habitación antes de tender la cama.

A nuestra antigua habitación debería trasladarse la señora de Kyonggui porque su pieza estaba más cerca de la parte alta. Pero ella, se negó porque apestaba mucho en verano, por estar al lado del desagüe. La familia del Veterano aceptó cambiarse a nuestra antigua habitación; la de la señora de Kyonggui, a la habitación del Veterano. Songchun ocupó la de la señora de Kyonggui. Así que ahora ya eran vecinos. Apenas se abrió la puerta Songchun podía ver a Misom, lo cual no le gustó a la señora de Kyonggui. En realidad no podría decirse que Misom salía perdiendo, pero, en fin, la madre y la hija no lo querían.

– Creí que iba a venir aquí el Cabezón, porque la dueña dijo que a él le faltaba habitación; y ahora el chiste no es este. ¡Caramba! El soltero y la soltera vivirán separados tan sólo por una pared de triplay, ni podré tirarme un pedo libremente –se quejó. Pero como ella misma había insistido en ocupar la pieza del Veterano no podía volver a cambiar de habitación. Esa tarde, cuando llegó Misom de su trabajo, se enfadó con su mamá. Pero ni modo. Su mamá había metido la pata y ahora no había forma de arreglar la situación.

Desde el día siguiente, el Veterano empezó a trabajar en la tienda, cocinaba en dos hornos de lata: en uno, panecillos, y en otro, camote asado. Su esposa, volviendo de su trabajo de vendedora ambulante, preparaba la cena y luego ayudaba a su esposo hasta cerca de la medianoche. Dos días demoré llevando toda la leña al patio de entrada. Partir la leña, no podía ni imaginármelo.

Al quinto día de nuestra mudanza, cuando ya había pasado el quince de diciembre, recién pudimos hacer el quimchi de invierno. Nuestra familia fue la última. Mi mamá quería hacerlo apenas nos mudáramos, pero habían pasado cuatro días ya. Ese día hacía viento y mucho frío. Mi mamá, antes de empezar a coser un vestido, fue al mercado Yomme de madrugada y compró treinta y cinco coles y cinco manojos de nabo. Era mucho. Pero ella decía que si no preparaba otros platos era

lo necesario. Las coles eran medianas y tenían muchas hojas verdes, lo que indicaba que no eran de buena calidad. No se necesitaba partirlas en cuatro. Pero comparando con las veinte coles de otras familias era bastante. También trajo lo recogido, lo que habían botado los vendedores: hojas semisecas de col y tallos de nabo que luego los amarró con una soguilla y los colgó en la pared para que se airearan y secaran. Era la verdura para la sopa.

El problema estaba con el agua. El agua potable nos llegaba a ciertas horas del día, se congelaba a cada rato, y apenas teníamos para tomar y lavar. Por tanto, no se pudo lavar las coles con el agua del caño. La familia de la parte alta, la señora de Kyonggui y la señora de Pyongyang habían comprado agua aparte para hacer el quimchi. La esposa del Veterano trajo las coles después de lavarlas en el riachuelo Pangchon y echarles la sal. Nos tocaba comprar agua, pero mi mamá no era una mujer que gastara el dinero así no más.

— Esta casa ni siquiera tiene una fuente. ¡Qué raro! ¿No dicen que aquí habían vivido sus ilustres antepasados? ¿Por qué no se les habría ocurrido excavar una fuente? Bueno, ¿qué se hace? Oye, Kilnam, anda préstate dos baldes de agua de tu tía porque dicen que en la Escuela China hay una bomba que extrae buena agua. En cada balde llenarás sólo hasta la mitad, no más, porque no está muy cerca. Tres viajes serán suficientes para hacer el quimchi. —me mandó después del desayuno.

La Escuela China estaba a más de 300 m. El recorrido era: salir de la callejuela, ir al restaurante chino Kunbanggak, a mitad de la calle Chongno, y cruzar la calle. Tenía que hacerlo, porque si no, no me daría la comida. Ella cumplía su palabra. Si decía, «Cuando termine mi trabajo, te daré un latigazo.», sin falta cumplía. «No llores en voz alta aunque te duela, porque los vecinos no podrán dormir», era su última advertencia y luego caían los latigazos secos.

Fui adonde mi tía y luego a la escuela. Pedí el favor al guardián haciéndole venias y explicando nuestra situación. Así pude hacer el primer viaje. Para el segundo viaje, ¿qué decir? No podía explicarle ni pedirle el favor de nuevo. Como flecha se me pasó por la mente una idea. ¡Periódico! Tenía periódicos pasados. Fui con dos periódicos de dos días antes y pude hacer el segundo y el tercer viaje. Las orejas ya estaban insensibles a tanto viento helado, las espaldas se me hundían por el peso

de los dos baldes de agua, las piernas temblaban, pero todo eso era aguantable. Lo que sí no podía soportar era el frío de las manos mojadas. Primero se me hincharon y se pusieron rojos los dedos y después el color cambió a azul oscuro y parecía que los dedos se me salían. Cuando andaba con los periódicos, podía meter las manos al bolsillo, pero ahora tenía que aguantar el asa de fierro de los baldes. Si no, los baldes bailaban y se derramaba el agua. Paraba en la mitad del camino y trataba de descongelar los dedos con mi aliento, pero la hinchazón no disminuía y el dolor continuaba. Tenía miedo de que los dedos se me paralizaran. Echaba de menos los guantes, aunque fueran de algodón. Claro, lo ideal hubieran sido los guantes de cuero que usaba Vivo, el hijo menor del dueño. Jamás me he olvidado del dolor de dedos de ese día. Más tarde, cuando en el servicio militar me tocó estar de centinela en la zona desmilitarizada de la montaña Tean, me acordé de nuevo. Esa vez el frío me congeló la nariz.

Nuestro quimchi no tenía todos los condimentos, sólo mucha sal, ají y ajo. Pero el sabor del día que se hace el quimchi siempre es rico. Ese día tampoco fue excepcional. Estaba tan rico que durante unos días me alimenté casi solamente de quimchi. Agarraba una hoja larga de quimchi, hacía unos jirones y la comía con un poco de arroz. El problema era en el baño. Al defecar, el ano me ardía por el picante; algunas veces, esas tiras de col enteritas no se digerían bien y entonces el excremento no caía fácilmente al excusado. En la madrugada tenía que correr al baño antes de que lo ocuparan.

Una madrugada, sufrí tanto en el baño que juré no comer más quimchi, me dolía el estómago y luchaba por defecar cuando por segunda vez la señora de Kyonggui me exigió que saliera.

- ¿Tampoco llegó anoche? –preguntó la señora de Kyonggui a alguien.
- No. Averiguamos por todos lados y nadie sabe nada de él. Avisamos a la policía porque ahora están capturando a los que no cumplieron el servicio militar. –le contestó Sunjua muy preocupada.
- ¿Has ido al campamento de los refugiados de Yongchon? Quizás habrá ido allí a a buscar a algún conocido de su tierra.
- Hoy pensamos ir allí. Iremos en bus.

Chongte no había llegado a casa durante dos días. Nunca había dormido afuera. ¿Qué le habría pasado? Como siempre criticaba el sistema político del Sur, la policía podía haberlo capturado.

Después del desayuno, como es costumbre, fui a la tienda. No me gustaba estar sentado frente a mi mamá. El Veterano usaba un gorro, cocinaba en el horno el pan y en el cilindro asaba camotes.

– ¿Cómo va el negocio? ¿Es mejor aquí que en la calle?

– Como vendo dos cosas, más o menos nos va bien. Quisiera tener una tienda como ésta. ¿Cuándo podré estar en mi tierra? Si hay unificación, según el sistema de Corea del Norte, los lisiados del ejército sureño como yo, tampoco tendríamos una buena acogida.

– ¿A qué hora se vende más?

– No te puedo contestar exactamente. Será a partir de la tarde. Cuando regresan a la casa compran una bolsita, y también a altas horas de la noche, al sentir hambre, vienen a comprar.

Su mano derecha era metálica y como no era zurdo tenía dificultades en sus movimientos. Usaba un guante en la mano izquierda. En ese sentido ahorra los guantes usándolos uno por uno. Sus ojos muy rasgados y su mano de fierro causaban mucho temor a los niños vecinos. ¿Qué sentiría el hombre cuando los niños que venían a comprar, al ver su mano, volvían a su casa corriendo? Pobre hombre. Pero su esposa era muy inteligente. Por unos días anduvo haciendo visitas a todas las casas de la vecindad antes de salir a trabajar. Tocaba cada puerta y decía que su esposo era un oficial lisiado y que ahora empezaba su nueva vida de vendedor de pan y camote asado, que en vez de dar a los niños dulces o galletas, dañinos para la dentadura, les comprarán pan o camote. Añadía que su esposo, antes de la guerra, era maestro en su pueblo y que por la guerra había perdido un brazo, que no había podido regresar a su pueblo natal, y que lo ayudaran a empezar de nuevo la vida. Sus palabras eran convincentes. Como decía la abuela, su manera de hablar era muy lógica y nunca alzaba la voz, caía bien a la gente. Además, su cara flaca llena de pecas convencía a la gente de que todo lo que decía era cierto. Naturalmente, desde ese día mejoró el negocio del esposo.

– ¿Cuál es más popular, el pan o el yaquimo?

– El camote asado. –Luego me miró y dijo: –¿Qué dijiste? ¿Yaquimo? Habrás nacido en los últimos años de la colonia, y dices yaquimo. Ya estamos a 10 años de la Independencia y todavía quedan las palabrotas japonesas. Aunque los mayores digan yaquimo y bento (fiambrrera), ustedes que fueron educados en coreano no deben usar esas palabras. ¿Entiendes?

Agaché la cabeza, 'él tenía razón'. Un buen rato quedamos en silencio. Observé sus movimientos. De repente recordé la misteriosa ausencia de Chongte.

– Oiga, ¿sabe que Chongte no llega a casa desde hace dos días?

– No, no lo sabía. ¿Por qué? ¿Qué le pasó?

– Nadie lo sabe.

– ¿Lo cogerían? –murmuró.

– ¡Quién sabe!

– Es inteligente, pero la época no permite que los inteligentes surjan –siguió murmurando.

Pasaron cuatro días, y Chongte no volvía. Nadie sabía nada de él. La señora de Kyonggui dijo en la tienda que como Chongte y la señora de Kimchon se llevaban muy bien quizás los dos estarían conviviendo en algún lugar. Su mamá, la señora de Pyongyang, también tenía esa sospecha, pero lamentablemente nadie sabía adónde se había mudado la señora de Kimchon. Claro, a nadie le interesó saber, ni la señora de Kimchon se lo dijo a nadie; dijo sólo que se iba a Chilsong–dong. Como ese día Chongte jalaba la carreta, era muy posible que los dos estuvieran juntos. Como no los seguí, tampoco sabía nada. En Chilsong–dong, en la ribera del riachuelo que llega de Pangchon, vivían miles de familias. Había tantas casas de refugiados, imposible localizarla. Sunjua, cada vez que iba a lavar en el río Pangchon, pasaba por Chilsong–dong a propósito y andaba buscándolo. Iba al mercado del barrio y de allí hasta el Mercado Somun. «¡Separarnos recién en este lugar a donde llegamos como refugiados! ¡Qué vida tan desgraciada!» –se lamentó Sunjua. Chongmin también andaba buscándolo. Chongmin, que antes velaba en las noches preparándose para el examen de ingreso, ahora ya no. Dejó a un lado sus estudios. Decían que quería ingresar a la Facultad de Derecho de la Universidad de Seúl y que ingresaría sin problemas.

VIII

De los altoparlantes de las tiendas de electrodomésticos salían villancicos y el árbol del patio de la Iglesia Cheil estaba adornado con algodón y otras cosas de Navidad.

Tiritando de frío distribuía los periódicos. Cuando volvía a casa, en las calles cercanas al Cine Songchuk, siempre veía a la gente bien

vestida pasear bajo los potentes faroles. ¿De dónde les llegaría tanto dinero? Allí se sentía que era el fin del año y que había gente adinerada; mientras, en el periódico había sólo noticias desastrosas: 'Suicidio de una familia de cinco miembros', 'Aumento de muertos por el frío: ayer en Taegu cuatro muertos congelados', 'Capturado el padre que vendía sus hijos por el hambre', 'Fuga de huérfanos en protesta por la mala comida', etc. Esas noticias llenaban todos los días la sección social del periódico.

En esa calle siempre veía a Songchun con una chica bonita y bien vestida, bien agarrados de las manos; y a Tongji, que frecuentaba allí con sus amigos. Ellos, cuando me veían, agachaban la cabeza, entonces prefería no toparme con ellos. En verdad, yo no los buscaba ni los perseguía, a quienes ansiaba encontrarlos eran a la señora de Kimchon y a Chongte. Pero en ningún lugar los veía. Ni al hombre de la cicatriz.

El cuarto domingo todas las joyerías y relojerías descansaban. Uno de esos domingos, más tarde que otros días, la dueña salió a la calle, con un abrigo de piel y una chalina de piel de zorro. Como ese día no había periódico, leía una novela policial de Nesong Kim, 'La libreta misteriosa'. Me senté frente a la tienda, donde el sol llegaba de lleno. Cuando estaba leyendo llegó la señora con una chica de unos diez años. De pelo corto, abrigo grande a cuadros, de esos que llegaban de donación, zapatillas rotas, piernas muy delgadas, pelo blanco por las liendres, rostro pálido con manchas blancas, lo que indicaba su desnutrición. Era igual a los del orfanato; pero sus ojos brillantes y sus labios bien marcados indicaban su vivaz inteligencia.

Después de un buen rato escuché «¡Parto la leña!», era un cargador en ropa de obrero. Su voz resonó en toda la callejuela, se acercó a la tienda. Era el señor Chu. Como siempre, su cara no me era simpática.
– Buenas tardes, mi cabo teniente.

El ex oficial del ejército comunista saludó militarmente al ex oficial del ejército sureño. Luego preguntó lo de siempre:
– ¿No ha visto a alguien de Samchong–myon, de Suan–gun, Juangje–do?
– Hombre, si lo hubiera visto, te lo habría avisado ya hace tiempo. Y, ¿qué tal tu viaje por Pojang? ¿Hay algo nuevo?

– Me encontré con uno de Koksán, ese pueblo montañoso. Me emocionó el encuentro; pero de mi pueblo, a nadie.

Luego me miró y preguntó:

– Y, ¿qué tal va tu trabajo? ¿Partiste mucha leña?

– No, señor. Diariamente hago poco. Es que me cuesta mucho trabajo.

El señor Chu pasaba de vez en cuando por mi barrio y un día ofreció ayudarme, que podía terminarlo en dos horas. Que era gratis. Pero, me acordé de cuando Chongte había querido ayudarme, mi mamá lo había regañado. Entonces le agradecí y dije que no. Mi mamá podía haberle dicho: «¿No tiene nada que hacer usted? ¿Por qué quiere quitarle el trabajo a mi hijo?» Preferí no aceptar su ayuda para que mi mamá no lo regañara.

– A ver, como hoy cargué cuatro bultos necesito comer algo.

Dejó su chigue y se sentó en la puerta de la tienda. Cogió un pan caliente y se lo comió. A mí también me abrió el apetito. Al sentir mi mirada partió en dos el segundo pan. El vivía en el Centro de Refugiados que estaba frente a la estación, sin embargo, tenía la gentileza de invitarme su fiambre.

– Oye, ¿puedes llamar a la señora An?

Se rió un poco avergonzado, su nariz grande y porosa se movió al reírse.

Miré inconscientemente la puerta de nuestra habitación que estaba al lado del asador. En ella había una parte donde había vidrio. Adentro estaba oscuro y sonaba sólo la máquina de coser. Mi mamá siempre nos decía que no aceptáramos comida de la gente extraña; pero mi mano fue más rápida y recibió el pedazo de pan. Me dirigí inmediatamente adentro. Pasé nuestra cocina y en el patio de entrada me lo comí. Después entré al patio central y me dirigí a la parte alta. La puerta de la cocina estaba cerrada. ¡Qué raro! La puerta siempre estaba abierta.

– ¿Señora An? ¿Está usted en la cocina?

– Estoy bañándome. Un hombre no debe abrir la puerta cuando una mujer se baña.

Desde el interior de la cocina me respondió la señora An. Pronto escuché el ruido del agua y me imaginé que el agua caía por su cuerpo.

Habría calentado agua y la estaría echando a su cuerpo desnudo. Después se rió. Era una mujer alegre, y juguetona hasta en el momento de bañarse. Me acordé de su axila blanca, que por casualidad había visto una noche de verano que se bañaba en la cocina.

– Señora, es que alguien la busca. –le dije. Mi cara se puso roja.

– ¿Quién es?

No le contesté y salí. Después de un rato apareció en la tienda la señora An, sacudiendo el agua de sus manos. Pero su cara no era de una persona recién bañada. Me había engañado. De nuevo me puse rojo.

– Señor Chu, es usted, ¿hay algo bueno? Está sonriente.

– ¡Qué va! ¿Qué cosa buena puede suceder a un errante que vive como una hojarasca? Es que al comer pan, me acordé de usted. Esos cuatro días que trabajé aquí usted me sirvió muy buena comida. Primera vez que comí bien desde que llegué al Sur. Algunas veces la he visto en mi sueño. Se debe expresar gratitud a los que nos ayudan en los momentos más difíciles, los ingratos son peores que los perros. Esta vez, señora, déjeme invitarle pan o camote. A ver, coma no más. No se preocupe del dinero. Coma lo que guste.

Con la mano se limpió las migajas de sus patillas. Tenía la mano dura.

– Ya que me invita, comeré. Gracias. No me preocuparé por el dinero que va a gastar. No me importa que sea de su ahorro o dinero caído de algún lugar.

La señora An agarró un camote del tamaño de un puño que estaba encima del cilindro, lo peló, partió por mitad y me ofreció una parte. La acepté rápido, miré la puerta de nuevo y me la llevé a la boca. Era dulce. Tenía suerte esa tarde, dos veces seguidas pude comer gratis. El señor Chu alzó el tacho y tomó agua.

– Oiga, yo también cuando voy a los mercados, siempre pregunto por la gente de Samchong–myon, de Suan–gun, Juangje–do. Pero nada. Tan difícil localizar a la gente. Fíjese, si es difícil en una tierra tan pequeña como ésta, ¿cómo será cuando suceda eso en un país como los Estados Unidos? –dijo la señora An dirigiéndose al señor Chu.

– Es que cuando camino por la calle me parece que me voy a encontrar con mi mamá que me va a decir: «Oye, Sapito, habías estado aquí. Creí que te habías muerto en el ejército». Pero, no. Difícil, sí, señora, es muy difícil.

Se levantó y se sacudió las manos.

– Ahora también tenemos una huérfana en la casa. Esta mañana la señora trajo una huérfana del orfanato. ¡Qué mugrosa estaba! Calenté el agua y la bañé. ¡Cuánta mugre! Por kilos. Después del baño la chica quedó más flaca todavía, hueso y nada más. A esa niña Ogui, le dije que se olvidara de sus padres, que yo podría cuidarla como su hermana y que la engordaría en un año.

– Muy bien hecho, señora, por tratarla así. ¿No dicen que si uno cuida a los pobres, viejos y niños, Dios lo premia?

Pagó y puso en su espalda su chigüe. En todo ese lapso el Veterano trabajaba sin intervenir, metía camotes al cilindro, examinaba el fuego, volteaba los panes. Su rostro sonriente expresaba algo de vergüenza y algo de agradecimiento. El señor Chu miró el cielo claro de invierno y dijo suspirando:

– Esta vez, ¿a dónde?

– Señora, la abuela la busca –era Ogui, la huérfana. Estaba tan diferente de la mañana que casi no la reconocí. En la mañana era una flacucha y ahora, gracias a la mano de la señora An estaba diferente. Vestía una nueva ropa y su rostro estaba blanco y claro que casi se le notaban las venas de la frente.

– Verdad, es hora de ir al mercado. Hoy tengo que comprar muchas cosas –murmuró. Luego se dirigió al señor Chu que ya estaba por marcharse.

– Señor Chu, venga pasado mañana en la mañana. Le serviré buena comida. Después de ese desayuno succulento podrá ayunar varios días –le dijo sonriendo.

– ¿Hay fiesta? O ¿hay rito?

– Pasado mañana es Navidad y mañana es Buena Noche o Noche Buena; en fin, mañana en la noche va a haber fiesta en la casa. Vendrán más de 10 invitados y la sala se llenará. Vendrán dos cocineros del restaurante chino Kunbanggak para preparar la comida de la fiesta.

Se me agrandaron los ojos. ¿Qué sería una fiesta? ¿Qué fiesta sería? Debajo de luces brillantes habría cantidad de platos con comidas especiales, música suave, risas de gente bien vestida... Me emocioné imaginando ese escenario fantástico de los ricos. Este año, sí, mi Noche Buena sería muy impresionante observando la fiesta de la parte alta, aunque fuera por unas horitas.

Después de la cena otra vez me senté en la tiendita aprovechando el calor del cilindro y el horno. Se encendieron las luces, y cuando cayó ya la noche llegaron Sunjua y Chongmin. Estaban cansadísimos. Todo el día domingo habían caminado buscando a Chongte. Pero volvían tristes.

– ¿Nada? –les preguntó el Veterano.

– En el Mercado Somun me encontré con su amigo, un compañero de la Escuela Pedagógica de Pyongyang. No lo había visto en estos días; pero dijo que en Seúl, un tal Kibok, amigo íntimo de mi hermano, trabaja de maestro y quizás habría ido a verlo. Es que mi hermano deseaba verlo mucho –dijo Chongmin.

– ¿Y la señora de Kimchon?

– Nada. Hoy tampoco, nada. Oiga, señor, ¿qué debemos hacer? –le habló Sunjua casi llorando. En su cabeza flameaba un pañuelo que la protegía del frío.

– Mira, él no es un bebé. ¿Para qué andas buscándolo? Volverá algún día con sus propios pies –le contestó volteando los panes. No daba importancia a la desaparición de Chongte.

– Es un enfermo. Y hace frío... –tembló la voz de Sunjua.

– Verdad, hoy vino otra vez el detective Kang. Me preguntó por la señora de Kimchon.

El Veterano recién se acordó de la visita del detective. Ese detective de cara huesuda y larga que una vez me interrogó. Lo mismo que la familia de la señora de Pyongyang, él también andaba buscando a la señora de Kimchon. Pero no la buscaba a ella, sino al hombre de cicatriz en la cara.

En la tarde del día siguiente fui al Diario Taegu. Hacía frío. Metí mis manos en los bolsillos y caminé encogido. En todas las calles se oían villancicos y muchos colegiales volvían a sus casas. Cuando me encontraba con los colegiales en uniforme, como si yo fuera un pecador, me hacía a un lado, pegándome a los establecimientos, para dejarles espacio. Comentaban que al día siguiente entraban de vacaciones. El 24 de diciembre empezaban las vacaciones de invierno. Los lugares donde vendían los almanaques nuevos y bonitas tarjetas navideñas se llenaban de colegialas. Las observé buen rato. Yo no tenía a quien mandar tarjetas ni de dónde recibirlas. Me sentí desdichado, bajé mi mirada y caminé. Las zapatillas, el primer regalo de mi madre, a pesar de que me las había remendado dos veces, estaban rotas otra vez.

En el patio del Diario los muchachos distribuidores jugaban fútbol con una pelota desinflada mientras esperaban los periódicos. No estaba Janchu entre ellos. El frío de invierno había agravado la enfermedad de su mamá y ella ya no trabajaba. Janchu tenía que trabajar más que antes. Tenía trece años, pero ya era el jefe de la familia. Vendía no sólo chicle, sino también dulces gringos, chocolate, lápices, cortaúñas, limpiaorejas, etc.

Cuando el señor Sohn ya nos repartía los periódicos llegó corriendo Janchu. Estaba colorado por la carrera. Andaba con un pequeño maletín, igual al del Veterano cuando hacía de vendedor ambulante.

– Oye, tú siempre llegas tarde. Y ningún nuevo cliente. –lo regañó el señor Sohn.

– Oiga, pero, ¿no se da cuenta de que soy el único que mantiene a todos los clientes? ¿Nuevos clientes? ¿Cree usted que es fácil conseguirlos? La gente sufre más por el hambre en el invierno. Eso no es tan sencillo.

Las respuestas de Janchu siempre eran claras y sin rodeos.

– ¿Cómo sigue tu mamá? –le pregunté.

– Ayer, por primera vez la llevé al hospital. Me dicen que su corazón está mal. Ahora me acuerdo de que antes de la guerra, cuando íbamos a las tumbas de los antepasados, sufría al subir la cuesta. Eso tenía que ver con su corazón. Además, me dijeron que no se había alimentado bien, frecuentes sustos y trabajo excesivo. Ahora me toca trabajar de vida o muerte.

Su cara, a pesar del helado viento de invierno, estaba con sudor y al hablar salía aliento caliente de su boca.

– ¿Las medicinas?

– Bueno, nos dieron para unos días. Pero...es que la mejor medicina es descansar y comer bien. Cuando no respira bien y sufre, da pena verla.

– ¿No hay nada en que ayudarte?

– ¿Ayudarme? ¡Hombre, olvídete! Tú también sufres ganándote la vida –se rió enseñando sus dientes salidos.

– Estos días estoy ocupado. Es que es Navidad y fin de año. Hay buena venta. Debo aprovechar. Bueno, Kilnam, hasta mañana y buena suerte.

Me palmoteó los hombros y corrió a la calle. Seguramente trabajaría hasta la medianoche andando por el centro, de calle en calle.

Al volver a casa después del trabajo preferí caminar por las calles de la zona residencial. En el momento de distribuir como andaba corriendo no sentía frío, pero al regresar siempre se me congelaban los huesos. Era cruel el viento helado de la tarde. El frío y el hambre me llenaban de tristeza: no quería vivir. Igual que mi mamá, me lamentaba de la vida llena de soledad y tristeza. Quería desaparecer en la oscuridad. Quería convertirme en un átomo de aire, más pequeño que el polvo.

Entré a la calle de Hierbas Medicinales, las tiendas y las clínicas de medicina oriental encendieron las luces. La calle estaba transitada. En la entrada de la callejuela de mi barrio vi a Songchun y Mison. Mison estaba en uniforme y tenía el maletín de libros. Estaría camino a la escuela. Songchun estaba con abrigo y en chancletas. Habría salido de la casa. Los dos conversaban seriamente frente a frente.

– No le estoy pidiendo que sea mi pareja, sino que sea intérprete del capitán. Estoy estudiando la Conversación Inglesa, pero todavía no puedo interpretar. Hágame el favor.

– No, yo no voy a su fiesta. Mañana en mi iglesia tenemos la actividad de Noche Buena.

– Oiga, señorita Mison, dentro de un mes voy a EE.UU. para estudiar. Usted sabe que ya solicité la visa. Es mi última petición. Por favor, ayúdeme.

Encogió sus hombros como un gringo, Mison miró su reloj de pulsera.

– Bueno, cuento con usted. No voy a buscar a otra persona para la interpretación. Gracias.

No esperó su respuesta y se dirigió a casa.

La fiesta de la parte alta era un verdadero espectáculo. Empezó en la sala, al oscurecer. Lo que más me sorprendió fue la presencia de Mison en esa fiesta, porque pensaba que no iría. No, mentira, lo que me sorprendió fue su figura totalmente cambiada: párpados pintados como las gueishas que venían a mi casa, los pómulos rojizos, los labios rojos. Se veía unos dos años mayor, muy sensual, como las actrices de Estados Unidos que salían en los carteles de propaganda. Estaba muy bien arreglada. Otros días, andaba con un leve maquillaje al ir a trabajar; pero para ir a la escuela se amarraba el pelo y limpiaba su maquillaje. Enton-

ces era una colegiala común y corriente. Pero esa noche era diferente. Además, su vestido negro de seda era muy llamativo. Según su madre, se había prestado de la tienda de vestidos del campamento militar yanqui. El vestido, en la parte delantera, formaba la letra Y y hasta la cintura brillaban docenas de bolitas transparentes. Desde arriba hasta la cintura el vestido era muy apretado y se le veía una parte del pecho, pero desde la cintura hacia abajo la falda era tan grande que dos niños del tamaño de Kilsu podían jugar a las escondidas. Mison, aunque se le veía una parte del pecho, andaba con mucha naturalidad. Sus senos eran grandes y cuando estaba en uniforme se notaban también. Y cuando caminaba bailaban las dos lomas; y con este vestido, resaltaban más por su tamaño y su color blanco. Su aspecto me dejó estupefacto.

Los invitados eran: el primo, que era presidente de una distribuidora de muebles, relacionada con la Oficina de la Segunda División Militar y su esposa; un pariente, presidente de la Compañía de Fertilizantes Yongnam y su esposa; otro pariente en uniforme, coronel del ejército de tierra, el Superintendente de la Policía, que era encargado de la Sección de Seguridad de Taegu y su esposa; el Director de una oficina de la Provincia de Taegu y su esposa; y un joven capitán norteamericano de pelo castaño. Naturalmente el matrimonio de la parte alta y Songchun eran los anfitriones de la fiesta. «Es la fiesta para facilitar el viaje de Songchun a Estados Unidos. Invitan al gringo porque le ayudó a conseguir la carta de aceptación de una universidad gringa, y a ese Superintendente porque le extendió el certificado de buena conducta.» La señora An se lo había soplado a la señora de Kyonggui.

Los espectadores, de los bajos de la fiesta, éramos la señora de Kyonggui y yo. La familia del Veterano estaba en la tienda. Estaban todos juntos, hasta Chunjo y la bebé. La señora de Pyongyang había ido a una reunión de fin de año con la gente de su pueblo. Iría a saber algo de su hijo. Sunjua y Chongmin estaban en la habitación, no les interesaba la fiesta. El hijo de la señora de Kyonggui no llegaba a casa todavía. Seguramente estaría con la hija única de un comerciante de pescado seco del Mercado Somun, aprovechando la única noche del cese del toque de queda. La había conocido por tratar el diente cariado de la chica. «Es de una familia muy rica, desde sus abuelos es oriunda de Taegu. Tienen tres tiendas en ese mercado de Somun. Saben que el terreno de ese mercado vale mucho, ¿verdad? Y la casa de Kongpyong-dong tiene sete-

cientos cincuenta metros cuadrados. Han dicho que el yerno no necesita preocuparse del dinero. ¡Fíjense, qué suerte! No nos preocupamos ni por el gasto de la boda.» Se jactaba la señora de Kyonggui. Según su propaganda, Junggyu andaba con la hija única de una familia rica. En el fondo, yo esperaba que Junggyu se casara con Sunjua porque ambas familias eran refugiadas, pero como se conocían demasiado, no querían. Yo estaba sentado en la entrada de su habitación al lado de ella, tiritaba de frío y miraba la exótica fiesta en la sala protegida por la puerta de vidrio e iluminada como por el sol por las luces colgadas de la bóveda. La señora de Kyonggui, cubierta con una frazada, fumaba con impaciencia y vigilaba a su hija entre tanta gente de otra categoría: su hija era una ovejita entre tantos lobos. La enorme estufa de aserrín estaba roja y abrigaba la sala, del tocadiscos salía música popular estadounidense. En una esquina había una mesa cubierta de un mantel blanco, y encima de ella, platos y botellas de licor. Los invitados se servían cualquier cantidad de comida en el plato, seleccionando los potajes. ¡Podían comer hartos, lo que querían! La boca se me llenaba de saliva. Los atendía un mozo del restaurante Kunbanggak, vestido de frac y corbatita de mariposa.

– ¡Qué manera de comer! Parecen locos. Comen parados, riéndose y conversando. No me gusta ese estilo occidental. Así ni podrán saborear bien la comida –se burló la señora de Kyonggui.

Sólo después de veinte años supe que era el estilo del ‘buffet’. Aunque la señora de Kyonggui se jactaba de sus conocimientos, para ella también había sido algo novedoso. Naturalmente, en ese momento pensaba igual que ella: para comer deberían sentarse en el piso, alrededor de una mesa grande y baja. Pero no, andaban comiendo con el plato en la mano o comían sentados en las sillas, cruzando las piernas. Me pareció muy incómodo. Pero ellos, como si nada, se refán y conversaban acompañados por una música suave y deliciosa comida. Detrás de la puerta de vidrio, vista desde los bajos, era un mundo extraño que salía de los cuentos infantiles.

– Cuando la vi en ese vestido, me pareció horrible pero, ahora, allí, bajo la iluminación y entre la gente distinguida, me parece más bien muy hermosa. Mi hija sí sabe qué es qué.

Tenía razón. Mison, la única soltera, sobresalía por su belleza entre las otras mujeres en vestidos coreanos. Además, guiaba al capitán gringo presentándolo a todos e interpretando. Songchun la seguía como

un perrito; pero era un lobo, a cada rato clavaba su mirada en el pecho de Mison. La señora de Kyonggui, aunque de lejos, la cuidaba de ese lobo. En ese sentido yo era un simple espectador. Pronto me di cuenta de que en la parte alta también había espectadores. Eran Cabezón y Vivo que habían abierto un poco la puerta de la habitación de sus padres y desde allí observaban la sala. Su ubicación era ideal, podían ver de frente toda la escena. Esa noche no tenían clase particular con Chongmin. Tongji no estaba en ningún lado. Como la cocina también estaba alumbrada, se veía cocinando al cocinero del restaurante chino. La señora An llevaba la comida en platos grandes a la sala. Se veía el vapor de la comida caliente. Ogui llevaba los platos vacíos de la sala a la cocina y al llegar a cierta oscuridad lamía la comida que sobraba en los platos. Yo también ansiaba esa oportunidad de lamer o comer alguna migaja de esos platos, como Ogui, pero no había forma de hacerlo. Mi estómago vacío me hizo sentir más frío. '¿Si fuera a la cocina? Nadie sabe que estoy aquí de espectador; por tanto, nadie me echará de menos.' Si pudiera acercarme a la cocina y buscara algún motivo para que me pasaran algo, ... Miraba de reojo a la cocina, cuando la señora de Kyonggui gritó: – ¿Cómo, cómo? Esa, ¿cuándo habrá aprendido esos bailes? Ya me lo imaginaba. ¡Caramba!

En la sala, los invitados empezaron a bailar. Un hombre y una mujer, abrazados, daban pasos lentos por la sala según la música suave. Parecían las olas del mar. El dueño y la señora eran una pareja y Mison bailaba con el capitán gringo. El coronel y Songchun, como no tenían parejas, sentados, los miraban. Cuando terminó la primera pieza todos aplaudieron y se rieron. Songchun cambió el disco. Esta vez fue más movida y rápida. Songchun jaló la mano de Mison y bailó. Otros también cambiaron de parejas y bailaron.

– ¡Locos, locos! ¡Qué locura! Eso no más faltaba. Yo no entendía por qué ese mujeriego estaba sentado, creí que estaba juicioso. Pero no. Esa Mison también, ¿por qué baila con ese tipejo? Si no quiere, debe decirle que no. Esta seguramente se dejará seducir. Ay, no, ¿qué hacer? –murmuró impacientemente. Estaba por ir a la parte alta, pero prefirió fumar otro cigarro.

Estaba absorto con la escena del baile cuando Kilchung llegó de puntillas. Me dijo que me llamaba mi mamá. En ese momento comprendí que no debía haber estado allí. Seguramente mi mamá me pegaría con

látigo. Desde anoche no había podido dormir ni un minuto haciendo los vestidos que usarían las gueishas en la fiesta de esta noche.

– ¿Está enojada?

– ¡Sí! –me habló en voz baja.

Cuando entré, mi mamá, que trabajaba con la máquina, me gritó. Desde que nos mudamos, como ya no había vecinos contiguos, su voz era alta y fuerte. Ahora el cuerpo y la voz se combinaban: el cuerpo grande y la voz grande.

– ¡Loco! ¡Animal! ¡Eres una mierda! ¿Acaso en el examen de ingreso a Middle School salen preguntas sobre las fiestas de los ricos? ¿Necesitas estudiar esa escena? ¿Qué ganas mirando la fiesta de los adinerados que no sufren por nada?

Me lanzó una terrible mirada, y siguió trabajando con la máquina de coser.

– Miras boquiabierto la fiesta de esos ricos que, por tanta comida grasosa, sus estómagos reventarán y se morirán. Y tú, vas a ser un sirviente para limpiar sus culos. ¡Qué suerte tan buena! ¡Afuera! ¡Sal de la casa! ¡No vayas a pensar en volver! ¡No me importa que te mueras de hambre o de frío! ¡Sal! Si no, trae un látigo. ¡Rápido!

Estaba por traerlo cuando escuché su alarido:

– ¡Ay! ¡Carajo!

La aguja de la máquina había penetrado la uña de su índice izquierdo. Mi mamá no sabía qué hacer, la sangre manchaba la blusa azul de seda que estaba cosiendo.

– Mamá, da vuelta al revés. –Solye y Kilchung, que estudiaban, le gritaron casi al mismo tiempo.

Retrocedió la máquina, subió la aguja y sacó el dedo. Goteó más sangre en la tela.

– ¡Dios mío! Y, ¿ahora?, ¿qué hacer con la blusa de seda? Si me pide una nueva, ¿qué haré? –lloriqueó al ver la blusa manchada. Se agarró el dedo, pero no sentía el dolor por la preocupación de la tela. –Solye, anda a la cocina y tráeme agua y jabón. ¡Rápido!

Solye trajo el jabón y el agua en un recipiente grande, mientras tanto mi mamá amarró el dedo con un pañuelo guardado en la cajita de

la máquina. Metió la seda manchada al agua, enjabonó y lavó con mucho cuidado, y yo seguía de pie al lado de la puerta. Estaba fuera de mí, me temblaban las piernas.

– Señora, ¿hay algún problema?

Se nos acercó la esposa del Veterano, que ayudaba a su esposo en la tienda, pero mi mamá ni le contestó. Solamente repetía:

– ¿Qué hago si se nota la mancha? Si me pide que le consiga la misma tela, ¿a dónde tendría que ir?

Su voz estaba mezclada con llanto.

En este momento decidí salir de la casa. Ella ya me había ordenado salir de la casa o traerle el látigo. Si me quedaba me esperaban los latigazos crueles. «Muérete, un tipo como tú sólo sabe comer. No debes vivir más. Consideraré que perdí un hijo en la guerra. Eso es todo. A mí no me va ni me viene.» Con esas palabras me pegaría hasta que me desmayara por los latigazos. Además, esta vez la cosa no terminaría así: todos los días me echaría la culpa por la mancha de la blusa ajena, y eso duraría hasta que las manchas de los latigazos en mi cuerpo desaparecieran.

Silenciosamente salí de la habitación, me puse las zapatillas, pasé por la puerta del lado de la tienda y entré a la callejuela. El viento era helado.

– Kilnam, ¿a dónde vas? –me preguntó la esposa del Veterano, que cocinaba los panecillos con su hija en la espalda.

No le contesté, miré la tienda, quizás podía ser la última vez verlos así. El Veterano le pasaba el paquete de camote asado a la hija de la jefa del barrio y alguien estaba esperando su turno. Era la Noche Buena. Andaba bien su negocio esta noche.

Mi bolsillo estaba vacío, no tenía ni un centavo. Metí las manos allí y me dirigí hacia la calle Chongno. Ya no tenía padres, ni hermanos, yo era un huérfano. Ya no buscaría a mi madre, a mi hermana ni a mis hermanos. Qué importaba morirme en la calle de frío o de hambre, jamás volvería a casa por mi propia voluntad. Cerré fuerte la boca y me decidí. Era definitivo. Se me caían las lágrimas, las enjuagué con mis puños.

En la calle Chongno había luces y mucha gente. En la calle sonaban villancicos. La gente andaba alegre y no tenía frío. El único solitario era yo. Ahora, ¿a dónde ir? Recordé a Janchu. Seguramente estaría en la calle vendiendo sus cosas ya que no había toque de queda. Corrí hacia el centro, hacia el Cine Songchuk. El viento me hería el rostro como cuchillo filudo.

Hasta la medianoche anduve buscándolo por el Cine Songchuk, la Calle Central, los barrios de Tongsong y Jyangchon-dong. Entré a los restaurantes y cafés, inclusive iba a entrar a una cervecería, pero el mozo me botó. Cuando veía a los muchachos del tamaño de Janchu, llamaba en voz alta «¡Janchu!»; pero no lo encontré. Si lo veía, le contaría mi situación, entonces él me ayudaría. Cuando uno busca urgentemente a alguien no lo encuentra rápido. Me cansé. Habría andado tres o cuatro horas así.

Pasada la medianoche había poca gente en el centro. Las tiendas estaban oscuras y cerradas, sólo los borrachos caminaban balbuceando de un lado a otro. Me dirigí a la Sala de Espera de la Estación Taegu. Estaba desilusionado, necesitaba algún lugarcito para defenderme del viento helado. Era la segunda vez que me dirigía allí esa misma noche.

En la sala no hacía tanto frío como afuera, había gente tendida y encogida en la larga banca. Estaban dormidos, algunos esperaban el tren de la madrugada. Unos niños mendigaban con unos tarritos en sus manos. Janchu, a esa hora, no debía estar allí. Me senté entre la gente para calentarme. Ya no me salían lágrimas, pero estaba triste, sin consolación. Tenía que vivir solo, defenderme solo. Pero, ¿cómo? Por lo menos necesitaba un rinconcito para defenderme de otros. En ese momento no lo sentía tanto, pero la experiencia de esa noche me sirvió para toda la vida. Debía haberme quedado en casa, bastaban los latigazos; pero mi arrepentimiento llegó muy tarde. Ya no había forma de arreglar el problema. A cada rato miraba la puerta de la sala con la esperanza de ver a Janchu. Pero, nada. Cansado, subí mis piernas a la banca y metí mi cabeza entre las rodillas. Me dormí.

Fue terrible y doloroso mi sueño. Mi mamá me exigía colocar mis dos manos juntas encima de la máquina. Luego introdujo mis dedos debajo de la aguja, hizo funcionar la máquina y la aguja penetró por enci-

ma de las uñas. Diez agujeros en mis diez dedos. De los agujeros salía sangre como de una fuente. «Ahora sí sabrás qué es el dolor. Tal como me traspasé la uña por el cansancio de la traspasada y sufrí por el dolor, tendrás que comprender cuán difícil es vivir esta vida tan dura.» Gritaba de dolor, pero mi mamá me echaba un sermón; no tenía compasión, sus ojos eran de diablo y la parte blanca ahora era roja.

Me desperté por el dolor. Ya era madrugada. La plaza de la estación estaba con algo de claridad. El basurero barría la sala. Salí. Tenía miedo de ver a mi mamá con el látigo o ser cogido por los muchachos vagos. Caminé por la Calle Central. El día clareaba más. Un vendedor de queso de soya pasaba haciendo sonar su campanita. Había muchachos distribuidores del diario matutino. Sentí hambre. No tenía fuerza para caminar. Aunque la noche anterior había cenado y todavía no llegaba la hora del desayuno, me pareció que había ayunado todo el día anterior. Por el hambre la cintura me dolía. Quizás anoche gastaría toda la energía buscando a Janchu, o quizás el estómago estaba protestando de antemano, adivinando que no había nada con qué llenarlo. Fui a la calle trasera de Jyangchon-dong, en la puerta falsa de los restaurantes olí cada basurero. Un mendigo no era diferente, yo era un mendigo buscando comida desechada. Encontré unos fideos fríos. Los alcé con los dedos. Aunque nadie me veía, me avergoncé y se me salieron las lágrimas.

Después de mediodía, cerca de la Comisaría de Taegu y el Cine Mankyongkwan, me encontré con Janchu. Yo estaba sentado en un rincón, agarrando mis rodillas para defenderme del frío y asolearme algo. Ya no quería caminar. Por una esquina apareció Janchu y venía hacia mí. Era el día de Navidad y para mí Janchu era Jesús.

— ¡Janchu!

— Kilnam, ¿qué pasa? ¿Por qué estás aquí? Hombre, lloraste, tienes manchas en tus mejillas.

— No, nada.

Le conté que lo había buscado desde anoche y le expliqué el porqué—

— Tonto, ¿por esa pequeñez saliste de casa? Oye, si otros también actuaran como tú, la calle se llenaría de muchachos. Vuelve a tu casa. Tu mamá estará preocupada y te estará esperando.

Me enfadé porque Janchu no estaba a mi favor y tomaba el problema como una pequeñez. Me desilusioné. Lo había buscado creyendo que me comprendería y ayudaría.

– No, no vuelvo a casa. Mi mamá no me espera. No te lo he contado hasta ahora. Es que yo no soy su verdadero hijo. Mi papá conoció a otra mujer y yo soy el fruto. Me llevó a casa. Yo no conozco a mi verdadera madre.

– ¿Sí? –se agrandaron sus ojos. –Tendrás hambre si no has estado en casa. Vamos. Anoche, cuando me andabas buscando, yo sí gané mucho. Te invito unos panes.

Me jaló y me llevó a la esquina de Jyangchon–dong. Era un puesto ambulante que vendía panes. Comí dos y él uno. Eran dulces. Janchu, otra vez, me empezó a persuadir.

– Bueno, digamos que tu mamá no es ella. Pero tus hermanos sí tienen que ver con tu sangre. ¿Cómo puedes vivir solo fuera de la casa? Debes vivir con más valentía y firmeza. ¿No dicen que los que soportan son bienaventurados?

No le contesté nada, pero no quería volver a casa. Janchu pagó por el pan. Cuando salimos a la calle me agarró de la mano e insistió en que debía volver a casa. No le dije nada.

– Oye, tengo que ir a trabajar. Debo vender más. Tú también, gana más para tu colegiatura de Middle School para lo cual debes volver a casa. Nos vemos en el Diario. Sea lo que sea, el trabajo de distribuidor nos garantiza un ingreso fijo, ¿no? –se rió y corrió hacia el Cine Militar.

Trabajé de distribuidor de periódicos hasta el segundo año de Middle School, pero Janchu, al segundo año en el Diario Taegu, dejó de trabajar. Como su mamá seguía en cama, no pudo ingresar a Middle School y empezó a trabajar de ayudante en una imprenta. Trabajamos juntos dos años enteros en la Oficina Distribuidora del Diario Taegu. «Tú sí estudias en Middle School, pero yo no. Si no trabajo, los tres nos morimos de hambre y, además, ¿quién le compra las medicinas a mi mamá? El trabajo de distribuidor sólo requiere fuerza en los pies y no te enseña ninguna técnica. Más tarde, si no puedo seguir, ¿en qué podría trabajar? Desde muchacho tengo que asegurar el futuro con alguna técnica que me pueda servir para toda la vida. Ya que hay un trabajo en la imprenta, aprenderé esa técnica. Así, nos despedimos, pero cuando ter-

minaba mi trabajo iba a verlo a la imprenta de la callejuela trasera de Puksongno. Era una imprenta pequeña, especializada en tarjetas y pequeñas. Su cara y su ropa estaban manchadas con aceite. Era el menor de todos y trabajaba sin descanso. Su mamá falleció en el verano de ese año, cuando él había empezado a trabajar allí. «Tú no te puedes imaginar cuán fuerte agarró mi mano mi mamá, decía que no debía morirse dejándonos huérfanos en tierra ajena del Sur. Yo no sabía cuánta fuerza tenía en la mano.» Janchu, que siempre era risueño, lloró al hablar. Se murió al cuarto año después del armisticio. Era una víctima de la guerra. No se sabe cuánto daño y cuántos muertos causó esa guerra. Mi hermanito Kilsu también fue su víctima. Cuando me dieron unos días de vacaciones faltándome poco tiempo para mi baja del ejército, fui a verlo. Janchu era ya el jefe máximo de la imprenta, que era cuatro o cinco veces más grande. Su cara y su ropa de trabajo tenían manchas negras de aceite. Después de su sonrisa de siempre me dijo «Eres un soldado raso, como yo soy el que gana dinero, te invito a tomar licor.» Estaba feliz de verme. El ya se había casado y tenía un hijo. Según él, no había podido aguantar la soledad, por eso se había casado joven. En la taberna, después de conversar buen rato, le pregunté por su hermana Myongji. Cuando estaba en Middle School iba a su casa de Sankyok-dong, la conocía muy bien. Al terminar la Primaria, ella empezó a trabajar de mensajera de un restaurante. Después trabajó en una fábrica de calcetines. No era bonita, pero era simpática y hacendosa. Antes de entrar al ejército sabía que estudiaba en la escuela nocturna y trabajaba. «Ahora trabaja en la textilera de Chimsan-dong. Oye, hablando de ella, cuando trabajábamos en el Diario, un día pensé que tú y Myongji podían casarse. Era un muchachito, pero, fíjate lo que pensaba. Ahora ya es imposible porque hay una diferencia tremenda entre tú y ella. Tú, al salir del ejército, seguirás estudiando en tu universidad; mientras mi hermana, es una simple obrera. Cada uno tiene su propio camino y las relaciones humanas no siempre concuerdan con los deseos.» Se rió. Pero esa risa era para disimular su sentimiento. Fue nuestro último encuentro. Cuando de nuevo empecé a estudiar en la universidad y era redactor del Periódico Universitario, la imprenta Kyongbuk, que se encargaba de imprimir el periódico, estaba justamente en la calle Puksongno. Un día fui a la imprenta donde trabajaba Janchu, pero él ya no estaba allí. Según el dueño, se había ido a Seúl porque allí había conseguido un trabajo y además prefería estar siquiera un poco más cerca de su pueblo natal.

Cuando recuerdo mi vida en Taegu, siempre recuerdo a Janchu, que me daba mucho ánimo. Yo era miedoso y no resuelto, mientras él era un valiente, jefe de familia y vivía con una actitud muy positiva. Sobre todo, nunca me olvidó de sus palabras «Crea en Kilnam» ante el señor Sohn, en el momento cuando me presentó a la Oficina Distribuidora. Y también, «Bienaventurados son los que aguantan.», se me grabó en la mente. ¿De dónde habría aprendido ese dicho bíblico? En fin, gracias a Janchu aguanté y traté de ser honesto en la vida. A cada rato, cuando tenía algún problema, los dichos de Janchu me sirvieron de guía.

Miraba a cada rato los relojes de la relojería de la calle y fui al Diario antes de las dos de la tarde. Cuando entré al patio, ya me estaba esperando Solye al lado del puesto del guardián. Estaba en uniforme escolar y tenía sus libros y su fiambre. Me gustó verla allí, parecía que no la había visto desde hacía mucho tiempo. Pero no podía mostrar mi alegría. Bajé la cabeza y pateé la tierra con las zapatillas ya rotas.

– Oye, ¿cómo puedes salir de casa por esas cosas? ¿Dónde dormiste anoche?

No le contesté.

– Mamá, después que saliste, ya no trabajó y lloró mucho. Dijo que trabajaba tanto para vivir bien con sus hijos, pero si los hijos no la querían para qué iba a trabajar. En la mañana, cuando salía a la biblioteca, me dijo que pasara por el Diario por la tarde.

Solye iba a la biblioteca todos los días porque pronto tenía el examen de ingreso a High School. Prácticamente no tenía vacaciones y estudiaba todo el día allí. Postulaba a la Escuela Pedagógica, donde iban sólo los buenos estudiantes, y la competencia era de cuatro a uno. Tenía mucho que preguntarle, ¿No dijo mamá que le daba mucho gusto ya no verme y que se había sacado un diente problemático?, ¿No estaba esperando para pegarme apenas regresara? ¿No hablaba mal de mí?, etc. Además, quería saber en qué había quedado la mancha de la seda, y el dedo de mamá. Pero no le pregunté nada. No se me abrieron los labios. Miré la sección de máquinas. Se oían los ruidos de sus movimientos. En el patio los muchachos jugaban fútbol y el señor Sohn, sentado en la bicicleta, hablaba algo a un muchacho. Estaría regañándolo porque no conseguía nuevos clientes.

– Cuando termines, anda a casa. Mamá va a preparar sopa de carne.

Oye, verdad, tendrás hambre porque no habrás comido nada hasta ahora. Aquí tienes mi fiambre. Lo traje pensando en ti. Cómelo en algún lugar.

Me alcanzó la lonchera.

– No, gracias. Llévatelo. No vuelvo a casa. Trabajaré hasta hoy y me iré a algún lado, me iré de Taegu. No voy a Chinyong tampoco. Iré lejos, muy lejos de aquí. Dile así a mamá. –le dije sin vacilación.

Pero todo era mentira. Se me cerró la garganta por la tristeza y me brotaron lágrimas. La tristeza me hizo hablar así. –Dile a mamá que no me busque. Me trajo a Taegu para trabajar de distribuidor, no me mandó a la escuela y más bien me pegó. Ni loco para volver a la casa. Voy a vivir solo. Puedo vivir solo. En la Sala de Espera de la Estación había pensado en eso toda la noche.

Al terminar de hablar me dirigí al patio; pero mi hermana me cogió fuerte de la mano.

– Piensas mal. ¿No dijo mamá que te mandaría a la escuela el próximo año? No seas terco. Vuelve a casa. Alrededor de la estación hay vagos. Dicen que agarran a los niños y los venden.

Me dio vergüenza porque el señor Sohn y los distribuidores nos miraban.

– Vete, vete.

Le hablé fuerte. Ella, resentida, se fue diciéndome que debía volver a casa después del trabajo. Me las ingenié. Pedí al señor Sohn doscientos hwanas de adelantado. Le dije que mi hermana no había podido pagar la colegiatura, y que había venido a pedirme dinero; de lo contrario, no podría graduarse. Me lo creyó porque la vio en uniforme escolar. Después de darme el dinero, apuntó la fecha y la cantidad en una libreta.

Recibí mis periódicos y salí. Hasta ese momento Janchu todavía no volvía. El señor Sohn otra vez lo regañaría feo.

Al terminar de distribuir fui hasta la mitad de la callejuela de Changgwan-dong. Desde allí se veía la tienda del Veterano, me quedé un buen rato. ¿Voy a casa y le pido perdón a mamá? ¿De verdad, ella me esperaría con caldo de carne? ¿No habría sido un invento de mi her-

mana? ¿Mamá no dirá: «con que has vuelto, a ver, ahora lo rico te espera.», y no me pegará? Estuve ahí hasta la caída de la noche. Si Solye o Kilchung salían a buscarme, yo debería estar en un lugar muy visible. Luego, si me jalaban, volvería a la casa, fingiendo mis deseos; pero nadie apareció en la calle, ni frente a la tienda. Ahora todos estarían reunidos alrededor de la mesita y conversarían de mí. Pero yo había jurado a mi hermana que no volvería; por tanto, no tuve valentía para volver.

Volteé, me dirigí hacia la calle Chongno, tenía que volver a la Sala de Espera de la Estación; no tenía otro lugar mejor. El frío y el hambre me hicieron encoger más el cuerpo. Pero, primero debía comer algo, siquiera un camote asado, ya que tenía doscientos hwanes. Luego, lo que sobraba debería guardarlo bien en alguna parte de mi ropa, para que los vagos no me lo quitaran. El lugar más seguro era la basta del pantalón, descosiendo una parte de ella y metiéndolo adentro. Janchu me lo había enseñado. Caminé por la Calle Central y ya no busqué a Janchu. El no me comprendía, más bien comprendía a mi mamá. Como la noche anterior, dormí en la Sala de Espera de la Estación. Todas las bancas estaban ocupadas. Me senté en el suelo de cemento, metí la cabeza entre las piernas y me dormí.

Soñé como la noche anterior. Era lo que me había contado mi hermana. Era el sueño que soñó el cojo Hau, inventor de la máquina de coser. En ese sueño lo llevaban a matar.

«Hau era muy pobre y vivía gracias al trabajo de costurera de su esposa. Hau era cojo y no tenía trabajo. Cuando observaba a su esposa cansada de coser hasta altas horas de la noche, pensaba; 'Pobrecita, ¿no habrá alguna máquina que reemplace su trabajo?' Coser era un trabajo repetitivo; por tanto, no era imposible inventar alguna máquina. Hau quería inventar la máquina de coser, pero no era fácil. Un día Hau soñó algo raro. No sabía cómo, pero en fin, fue llevado ante un cacique y el cacique le dijo que lo mataría si no inventaba la máquina de coser dentro de una hora. Después de tantos intentos fracasó. Lo llevaron al lugar de la ejecución. Un indio se le acercó con la lanza, y cuando la punta de la lanza brilló reflejada por el sol, vio que en la parte un poco ancha de su punta había un hueco. ¡Eso es! Hau se despertó en ese momento. Las agujas comunes tenían el agujero en la parte posterior, pero la lanza del indio lo tenía en la punta. Hau aplicó ese sistema a la máquina, así que

la máquina podía tener el hilo delantero y el trasero y coser perfectamente. Simon, de Francia, y Hunter, de Estados Unidos también inventaron la máquina de coser, pero no tuvieron buena aceptación; mientras Hau, gracias a su sueño, logró la invención y la patentó. Pero como no tenía capital, con su diseño en la mano anduvo buscando algún rico que pudiera fabricar esa máquina. Un inglés se interesó, por lo que atravesó el Atlántico pero su viaje a Inglaterra fue en vano. Mientras tanto, las fábricas de máquinas de coser, por el miedo de no poder vender sus productos empezaron a criticar la invención de Hau, como en el caso de Simon y Hunter, mandando a la gente que hicieran manifestaciones frente a la casa de Hau y hasta los vecinos también se quejaron. En ese momento apareció un tal Singer, buen negociante, robó el diseño de la máquina de Hau, agregó unos detalles más como el pedal y una pieza para empujar la tela, y luego lo patentó en varios estados. Después empezó a hacer una intensa propaganda como la 'Exposición de Máquinas Singer', 'Concurso de Manejo de Máquinas Singer'. Su lema fue: 'Una Singer en cada casa'. Además, revolucionó el método de venta: venta a créditos. En poco tiempo se hizo multimillonario. Y desde esa vez, a nivel mundial, la máquina de coser era sinónimo de 'Máquina Singer'. Hau, el cojo, se desilusionó mucho. Siguió pobre cuando estalló la guerra civil, a pesar de su edad y cojera entró al ejército del Norte.»

En el momento en que estaban por matar a Hau, me desperté. Todavía veía el agujero en la punta de la lanza. Miré alrededor. Afuera estaba oscurísimo y adentro no había gente parada. Mis dientes castañeteaban como la máquina de coser y el frío me penetraba hasta los huesos. A mi lado estaba un niño mendigo, dormido, en su mano había un tarrito y su cabeza reposaba en mis brazos. Yo ya no era diferente de ellos; su rostro mugroso me pareció muy familiar, me rasqué el cuerpo y luego me dormí de nuevo.

Dormí tiritando de frío cuando oí que alguien me llamaba. Creí que era el infeliz Hau, derrotado por el capitalista Singer.

– ¡Kilnam! ¡Kilnam!

Abrí los ojos, ya no estaba el niño mendigo y frente a mí había una negra falda de algodón. Abrí más los ojos. Era mi mamá. Nuestros ojos chocaron, los suyos estaban tristes y llenos de lágrimas, me avergoncé, y metí de nuevo la cabeza entre las piernas, no aguanté las lágrimas.

– Vamos, vamos a casa.

Sin más salió ella. Con su pañuelo se sonó la nariz y se limpió los ojos. La seguí. Pasamos la plaza. El cielo se despejaba detrás de los edificios de la ciudad. Llegaba la madrugada. Era como un becerro camino al mercado para su venta. Sentí igual que como cuando llegué a Taegu con Solye. Hasta la casa no me habló ni miró atrás. Yo la seguí unos pasos atrás.

En el desayuno vi que mi comida era especial, diferente de la de los otros; al lado del arroz estaba la sopa de carne de res con verduras. Mi duda de que ella fuera mi madre o no siguió hasta más tarde; pero en ese momento, por lo menos, estaba seguro de que ella era mi propia madre. La garganta cerrada no me dejó pasar la comida. Mi mamá seguía callada.

Desde el día siguiente empecé a trabajar más como para limpiar mi pecado de la fuga de la casa. Pedí prestada el hacha de mi tía y partí la leña como si me vengara de mi pobre vida desgraciada. El rumor de que Tongji iba a ser expulsada de la escuela por haber dormido fuera de su casa en la Noche Buena no me interesó. La señora de Kyonggui contó en la tienda ese rumor: la chica, con otras dos amigas y tres muchachos, había pasado la noche en la habitación de un muchacho. Los vecinos, al verlos, avisaron a la policía y la policía avisó a su escuela. En aquel entonces, eso era muy grave y la chica hasta corría el riesgo de no poder casarse. Que la expulsaran o no, que apareciera Chongte o no, ya no me interesaba. Mi mamá no me preguntó nada sobre mi salida, lo que me pareció más duro. Ese castigo era peor que cualquier latigazo. Lo único que remediaba esa situación era el trabajo; por eso, sólo me dedicaba a partir la leña. Pronto adquirí técnica y el trabajo ya no resultó pesado. En las noches, me tocaba el pecho y brazos, estaban más endurecidos.

IX

Llegó el Año Nuevo, el primer día del año. En nuestra casa no había nada nuevo. Todos aumentamos un año de edad, y los restaurantes de gala descansaron unos días, así que mi mamá pudo descansar. El Día

rio también descansó durante tres días. En esos días de descanso partí la leña que quedaba, la tercera parte de todo lo comprado.

El cuatro de enero, el primer día de distribución del primer periódico del año, jamás me olvidaré de esa fecha por dos sucesos. El primero fue lo del orfanato. En la sección social del periódico había salido la noticia con la foto. Yo lo supe sólo al llegar al orfanato para entregar el periódico.

El Orfanato de la Esperanza era mi cliente. Entre mis clientes había dos orfanatos y los huérfanos del de la Esperanza siempre se veían desnutridos y maltratados. Cuando llegué allí, vi que mucha gente estaba en el patio y los policías defendían el local del orfanato de tanto gentío. Según los comentarios de la gente, la noche anterior el Director y su familia habían desaparecido llevándose todos los regalos navideños llegados desde el exterior. La cosa no terminaba allí. Encontraron cinco cadáveres de huérfanos enterrados en una colina donde había un lugar para quemar basura. Sus cadáveres eran puros huesos que delataban desnutrición. La gente hablaba pestes del Director. «¡Hijo de puta que se alimenta hasta con el hígado de la pulga! ¡Animal con cara humana!» Los niños que por suerte estaban aún con vida miraban desde las ventanas del edificio. Sus rostros pálidos tenían un color casi azul y sus miradas demostraban miedo. Así que perdí un cliente.

El segundo suceso: el suicidio de la tía Muncha. Cuando llegué a casa, Solye preparaba la comida y no estaba mi mamá en la habitación. No era la hora de ir al mercado. ¡Qué raro! Pregunté a mi hermana por mamá.

– Es que se suicidó la tía Muncha. Fue a su casa. –me contestó con tristeza.

– ¿Que se suicidó? ¿Se murió?

Lo primero que pensé fue que ya no podría comer las ricas empanadas.

No cenamos esperando a mamá. Ya estaba oscuro. La tía Muncha vivía en una habitación de alquiler del barrio Kyesna–dong, al otro lado de la calle de Hierbas Medicinales. O sea, estaba frente a frente a Changwan–dong; pero no conocía dónde estaba la casa. Salí a la calle-

juela con Kilchung para esperar a mamá. La calle de Hierbas Medicinales brillaba por las luces de las tiendas de hierbas y las clínicas orientales. Soplaban un viento helado. Los niños del barrio jugaban a las escondidas. Ellos, sí, ya habrían cenado. Kilchung saltaba sobre sus pies para no sentir frío.

Un carro militar yanqui apareció con sus potentes luces y se paró en la entrada de la calle. El chofer era un negro. Mison se bajó del asiento trasero con un bolso largo colgado en el hombro. Para defenderse del frío se había amarrado la cabeza con una pañoleta roja. Después de ella, bajó un militar extranjero. Era el capitán que había estado en la fiesta de la Noche Buena. Los dos, frente a frente, conversaron buen rato en la entrada. El capitán abrazaba la cintura de Mison.

– ¡Jelo! ¡Jelo! chewing gum give me.

– Gringo narigón, gringo huevón.

– ¡Putá! ¡puta! Puta que lame el huevo del gringo.

Los niños, que jugaban, al ver a los dos, se burlaron. Pero no se atrevieron a acercarse. Mison les lanzó una terrible mirada y se dirigió a casa. El capitán alzó la mano despidiéndose y subió al asiento al lado del chofer. El carro partió arrojando humo azul de gasolina. A mí me gustaba ese olor, pero en ese momento sentí mareo. Sería por el hambre.

Cerca de la iglesia católica de Kyesan alguien venía con un mueble grande sobre su cabeza, caminaba con mucha dificultad. Era mi mamá. Estaba trayendo un tocador que tenía cajones. Era difícil para una sola persona. Milagro que no se le rompiera la cabeza. Cuando el espejo del tocador se movía, sus pasos también tambaleaban. Bajamos el mueble al suelo con mucho cuidado, mi hermano y yo agarramos un lado y ella, el otro lado.

– ¿Qué tocador es éste? –preguntó Solye al ver el mueble fino de concha de nácar.

– Es de Muncha. Se suicidó tomando píldoras y dejando todas sus cosas. Había muebles, ropa y más cosas, y no había quién se los llevara. La dueña de la casa me pidió llevármelas porque dice que Muncha siempre hablaba de mí. Yo no quería porque esas cosas para qué nos podrían servir; además, su dueña se había suicidado y no era el momento de repartirse las cosas. Pero ella insistió y dijo que había otras gueishas que querían llevárselas. Como insistió tanto...

Enjugó sus lágrimas con el mismo pañuelo que había protegido su cabeza al cargar el mueble. Miró el único árbol pelado del patio de entrada y se lamentó:

– ¡Qué es la vida humana! ¿Para qué luchar por la vida tan efímera? Si nos morimos, quedamos en nada. A lo mejor ella habría sentido más la soledad. Es Año Nuevo; pero ella sola, sin familia; y al ver su situación habría sentido la tentación de irse al otro mundo para reunirse con sus padres y hermanos. Por eso se habrá suicidado. Siempre decía que quería morir. Creí que era un decir, pero no. Al tomar el veneno, ¿cómo habrá estado ella? La vida está llena de espinas y montes altos. Ella se murió, ahora, ¿quién llora por ella? Unas cuantas compañeras de trabajo, y nadie más. Después de la cena volveré para despedirme de ella con mi llanto.

A la mañana siguiente llegó a mi casa un policía con una gueisha, que le servía de guía. Mi mamá, al ver al policía, se asustó. Recordaría los malos momentos que había pasado en Seúl y Chinyong durante los años de la guerra. El policía echó una mirada al mueble por entre el pequeño espacio de la puerta medioabierta.

– ¿Qué paso? Es que...la dueña de la casa me insistió tanto que tenía que traérmelo. No lo traje por mi gusto... –balbuceó mi mamá.

– Señora, no vine para reclamarlo. El mueble es suyo. Natural que lo tenga –se rió. –Averiguamos si ella tenía familiares o no. Cuando investigamos las causas del suicidio, la dueña nos informó que había un testamento escrito por la chica; y según ese documento usted es la heredera de sus cosas, porque la llamaba hermana. Venga a la comisaría uno de estos días y firme el documento del inventario de las cosas de ella y tráigaselas.

– No, no gracias. Usted más bien llévese ese tocador. Que se lo lleve a la comisaría o que lo venda y ayude con ese dinero a los pobres, no me importa –señaló mi mamá al tocador de la tía Muncha.

– No, señora. Oiga, usted, por si acaso, ¿no sabe que ella tenía algunos ahorros? ¿No le habló nada de eso? Es muy raro, porque no encontramos ni un centavo entre sus cosas. Ella tenía muchos clientes en el restaurante Jyangwon y es imposible que no tuviera dinero en su poder.

– No, no sé nada. Ella traía alguna comida para mis hijos, pero nunca me habló de dinero –se apresuró a negar. Estaba perpleja. –Además, le reitero, no me quedaré con sus cosas. Vivo pobre, pero vivo de mi trabajo de costurera, jamás he ambicionado cosas ajenas. Dispongan de sus

cosas ustedes, pueden donarlas al orfanato o al hospicio. Quería tener ese tocador como un recuerdo de ella, pero ya no lo quiero. Lléveselo.

El policía no le hizo caso. Le preguntó algunas cosas más y se fue, diciendo que volvería un día. Mi mamá se quedó atontada con la mano en el pecho, respiraba muy rápido, sin color. Recordé a la mamá de Janchu que sufría del corazón.

Esa vez ya no fue uno sino cuatro policías. Llegaron después de dos días, de madrugada.

Kilsu había tosido toda la noche y recién en la madrugada se había dormido cuando tocaron la puerta principal y la puerta de la tienda al mismo tiempo. Tocaban con fuerza. Había pasado algo grave. Mi mamá se levantó, y yo también, que estaba algo despierto porque quería orinar. Afuera todavía estaban encendidas las luces. La ventana de papel estaba negruzca por la oscuridad.

– ¿Quién es? –preguntó mi mamá.

– Abran, rápido –le contestaron voces enérgicas.

– ¡Dios mío! ¿Qué será? Tan temprano... –murmuró.

Se puso la falda y no necesitó vestirse más porque dormía con suéter. Todos nos despertamos. Solye en vano trató de encender la luz. Mi mamá abrió la puerta de la tienda, entraron un policía uniformado y con rifle, un detective y dos militares en uniforme sin distinción. Tenían linternas de mano. Sus luces iluminaban la casa.

– Es la segunda habitación de la parte baja. ¡Saquen a todos! –habló el militar de cuerpo robusto, de casaca militar y de pelo corto.

– No vienen por nosotros –suspiró mi mamá.

– Oye, Kilnam, por el susto no puedo averiguar. Anda y averigua qué pasa.

Con el visto bueno de mi madre, los seguí. Bajaron al patio central y un militar fue al patio posterior y el detective sin uniforme trató de abrir la puerta de la habitación de la señora de Pyongyang. Pero la puerta no se abrió porque estaba cerrada desde adentro. Pateó la puerta y gritó que le abrieran, Sunjua lanzó un alarido. Recién lo reconocí. Era el detective Kang, de cara larga y flaca que perseguía a la señora de Kimchon por el hombre de la cicatriz.

Sacaron el seguro desde adentro, el detective Kang empujó la puerta hacia adentro. La puerta se cayó. Luego el detective entró con los zapatos puestos. Los tres desordenaron la habitación buscando hasta en las ropas.

Todos los de abajo se despertaron y salieron al patio. La bebé de la familia del Veterano lloraba a gritos. Arriba también se despertaron, abrieron, cerraron las puertas y salieron todos a la sala.

– ¡Hijos de puta! Salgan rápido con las manos arriba. Rápido. –gritó el detective.

Sin vestirse bien, sin zapatos, los tres bajaron al patio. Chongmin quiso buscar sus zapatos, y el policía le golpeó el hombro con la culata del rifle. Todos con las manos en la cabeza se arrodillaron en la tierra helada. El policía en uniforme los vigilaba. El militar que había ido al patio posterior volvió y los cuatro empezaron a rebuscar todos los muebles de la habitación de la señora de Pyongyang. Las luces de sus linternas de mano enfocaban toda la habitación.

– ¿Qué pasó? ¿Por qué nos hacen esto? Dígnanos primero –les preguntó asustada la señora de Pyongyang. Le temblaba la voz.

– ¿Todavía nos preguntas? Comunistas, si no cierran la boca, a todos les romperemos la cabeza –le contestó el militar de pelo corto alumbrándole con la linterna.

Rebuscaron hasta que amaneció y sacaron las cosas. Mientras tanto, el policía vigilaba a la familia de la señora de Pyongyang. Rebuscaron hasta la cocina, sacaron el forro de la frazada, donde pusieron las cosas y luego las envolvieron. Había, más que todo, libros y cuadernos. Entonces el policía puso esposas a los tres.

– Levántense, vamos. –les ordenó el militar en uniforme.

– ¿Por qué nos ponen esposas? –prótestó Chongmin.

– Este mierda, ¿alza la voz siendo un mocoso?

El de pelo corto lo pateó en la rodilla.

– Oiga, señor Jefe, a los de arriba trátelos con más cariño porque los conozco bien –le dijo en voz baja el detective Kang al militar de pelo corto, señalando con su cabeza a los de arriba, luego se fue llevando a la familia de la señora de Pyongyang. Otro militar agarró el bulto y lo puso en sus hombros. Solye y Kilchung, que estaban parados frente a la puerta interior, les cedieron el paso.

El del pelo corto y el policía se acercaron a la sala de la parte alta. Allí estaban todos mirando lo sucedido en la parte baja.

– ¿Es usted el dueño de esta casa? –le preguntó el del pelo corto al dueño.

– Sí.

– Venga a C.I.C. No sólo usted, sino también su esposa.

– ¿C.I.C.? ¿Centro de Inteligencia de Corea? ¿Por qué? –el dueño le preguntó. Estaba serio al oír la palabra C.I.C., seguía con las manos cruzadas.

– Le digo que vayamos. Tenemos que hacerles preguntas sobre algo.

– Muéstreme la orden de captura del juez; si no, no voy a moverme ni un centímetro –se dirigió a su hijo Songchun y le dijo: –Anda, Songchun, a la casa del tío de Samdok–dong. Dile que venga pronto.

– ¿Qué cosa? ¡Qué tío ni qué tía! Cámbiense y vámonos. Somos diferentes de esos polizontes. Antes de que me enfade, apúrense.

Con estas palabras sacó el revólver del bolsillo interior de su casa gruesa, y subió a la entrada de la sala.

–Ya, ya, ya. Vámonos, no se preocupe. Nos cambiaremos de ropa, nada más. –La señora, que seguía en ropa de dormir, se apresuró a suavizarlo con esas palabras y fue a la habitación.

–Si no saben el porqué, ¿cómo pueden ir allí? También tenemos familiares: un coronel del ejército y autoridad de la Policía de Taegu. A ver, díganme primero de qué se trata –le abuela se puso delante del del pelo corto.

– Es que tenemos que investigarlos. Oiga, viejita, ¿no sabe qué es una investigación?

– ¿Sobre qué?

– Apártese. Si van, se lo diremos allí.

Cuando Songchun salía hacia la casa de su tío, los dueños fueron con ellos.

Los del patio central nos quedamos callados. Todos estábamos tan asustados por lo sucedido en menos de 30 minutos que perdimos el habla. Era la hora de preparar el desayuno, pero nadie se movió. Después que se fueron todos, mi mamá recién apareció y quedó parada frente al baño. La que rompió el silencio fue, naturalmente, la señora de Kyonggui.

– Seguro que Chongte hizo algo. No hay duda. Siempre temía que le sucediera algo porque comentaba lo que no debía comentar. ¿No vieron que trataron de comunistas a su familia? Seguramente ese Chongte habrá cometido algo grave relacionado con la ideología, lo tendrán en la Oficina de Investigación Militar.

Miró a todos, pero éstos mantuvieron silencio. Entonces, se dirigió al Veterano y dijo:

– Oiga, ¿tengo razón o no? Es así, ¿no?

– ¡Quién sabe! Quizás... Parece que es algo por el estilo, pero, ¿Chongte sería tan violento...? –le contestó sin ganas.

– ¿No se contactaría con algún espía? O, ¿él mismo no podría ser espía?

– Junggyu le preguntó al Veterano.

– No sé. En fin, todo es peligroso...

– Cuidado, Junggyu. ¿Ves? Vive cuidándote de todo. Para sobrevivir en esta tierra, primero hay que controlar la boca. Como somos del Norte, pueden sospechar de nosotros por la ideología. Habla después de pensar y repensar. En cualquier momento puede sucedernos alguna desgracia. – le advirtió la señora de Kyonggui. Luego agarró la mano de su hija Mison y le suplicó como una bebé: –Mamita, vete a Estados Unidos lo más pronto posible e invítame después. Tu hermano se casará con esa señorita y vivirán aquí, pero yo no puedo vivir acá con tanta inseguridad. La guerra puede estallar otra vez. ¿Quién puede decirnos que no? Tengo ganas de salir de esta tierra.

– Mamá, estás como una niña. Si no cometemos algún delito, nadie nos llevará, no te preocupes. –se rió Mison.

– Oye, oye, entonces, ¿por qué se llevaron a mi hijo y a mi nuera? No los esposaron, pero, ¿por qué?, ¿por ser los dueños? –La abuela bajó de la parte alta y le preguntó.

– Ay, señora, ¿todavía no entiende? Seguro que la señora de Kimchon y Chongte habrían hecho algo. Ese detective de mandíbula flaca es el que siempre venía a preguntar algo a la señora de Kimchon. Yo lo conozco. Y la señora de Kimchon es su familiar, ¿no?

– Verdad, sí, pues. –Miró el cielo y suspiró. –Es que a mí no me gustaba desde cuando el casamentero llegó con los datos de ella. Nos convenció de que era bonita y de buena familia. Familia que había luchado por la Independencia... ¿Acaso eso da dinero, arrozal o campo? Nada. Arruina la familia y termina su vida en la cárcel. Dije que no, porque sus suertes no se combinaban tampoco.

– Señora, ¿de quién está hablando? ¿De la señora de Kimchon? –le preguntó la señora de Kyonggui.

– ¡Cómo de la de Kimchon! Estoy hablando de mi ilustre nuera problemática. Ustedes saben que la de Kimchon y mi nuera son primas. En mi familia Pak nadie participó en ningún movimiento ilícito. Nadie. En la época colonial, fueron altos funcionarios y sin problemas. Pero... –dejó de hablar. Miró alrededor. Temía que alguien le oyera.

– Su nuera se graduó en el Colegio Femenino de Kimchon durante la época colonial, ¿no? Terminar High School en esa época era como obtener el doctorado hoy. En nuestra época, si uno no era de una familia acomodada e inteligente, no se podía ingresar al colegio.

– ¿Para qué sirven los estudios a las mujeres?; al fin y al cabo, son para trabajar en la casa. Por esos estudios menosprecian a las suegras y andan muy creídas.

La señora An miró la habitación de la señora de Pyongyang, estaba llena de cosas y no había ni un palmo de espacio libre. Las puertas de los muebles y los cajones abiertos y el mueble de ropa abierto y tirado en el suelo.

– ¡Qué desorden! ¡Cómo pueden dejar así! Arreglaré algo.

Se quitó los zapatos y entró a la habitación.

– Oye, tú, puedes complicar tu vida arreglando esas cosas de ellos. No entres allí. Cocina no más. –le gritó la abuela.

– Kilnam, ven acá. Solye, lava el arroz –nos llamó mi mamá.

Cuando salí al patio de entrada, entró corriendo Songchun por la puerta principal, abierta de par en par. Luego entró un hombre de edad avanzada en uniforme de policía. Llevaba un sombrero del uniforme de policía. Era el Superintendente de la Sección de Seguridad de la Policía de Taegu. Era uno de los invitados de la fiesta de la Noche Buena.

Hasta que salí al Diario, ninguno de los cinco había regresado a casa. Al volver, en la tarde, pasé por el Mercado Yanqui, pero el puesto de la señora de Pyongyang estaba vacío. Eché una mirada a la joyería de la dueña, tampoco estaba ella. Llegué a casa, tampoco estaban Sunjua ni Chongmin. La habitación de la señora de Pyongyang convertida en un basural, se veía muy triste. Seguía abierta hasta ese momento.

Muy entrada la noche, se oyó a la esposa del Veterano en la tienda.

– ¿Recién llegan? Todo bien, ¿verdad?

Kilchung que miraba afuera a través del vidrio de la puerta dijo:

– Llegan el señor y la señora.

Antes de que Solye les abriera la puerta principal entraron, pasando por nuestra cocina.

– Solye, Kilnam, si alguien les pregunta algo, digan que no saben nada. Si les preguntan por Chongte o la mujer de Kimchon, digan que no saben. ¿Oyeron? Una palabra puede ser fatal –nos aconsejó mi mamá en voz baja.

«No conozco a mi papá. No conozco...» Kilsu, echado, después de toser, deliró.

Kilsu estaba con fiebre durante dos días y por el efecto de la fiebre deliraba. Parecía que su garganta estaba hinchada porque no podía pasar nada, excepto algún líquido. Cuando deliraba, mirando aquí y allá con los ojos bizcos medio abiertos, daba pena. Su voz estaba ronca. No podía mirarlo porque me daba pena. Aunque no le dimos ninguna medicina, desde la tercera semana bajó la fiebre pero su tos continuó. Estaba más flaco y parecía que sólo tenía cabeza.

– Pobrecito mi hijito. Debes superar esta enfermedad. Sánate pronto. – Mi mamá le hablaba, tapándolo con la frazada.

Ella siempre contaba lo que había ocurrido el segundo año de su vida en Taegu. Yo me había quedado en Chinyong, pero tanto escucharlo casi parecía una cosa que había presenciado. Un día ya no tenía nada que comer. Hasta el día anterior, por lo menos, les daba dos comidas al día, pero ese día no había ni un grano. Toda la familia no había comido nada un día entero. Al día siguiente mi mamá había ido a donde la tía y le había pedido un pocillo de arroz mezclado con cebada, que lo había hervido con mucha agua. Así había saciado el hambre de los tres, mientras ella ayunaba. Kilchung, por comer apresurado, había enfermado y vomitado todo lo comido. Más tarde, había tenido hambre y había vuelto a tragar su propio vómito. Y mi mamá había tenido que limpiar el piso con un trapo. Kilsu, aunque era niño, se habría fijado, porque más tarde

chupaba ese trapo. «Un chico de dos años obraba con inteligencia, como había visto que el trapo tenía algo de comida, lo había chupado.» Debería ser cierto. Pero, no sé desde cuándo interpreto esta actitud de Kilsu de otra forma: no lo habría chupado por la comida que quedaba en el trapo, sino que lo habría chupado por llenar su estómago con algo. Como los niños pobres del campo que llenan sus estómagos comiendo tierra. Sea así o asá, siempre, cuando recuerdo a mi pobre hermanito Kilsu, que se murió, siento pena y compasión.

Al día siguiente, después de lavarme, fui al baño. Pero ya estaba ocupado. ¿Cuándo habría vuelto? Sunjua preparaba el desayuno encendiendo la leña en el calefactor de la habitación. Cuando usábamos el calefactor de la habitación como hornilla de cocina teníamos que sacar una parte de su puerta ya diseñada en el piso de madera de la entrada para que saliera con facilidad. Luego, allí podíamos meter la leña abajo y colocar encima la olla. Así podíamos cocinar y calentar la habitación al mismo tiempo. Me dio gusto ver a Sunjua. Me acerqué. La señora de Kyonggui le hablaba sentada al lado de Sunjua. Estaba fumando.

– Dicen que el C.I.C. trata de los criminales ideológicos, ¿no? Y que maltratan a la gente peor que la policía. ¿Es cierto? ¿No te torturaron? ¿Te desnudaron?

– Oiga, señora, no haga más preguntas que me puedo irritar. Si me hubieran torturado, ¿podría cocinar así? –le respondí con cólera.

– ¿Viste a tu hermano? Si hubo investigación con testigos, seguro que lo habrás visto.

– No. Estará en algún lugar. Como ya no lo buscamos, mejor para nosotros.

– ¿Viste a la mujer de Kimchon? ¿Es cierto que se mudó a Chilsongdong? No, ¿no? Seguro que nos engañó y se habrá escapado con tu hermano.

– ...

– Para ir a ver a tu madre, llévale algún fiambre. Estando en la cárcel, para contestar bien, se necesita comer bien. No pienses en el dinero. Compra carne de res y fríela. ¿Entendido?

– Gracias, señora, por su fingida preocupación. No se preocupe; usted preocúpese de sus problemas no más –se enfadó.

– ¿Cómo? ¿Tan ingrata? Como tu mamá no puede ganar dinero, preocupada te preguntaba y aconsejaba como buena vecina. Y, tú, mocosa, ¿me respondes de esa forma? Si hubiera tenido una nuera como tú, ya la habría botado hace tiempo –se paró y botó el pucho.

- ¿Acaso quiero ser su nuera? Usted habla con otra intención.
- ¿Qué cosa? Te debo educar bien. Una chica como tú debe estar en el calabozo por lo menos cien días para corregirse.

Iba a haber pelea desde la mañana, Junggyu abrió la puerta y Chongmin también abrió la suya. La esposa del Veterano vino y dijo:

- Ya no más. Aquí, en tierra ajena, siendo pobres, ¿todavía se pelean? No, no, por favor. Sunjua pasó toda la noche en la comisaría sin poder dormir, además está sufriendo por todo. Usted, señora, compéndala y soporte.
- ¿Soportar hasta cuándo? ¿Desde temprano, que una mocosa me alce la voz? ¿Tragármelo todo?

Luego se dirigió a mí. Estaba todavía frente al baño.

- Kilnam, ¿hay alguien en el baño?
- Sí, señora.
- Debemos cambiar de casa pronto. Como dice el refrán, «Dime con quién andas, y te diré quién eres.», debemos cuidarnos de los vecinos. Por tener unos vecinos difíciles, tendremos problemas –se dirigió a su hija. –Mison, pronto, cocina. Asa el pescado. Como llegas más tarde por estar de vacaciones, sufres por falta de sueño.

El Veterano salió del baño. Temí que la señora de Kyonggui, experta en no respetar el orden, se me adelantara. Rápido entré al baño con un pedazo de periódico. La señora de Kyonggui continuaba con sus críticas. Ahora ya no tenía cuidado, hablaba mal de Chongte deliberadamente.

- ¿Cómo se atrevió a ir al Norte? ¡Qué zonzo! ¿No sabía que en la frontera hay muchos soldados? Yendo allí, ¿qué puede hacer? Hay que ser locos e idiotas para volver a esa tierra de rojos. ¿No están hartos del comunismo? A esos tipejos, mujer u hombre, hay que meterles bala. Por la guerra murieron más de tres millones y sus consecuencias todavía causan llanto por todas partes. ¿Y esos idiotas no tienen oído, o qué?
- Oiga, señora, usted habla demasiado. ¿Cómo puede hablar así?

Era Chongmin. Luego se oyeron las voces del Veterano y Junggyu. La señora de Kyonggui ya sabía qué había sucedido. Alguien le habría soplado sobre Chongte.

¿Chongte fue cogido cuando intentaba ir al Norte? ¿Sería verdad? ¿Por qué se iba teniendo a su familia aquí? ¿Sería mejor allí que aquí? ¿Valdría la pena ir allí arriesgando la vida? ¿Qué les habría pasado a la señora de Kimchon y Poksul? ¿También habrían intentado ir allí? Entonces, ¿el papá de Poksul estaría en el Norte?

Seguía con esas preguntas, haciendo esfuerzos por defecar. Si no me hubiera apurado la señora de Kyonggui, habría seguido así: la cabeza con preguntas y el ano abierto con excremento.

Después de tres días volvió la señora de Pyongyang casi trastornada. Desde el día siguiente fue al mercado para ganarse la vida. Pero la cosa no terminó allí, a cada rato venían el militar del C.I.C. y el detective Kang para hacerles más preguntas. En esos días ya la gente de la Casona de Patios se había enterado de lo sucedido. Habría sido la señora de Kyonggui u otras personas que hablaron de eso; pero en fin, la que pasaba los datos era la señora de Kyonggui.

– Esa mujer, seguramente habría hecho un hueco en alguna parte de la pared que da a la habitación de la de Pyongyang para oír todo. Si no, no puede saber tanto. ¡Qué mujer! ¡Qué chismosa! –decía mi mamá.

Aunque habría exagerado sus suposiciones, lo que decía ella parecía tan perfecto, que todos los de la casona la creímos.

Un día, la señora de Kyonggui fue a sentarse en la tienda, compró camote asado y le contó al Veterano.

– Fíjese, ese Chongte intentó pasar la frontera con la mujer de Kimchon y su hijo Poksul. Dicen que allí, en las tupidas montañas de la cordillera Tebek, los soldados comunistas y los ideólogos comunistas pasan todavía la frontera sin muchos problemas. Dicen que hay rutas y guías. No se sabe cómo, pero el guía, la mujer de Kimchon y Poksul pasaron; pero a Chongte lo cogieron los soldados sureños. Oiga, ¿no le parece raro? La mujer y el niño pudieron pasar la reja que sirve de frontera, pero el hombre, no. Aquí hay algo. Pienso en dos posibilidades. Usted sabe que en la vía férrea hay zonas para que crucen los peatones y a veces sale en los periódicos que el guardián del cruce salva a mujeres y niños, pero él, porque ya no le da el tiempo, se muere. Chongte habrá hecho pasar a los dos, pero él ya no habría tenido tiempo. O si no, los mandaría al Norte, y, él pensaba volver y en eso, por mala suerte, lo habrán cogido. Una de los dos, ¿no? ¿Qué piensa usted?

Otra que nos pasaba datos era la señora An. Cada vez que el señor Oksul Chu pasaba por la callejuela, la llamaba, y después de reunirse con él, ella quedaba buen rato con mi mamá y contaba sobre la señora de Kimchon.

La familia de la dueña era una familia muy noble y su apodo en el barrio Namsan-dong de la ciudad Kimje era «Familia del Ministro Chong». Pero desde fines de la dinastía Chosun sus antepasados, muy patriotas, se dedicaron a los movimientos de resistencia a los japoneses. Naturalmente, se empobrecieron. El esposo de la señora de Kimchon se graduó de la Universidad Posung durante la época colonial, fue un ideólogo izquierdista desde cuando era universitario. Fue encarcelado por los japoneses en Kimchon, y estando allí, el país logró su Independencia. Cuando la ciudad de Kimchon cayó en manos de los comunistas durante la guerra, él fue nombrado Vice Presidente del Partido Comunista de Kimchon; pero cuando fue rescatada la ciudad por los sureños, él se fue al Norte solo. Un tío lejano de la dueña, que había vivido en la misma habitación donde vivió la señora de Kimchon, había llegado de Japón después de la independencia y cuando la tropa comunista se retiró al Norte, se fue con ellos llevándose a toda su familia. O sea, la dueña tenía muchos familiares izquierdistas. Por esta razón, cuando Songchun preparaba los documentos para ir a Estados Unidos, tenía el problema de antecedentes policiales. Como tenía familiares de «mala conducta», para que no aparecieran esos datos se ofreció la fiesta y se sobornó a los de la Sección de Seguridad.

Pasaron más días, pero la desgracia de la familia de la señora de Pyongyang no terminaba: Chongmin, que quería postular a la Facultad de Derecho de la Universidad de Seúl, cambió su propósito: postularía a la de Medicina de la Universidad de Kyongbuk. Como su hermano era un ideólogo comunista, aunque pasara el examen para ser juez o fiscal, no lo nombrarían; por eso prefirió seguir una profesión libre. Pero como el cambio fue muy tarde, no tenía confianza de ingresar. Sunjua, que estaba por casarse con el cabo teniente oriundo del mismo pueblo, ya no podía casarse. En una palabra, por culpa de Chongte sus hermanos sufrieron las consecuencias. En cambio, a los hijos de la señora de Kyonggui todo les iba bien.

Una tarde, cuando estaba en la tienda del Veterano, apareció Junggyu con su enamorada, volvía del trabajo.

- Señorita Kyongcha, ¿quiere probar camote asado?
- Ya comí tres panes. -le contestó. Era un poco huraña.
- Es que quiero comprarle algo al vecino. -le dijo un poco avergonzado.
- ¿Quiere saludar a mi madre?
- Es demasiado tarde, sería una descortesía. Prefiero irme. Pasado mañana por la tarde nos veremos en esa panadería.
- Entonces la acompañaré hasta la entrada de la callejuela.

Los dos caminaron juntos. La enamorada no me pareció de familia rica. Su ropa no era llamativa, más bien muy sencilla; el suéter marrón y el pantalón negro, y no tenía maquillaje. No era flaca, más bien un poco gorda. No parecía una mujer de la ciudad, sino una mujer sencilla del campo. Cuando Junggyu volvió a la tienda silbando, la esposa del Veterano le habló:

- Agraciada señorita. Tienes suerte.

Se habría fijado en ella como futura esposa de Junggyu.

Mison seguía con el capitán estadounidense llamado James y cuando éste volviera a su país, tenía el plan de irse con él. La señora de Kyonggui contaba hasta los pormenores del plan de su hija. El capitán James entraba públicamente a su casa y le dejaba cantidad de cosas extranjeras traídas en el maletín militar. La señora de Kyonggui, contenta con esos regalos, los vendía a los de arriba y a los vecinos. Algunas veces, Junggyu nos regalaba bizcochos o chocolates. Cuando la señora de Kyonggui alababa al capitán James, Songchun escuchaba todo de mala gana. Su rostro cambiaba de color, desde el rojo hasta el azul por la cólera y su frente se llenaba de arrugas. Cerraba la puerta bruscamente y ponía la radio a alto volumen. En general, se oían canciones populares gringas. Buscando una oportunidad para acercarse a Mison, la había invitado a su fiesta, pero en vez de él, ella salió con el otro invitado. El mismo había servido de alcahuete. ¡Qué ironía de la vida! La señora An le dijo a mi mamá que Songchun le había comentado a su abuela acerca de las relaciones de Mison y el capitán James: «Es difícil acertar la edad de los occidentales. Pero estoy seguro de que el capitán James no es soltero. Por la menos tiene 30 años. En su país tendrá esposa e hijos. Mison es un pasatiempo, y nada más. Aunque la llevara a Estados Unidos, la aprovecharía y la abandonaría.»

- Yo sé que tú, con la intención de llamar la atención del capitán, fuiste

a la fiesta a la que no querías en un principio. Todavía te pusiste un vestido llamativo. ¿Crees que no te conozco? Soy tu madre. Sé qué es lo que piensas; pero antes de ir a Estados Unidos no debes tener relaciones con él. Antes de ver el documento de divorcio, no debes subir al avión tampoco. Por una decisión puedes arruinarte para siempre. En la vida sólo hay un momento decisivo. No hay dos. Tienes que pensar bien y decidir. ¿Comprendes?

Según la señora de Pyongyang, así aconsejó la señora de Kyonggui a su hija una noche. Como sus habitaciones estaban juntas, no había secretos entre las dos familias. En esos días ella ya podía ver a Chongte, que había pasado del C.I.C. a la policía.

— Sólo tiene huesos, seguramente la tuberculosis estará destruyéndolo; pero sigue terco. Prefiere el comunismo y, como conoció a un comunista que se iba al Norte, con él se iba a ir. Creo que de la cárcel saldrá muerto. En el momento de pasar la valla, no pudo aguantar la tos, por eso fue capturado. Morirá en la cárcel. Sobrevivió al bombardeo y ahora termina su vida en la cárcel por culpa de esa famosa ideología. ¿Qué hacer? —se lamentó llorando la señora de Pyongyang.

¿Quién era ese comunista? A lo mejor era el hombre de la cicatriz en la cara. Por lo que contó ella, la señora de Kimchon, Poksul y ese hombre pudieron pasar las vallas, mientras Chongte fue cogido por los soldados por culpa de la maldita tos.

X

Llegamos a los finales de febrero. Los días ya se alargaban notablemente. En las noches la temperatura bajaba a 20 grados bajo cero, y el papel de la puerta chillaba por el viento toda la noche. Siempre dormía abrazando a mi hermanito Kilsu, que sufría de tos. El me sirvió de calefactor. Pero, a eso del mediodía, ya no hacía tanto frío.

La gripe era tan fuerte que Kilsu estuvo un mes entero en cama. Pero los días finales de febrero, cuando hacía sol, el chiquitín podía jugar afuera. Como decía mi mamá, era un milagro que el niño sobreviviera sin tomar ninguna medicina, o era muy fuerte para la dura vida. Aquel entonces creíamos que él estaba casi sano. Tenía escaso cabello,

por no tener fuerza no andaba bien. Antes también andaba tambaleándose, pero después de su enfermedad buscaba las paredes o el muro para apoyarse y avanzaba contando los pasos.

– Hermano mayor, vamos a donde está Papá. –Kilsu me pedía con una sonrisa. Para él, «Papá» era el Veterano. Lo alzaba en mi mano, era tan liviano como el algodón. Cuando íbamos a la tienda, el Veterano lo saludaba y lo trataba con cariño. Buscaba un camote chiquito y se lo daba. Kilsu, que no tenía fuerzas para andar con Chunjo, lo recibía con gusto y durante una hora lo comía desmenuzándolo.

Todavía me acuerdo de la escena. Jamás me olvidaré de mi hermanito, que como un pollito enfermizo, comía el camote asado haciéndolo pedacitos con su mano flaca, mirando con sus ojos bizcos a la gente que pasaba por la calle, sentado, aprovechando el sol. También recuerdo las noches frías de invierno cuando lloraba el papel coreano de la puerta. Ese invierno se parece a una lámpara triste y colgada en el inmenso cielo, más allá del viento.

Kilsu superó la gripe, pero sólo vivió tres años más, cuando todavía vivíamos en pobreza. El se murió junto a 'la dura vida'. Por sus pasos vacilantes y su pronunciación no clara, fue rechazado en la escuela primaria. A los ocho años se murió de meningitis, un día de invierno crudo, sin que pudiéramos llevarlo al hospital. En ese entonces vivíamos en una habitación de la clínica coreana Tokche, de la calle de Hierbas Medicinales, a unos cien metros de la Casona de Patios. Un hombre cargó su cadáver en un costal y lo llevó al valle detrás de la iglesia católica, al oeste de Taegu.

Me di cuenta de que la injusticia del mundo continuaba después de la muerte. Al año siguiente de la muerte de mi hermanito, cuando yo ya estaba en el segundo año de High School, vi en la calle de Hierbas Medicinales muchos carros y en la larga callejuela del barrio Changgwandong flameaban docenas de banderolas. Se había muerto la abuela de la Casona de Patios. Tenía más de 80 años. El dueño, el hombre más importante de las empresas textiles de Taegu, estaba más gordo. El carro funerario que partía a una montaña del pueblo de la abuela estaba adornado de flores. Todas eran crisantemos blancos.

Kilsu no vivió ni la octava parte de la vida de la abuela, murió sin

poder comer un pocillo de arroz, y su muerte fue tan triste y trágica que, si de verdad existiera el dios de la vida y la muerte, a lo mejor Kilsu estaba pagando algún pecado cometido en una vida anterior. Antes de que se muriera, mi mamá, bañada en lágrimas, decía:

– Mi pobre hijito. ¿Qué mal ha hecho? ¿Acaso engañó a otros? ¿Acaso mintió? Como es un angelito, irá directo al paraíso.

Entonces Kilsu, como si el paraíso fuera una casa vecina, decía sonriendo:

– Yo voy a jugar con mi papá en el paraíso.

Cuando se sonreía, su rostro huesudo se arrugaba. La verdadera causa de su enfermedad, que le hizo caer todo el pelo y secarle todo el cuerpo, era la guerra. Nacido en el año de la guerra, no pudo mamar bien ni comer bien durante dos años. Por tanto, el cerebro y su organismo no pudieron desarrollarse. Sus últimos días fueron terribles. El cuerpo ya no tenía carne ni agua, y quince o dieciséis horas al día se quejaba constantemente de dolor de cabeza. Mil veces prefiero no recordar esas terribles escenas. Preferible pensar en un niño de Etiopía, desnutrido y hambriento. Preferible recordarlo en esos días de la Casona de Patios, cuando sufría por la gripe y la continua tos. Dormía a mi lado, encogido como un perrito. Ahora, mi otro hermano, Kilchung y yo dormimos muy abrigados aún en invierno. Cada uno de nosotros tiene su apartamento, buenas frazadas para cubrirnos. Kilsu, ya de edad mayor, ¿nos estará viendo desde el paraíso, convertido en ángel nocturno? O, ¿convertido en esas luces tristes pero calientes? Ojalá que en el paraíso no haya frío ni hambre; pero nuestro Kilsu, ¿no estará buscando a su ‘papá’, que no sabemos si estará vivo o muerto, mirando con sus ojos bizcos por toda la península? Como no lo sé, ni podré saberlo, cuando veo alguna estrella que titila en el cielo nocturno de invierno, como si ella fuera la encarnación de mi hermano, pienso en él y lo recuerdo con cariño.

Empezó el juicio contra Chongte. En ese momento Songchun ya se había ido a Estados Unidos, cosa que entonces parecía totalmente difícil. Estábamos en marzo. Las flores amarillas de primavera florecieron en el patio central de la casona. Los de la casona creían que Songchun no se podría ir por el problema de la señora de Kimchon, pero el poder y el dinero solucionaron todos los problemas. En cierto sentido competía con

Mison, ¿quién subía primero al avión? Pero al irse, despidiéndose de la familia de la señora de Kyonggui, les prometió escribirles cartas. Luego a Mison, le dijo que podían verse en Estados Unidos, lo que parecía casi imposible.

En la primera instancia del juicio, el fiscal pidió cadena perpetua para Chongte, pero el juez lo sentenció a veinte años de cárcel. Según la señora de Pyongyang si él hubiera dado alguna muestra de arrepentimiento le habrían rebajado la cadena perpetua a quince años, y la sentencia se habría reducido de veinte a diez años. Pero Chongte, durante cuarenta minutos habló de lo que pensaba: que la República Popular Democrática de Chosun debía liberar a Corea del Sur y que la península coreana debía formar una sociedad comunista. Todo eso lo llegamos a saber gracias a la curiosidad de la señora de Kyonggui, quien fue a la corte junto a la señora de Pyongyang, porque no había podido aguantar las ganas de enterarse.

— Ese Chongte, tan flaco, pero, ¡qué valiente! A cada rato tosía, pero qué discurso. Dijo que Estados Unidos era el culpable de la división del país y que Corea del Sur era una colonia de Estados Unidos ¡Qué locuaz! Verdad, y, al decir Estados Unidos, siempre agregaba «imperialista» y «yanqui». Dijo también que los perritos que habían servido a los japoneses dirigían ahora la política, la economía, el ejército y la policía, y que Estados Unidos intentaba gobernar el país al estilo colonial japonés por medio de esos vendepatrias. El juez se sintió muy incómodo y no lo dejó hablar más. Como usaba términos difíciles como: capitalismo monopolizante de la minoría, sistema económico de colonia imperialista, guerra de liberación como consecuencia de la contradicción de los conflictos entre las clases sociales, el fiscal le preguntó por qué entonces había venido al Sur. Entonces, dijo que le consultó a su padre, y creyó que Corea del Sur se liberaría gracias a la intervención del ejército chino, y que, como Estados Unidos bombardeaba mucho, vino huyendo, pero sin plan de quedarse mucho tiempo y... —la señora de Pyongyang nos contó todo con lujo de detalles.

Chongte se negó a aceptar al abogado que designaba el Estado a los que no podían sufragar el gasto del juicio. Además, no quiso apelar en la segunda instancia, prefirió quedarse en la cárcel hasta ‘el día de la reunificación del país bajo el nombre de República Democrática Popular de Chosun’.

Al graduarme de la universidad vine a Seúl y conseguí trabajo en una editorial. Me casé con una mujer de Taegu, a quien conocí por medio de mi tía, que seguía viviendo en Changgwang-dong. La familia de mi esposa vive todavía en Taegu, en la falda de la montaña que está frente a Pongdok-dong. Cuando tenía vacaciones de verano, mientras otros iban al mar o a la montaña escapándose del calor, iba a Taegu a visitar a la familia de mi esposa, allá donde hacía más calor. Ahora, como ya no trabajo en la editorial y vivo de mis novelas, y como mis hijos tienen la edad para preparar el examen de ingreso a la universidad, ya no tenemos vacaciones. Un verano, hace cinco años, cuando todavía trabajaba en la editorial, fuimos a Taegu. Me encontré con un compañero de la universidad, almorzamos y bebimos licor. Eran casi cerca de las seis, pero el sol todavía calentaba fuerte. Caminando por la Calle Central vi un rótulo en un edificio nuevo de cinco pisos: 'Clínica Chongmin Choe'. Recordé el nombre de Chongmin, que postulaba a la Facultad de Medicina cuando vivíamos en la Casona de Patios. Pensé un rato, y luego subí a la clínica. De los cinco pisos, el segundo y el tercero eran un hospital. Chongmin, con cerca de cincuenta años, estaba canoso. Naturalmente, no me reconoció, ni yo lo pude reconocer fácilmente. Llevaba gafas y su rostro estaba más lleno. Después de una breve presentación nos dimos un fuerte apretón de manos. Como ya era la hora de terminar su trabajo, y no había pacientes preferimos ir al café del sótano del mismo edificio. Había aire acondicionado. Pedimos café. Luego recordamos nuestra época en la Casona de Patios.

– ¿Te acuerdas del Veterano? –me preguntó.

– ¡Claro que sí!

– En la calle que lleva a la Universidad Nacional de Kyongbuk, yendo desde el Mercado Chilsong, tiene una librería. Por casualidad pasé un día por allí y los vi. Su esposa tiene una tienda al lado de la librería, sigue hacendosa. El edificio donde están la librería y la tienda es de ellos y el segundo piso es su casa. Tomé cerveza con él en una cervecería cercana. Ha envejecido bastante.

En cuanto a la laboriosidad, la señora de Pyongyang no podía ser la número dos. Le pregunté por su madre.

– Mi mamá vive conmigo. Mi hermana se casó con un ingeniero y mi sobrino se graduó en la universidad este año y ya está trabajando. Oiga, su mamá, ¿cómo está ella? Ya tiene bastante edad, ¿no?

– Murió hace tres años. Sufría de presión alta.

Luego le pregunté con mucha cautela sobre Chongte.

—¡Dios mío! ¡El! ¿Te acuerdas de lo que sucedió en enero del año cincuenta y cinco? Le quedó solamente un pulmón y sobrevivió. Lo liberaron en enero del año setenta y cinco, al cumplir los veinte años de cárcel, pero en julio promulgaron la 'ley de seguridad social'. Y a los que se negaron a cambiar su ideología los llevaron de nuevo a la cárcel. A él le tocó volver después de siete meses de libertad. Sigue todavía con esa ideología... Tantos años, pero nada lo cambia. Este año cumple veintiocho años de vida en la cárcel, o sea, la mitad de su vida. El pulmón sano está mal ahora y no funciona bien. Hace poco fui a verlo a la cárcel de Chongchu y le supliqué que cambiara su ideología porque el último deseo de mi mamá es vivir con el hijo mayor, aunque sea por un día, pero él no me contestó. ... Mi mamá, por su vejez y por él, está casi ciega. Lloro demasiado...

Ya no pudo seguir más. Sacó el pañuelo, se quitó los lentes y enjugó sus lágrimas.

Hace dos meses he leído lo escrito sobre Chunsik So en las revistas y los periódicos. Es un estudiante de Derecho de la Universidad Nacional de Seúl que vino de Japón en el año de 1967. Fue capturado en 1971 por el Centro de Inteligencia del Ejército de Tierra. Era espía perteneciente al 'grupo de espionaje de estudiantes que llegaron del exterior'. Fue sentenciado a siete años de cárcel y por la 'ley de seguridad social' promulgada en julio de 1975 fue reencarcelado. Le preguntaron en tres ocasiones si quería cambiar su ideología, pero él se negó, pasando diez años más en la cárcel so pretexto de protección. Finalmente en mayo, después de diecisiete años, fue liberado con la condición de 'limitación de vivienda'. Al leer sobre su vida en la revista 'Agua de la profunda fuente' de junio de 1988, me acordé de Chongte. Allí, en la página 88, había un informe que se refería seguramente a él.

«...lo más cruel, es que a los viejos enfermos cuyos días están contados no los liberan para que siquiera puedan pasar el resto de su vida con su familia, sino hasta el último momento los dejan en la cárcel y siguen con la carnada de que si cambian su ideología los liberarán inmediatamente. Se ve muy claro que no los tienen allí por 'el peligro notable del crimen'. Pasado tanto tiempo sólo he visto a uno que fue seducido por la carnada y que prefirió vivir siquiera uno o dos meses afuera y

morir. Los demás, firmes con su ideología y con su conciencia, prefieren morir solitarios, sin abandonar su dignidad humana. A ellos los liberan en el momento de la muerte. Nunca me olvidaré de Sunui Song (con cáncer al hígado), Chomsu Choe (con cáncer al hígado), Indu Kong (con tumor en el cerebro), Kapsu Mun (con cáncer al estómago), Sangñul Li (con triquina en el cerebro).»

La mayoría de ellos fue encarcelada por ‘servir’ a los comunistas en esos años turbulentos de la guerra. Luego por la ‘ley de seguridad social’ fueron encarcelados de nuevo. A cada uno de ellos le destinaban una celda solitaria. Si Chongte sigue todavía allí como eterno comunista, ahora tendrá cincuenta y cinco años.

Después que Solye pasó el examen de ingreso a la Pedagógica de Taegu, un día fui con ella a la Middle School de Kyongsang y presenté la solicitud de ingreso. No era ni la mejor ni la peor, era una escuela pública más o menos a donde postulaban los que estaban en el nivel medio. La colegiatura era relativamente barata. Como faltaban menos de dos semanas, tenía que estudiar y Solye, que ya no tenía preocupaciones por su ingreso, me ayudó.

– No sabía que eras nulo en matemáticas, ni sabes los problemas del Quinto Año. ¿Cómo podrás pasar el examen?

Ella se enfadaba frecuentemente al enseñarme.

En realidad, en Chinyong iba a la escuela sin libros, sin cuadernos; y como nadie me decía nada, casi nunca estudiaba. Además, era una primaria del campo. Desde que vine a Taegu, todo el año pretendía estudiar por no escuchar los enojos de mi mamá; pero en vez de estudiar leía novelas no más. Naturalmente me había olvidado de lo poco que sabía.

– Si fallas, entonces dirás adiós a los estudios. ¿Para qué estudiar si la cabeza no da? Trabajarás de distribuidor y en el resto del tiempo venderás, como Janchu.

Las palabras de mi mamá me entristecían.

En esos días Mison se casó con el capitán James y se fue con él a Estados Unidos. Ella deseaba estar en la boda de su hermano, pero no pudo. El capitán le prometió invitar a la señora de Kyonggui, y ella,

lloriqueando, le pidió a su hija que la invitación fuera lo más pronto posible. Hasta ahora no sé si ella ya habrá ido o no porque todos los inquilinos nos dispersamos a mediados de abril de ese año.

Era a fines de marzo cuando fallé en el examen de ingreso a la Middle School de Kyongsang. Un domingo, de mañana, cuando acabábamos de desayunar, vino la señora An y dijo que el señor quería hablar con todos los inquilinos.

– Querrá que salgamos de su casa. –comentó mi mamá tranquilamente. No estaba asustada.

Desde unos días antes, un ingeniero había medido toda la casa con un plano en la mano. Todos los inquilinos de la casona suponían que algo iba a suceder. En nuestro caso, como el compromiso con el técnico Chong era hasta fines de marzo, ya habíamos conseguido otra habitación. Ibamos a ir allá el 8 de abril. Era una habitación de una casa, que más tarde la llamamos ‘casa de Konshigui’, al final de la callejuela de Changgwan-dong, muy cerca de la calle Chongno. El depósito fijo era de cincuenta mil y el pago mensual era tres mil hwanas. Cuando nos contó mi mamá, la admiré, por un lado por ser tan ahorrativa haciéndonos ayunar todo el verano, y, por otro lado, la maldije por su avaricia.

– Es que van a destruir toda la parte baja, la tienda y hasta la puerta. Van a construir una casa al estilo occidental. –dijo la señora An.

El negocio del dueño andaba cada día mejor y ya no necesitaba la ganancia de los alquileres.

– Sí, ya me lo contó la señora de Kyonggui. –le contestó.

La señora An se detuvo en la salida de la cocina y decidió volver.

– Yo también dejo de trabajar. –le dijo, poniéndose roja.

– ¿Cómo? ¿Vuelves a tu pueblo, Songchu?

– Sí, es que, ¿se acuerda del señor Chu? Con él me voy allí. Mi familia ya nos ofreció una parcela de tierra, allí cultivaremos, criaremos cerdos y... Es que él desea vivir como agricultor en un lugar tranquilo. Por eso, nos pusimos de acuerdo.

– ¡Qué bien! El sí es un buen agricultor. Es laborioso y honesto. Como eres buena, Dios te bendijo. Como él es un hombre solo, tendrás que amarlo mucho más. La mejor venganza contra esa maldita guerra es vivir bien dando a luz descendientes.

Antes de que destruyeran la parte baja, la señora An volvió a su tierra con el señor Chu.

Hace años, cuando la televisión coreana pasaba el programa de «Reencuentro de Familias Separadas», lo miré para ver si salía el señor Chu. Hasta ahora me acuerdo de su pueblo, Samchong-myon, de Aungun, Juangje-do. Es que él siempre hablaba de su pueblo natal y se me quedaron esos datos para siempre. Pero no. Más bien vi a una tal Okkum, de edad mediana y huérfana de Taegu, muy parecida a la chica Ogui, de la Casona de Patios. Quizás el señor Chu ya habría localizado a sus padres, o, si no, como el programa era de varias horas, un momento cuando no miré, habría pasado su turno.

Otro relacionado con la Casona de Patios de quien llegué a tener noticias fue el hombre de la cicatriz en la cara. Era otoño de 1966, cuando salí del ejército. Como era redactor del Periódico de la Universidad, estaba en la imprenta Kyongbuk. Como tenía un rato libre cogí un periódico y allí había una noticia que me dejó estupefacto. Era una foto pequeña, no podía ver la cicatriz, pero era él, de cara larga, que visitaba a la señora de Kimchon.

CAPTURARON A UN ESPÍA RESIDENTE

Trabajó desde el armisticio en la región de Taegu, viajó 3 veces a Corea del Norte desde el año 1954 hasta el año 1963, sacó secretos militares e informó a la Sección de Espionaje de Corea del Norte y trató de aumentar los pronorcoreanos para...

Quizás era error, pero estaba seguro de que era él. El guiaría a la señora de Kimchon y Chongte a la frontera y lograría pasar a la señora y a su hijo. Cuando imaginaba la escena del cruce de la frontera, veía a ese hombre de ojos agudos como guía del grupo.

Seguí a mi mamá hacia el patio central. Todos estaban allí. El dueño, con las manos cruzadas, en la entrada de la parte alta, dijo:

– Aunque es muy temprano, pero les doy una mala noticia. Sabrán perdonarme. Necesito que desocupen las habitaciones antes del día diez del próximo mes. Como saben, el patio es bajo y en verano siempre tenemos

inundación. Por eso, esta vez pensamos destruir la parte baja, nivelar el patio central hasta el nivel del patio de entrada, y allí construiremos una casa de dos pisos. Como debemos terminar toda la obra antes de la época de lluvias, comprendan y apresúrense. También destruiremos la parte que da a la calle y construiremos habitaciones para el chofer y el administrador. Es que ya tenemos teléfono desde el mes pasado y un auto, naturalmente necesitamos una habitación para el chofer.

Cuando terminó de hablar, la esposa del Veterano se acercó a mi mamá y le murmuró:

– Ese técnico Chong, de la joyería, es un estafador. Seguro que ya sabía de eso, pero me pide seiscientos hwanas al mes y todavía me pide un mes de adelanto. ¿Cómo puede engañar así?

Mi mamá se rió. Es que ella ya me había mandado entregar seiscientos hwanas a Chong por el mes de marzo. Pero hacía dos meses mi mamá había soplado ese contrato clandestino a la esposa del Veterano.

Los inquilinos se dispersaron todos el 10 de abril. La señora de Pyongyang, a Tongin-dong, al final del Mercado Yanqui; la familia del Veterano, a Pokhyon-dong, barrio de refugiados donde había manzanas. La señora de Kyonggui era la más afortunada porque la familia de su futura nuera ya había alquilado dos habitaciones. Ellos sólo esperaban el día de la boda.

Nos mudamos a otra casa que estaba a 100 metros de la casona. Por eso, un día de mediados de abril, pude presenciar con tristeza, lágrimas y cólera la desaparición de la parte baja, la puerta grande y principal, junto a la habitación de la tienda, y la habitación de la calle.

La vida seguía triste. A fines de abril pude ingresar a una escuela y ponerme el uniforme y la gorra que tanto había deseado. Al distribuir el periódico, por casualidad vi el aviso en un poste. Era una nueva escuela llamada Middle School de Susong. Su nombre venía del puente Susong, que estaba en el riachuelo Pangchon. Pero como todavía no tenía su local, ocupaba un aula del Colegio Adjunto a la Facultad de Educación de la Universidad Kyongbuk. Había cinco maestros, incluyendo al Director, y los alumnos eran un poco más de cuarenta. Entre los alumnos había algunos mayores que no habían podido estudiar por la

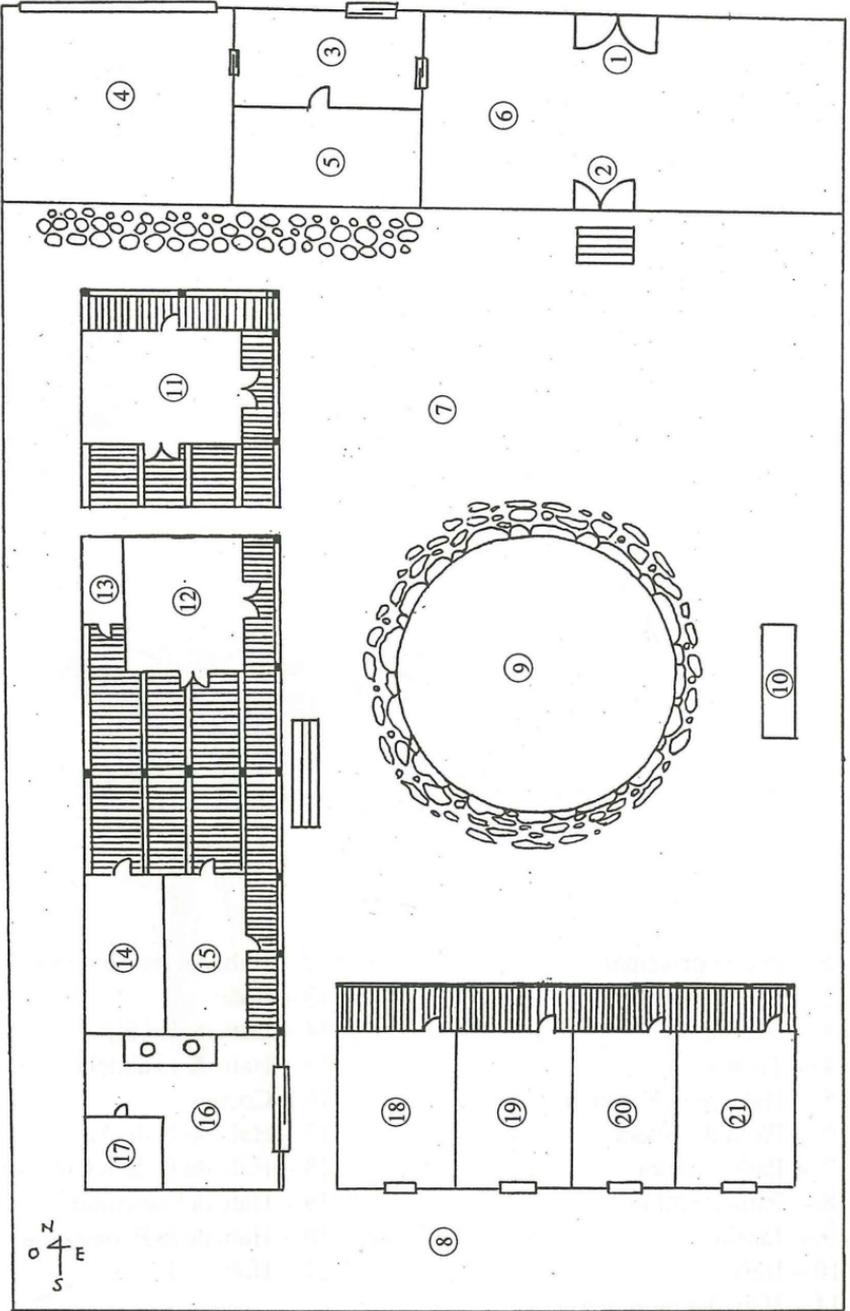
guerra. Ya tenían barba y en los momentos de descanso se iban detrás del baño y fumaban. Además, algunas veces les quitaban el dinero a los estudiantes del colegio. En general, no eran buenos estudiantes o no les interesaban los estudios. En la clase no prestaban atención a los profesores o, si no, les pedían algún cuento. Los profesores tampoco ponían interés. A lo mejor, porque era un nuevo colegio sin prestigio o quizás porque eran expulsados de otros colegios. Me desilusioné. Ir a la escuela no era nada agradable, pero como había fallado en el examen, no podía quejarme de nada ni de nadie.

A fines de abril, cuando ya era estudiante de la escuela, de mala gana, al ir al Diario Taegu, vi cómo nivelaban los dos patios de la casona. El patio bajo o central se llenaba de tierra traída de algún lugar. Así, mi vida del primer año en Taegu también se sepultaba bajo tierra. Por un lado, me alegré porque las huellas de la tristeza y el hambre desaparecían, pero, por otro lado, me entristecía al pensar que una casa de dos pisos al estilo moderno se erguiría sobre mi pasado.

ILUSTRACIONES

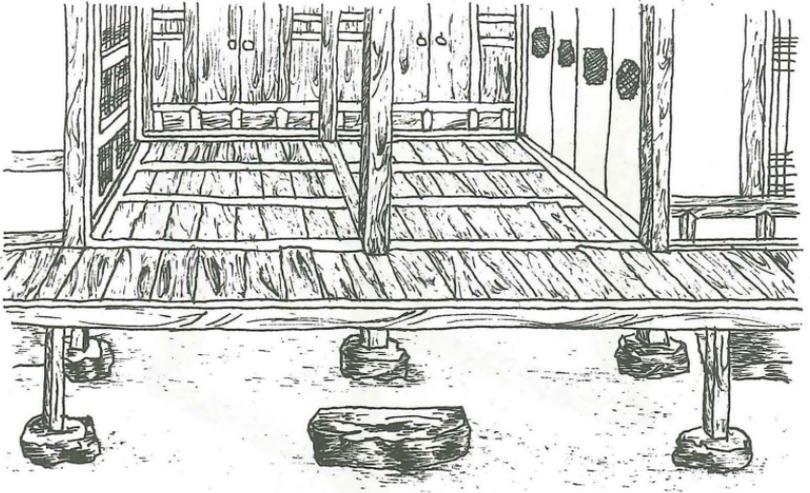


Han Eun-yeol

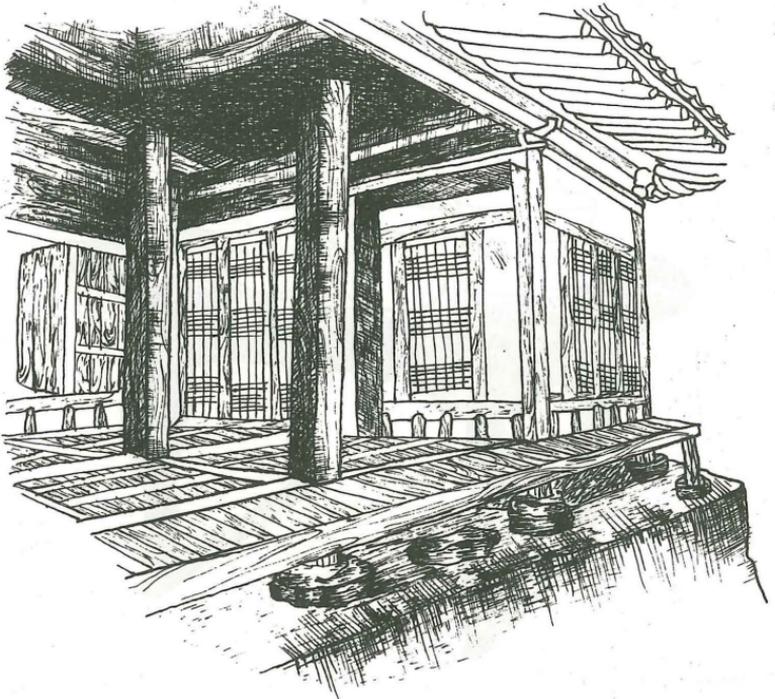


- 1.- Puerta principal
- 2.- Puerta interior
- 3.- Cocina
- 4.- Tienda
- 5.- Hab. de la Kinchen
- 6.- Patio de afuera
- 7.- Patio interior
- 8.- Patio de atrás
- 9.- Jardín
- 10.- Baño
- 11.- Hab. del propietario

- 12.- Hab. del matrimonio
- 13.- Baño
- 14.- Hab. de los hijos
- 15.- Hab. de la abuela
- 16.- Cocina
- 17.- Hab. de la de Ahn
- 18.- Hab. de la de Kyonggui
- 19.- Hab. del veterano
- 20.- Hab. de la Pyongyang
- 21.- Hab. de Kilnam



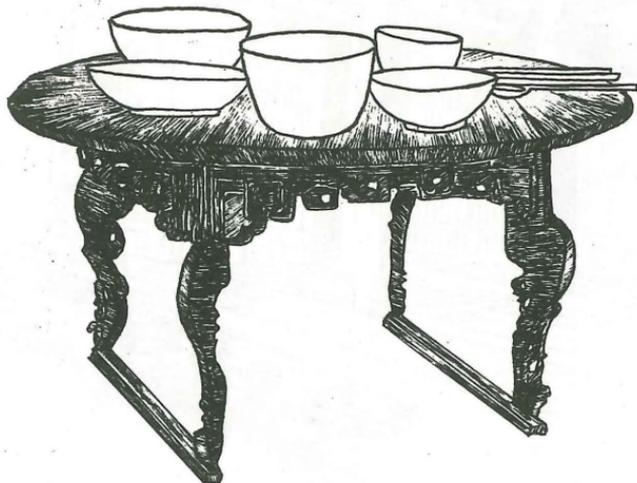
* Sala



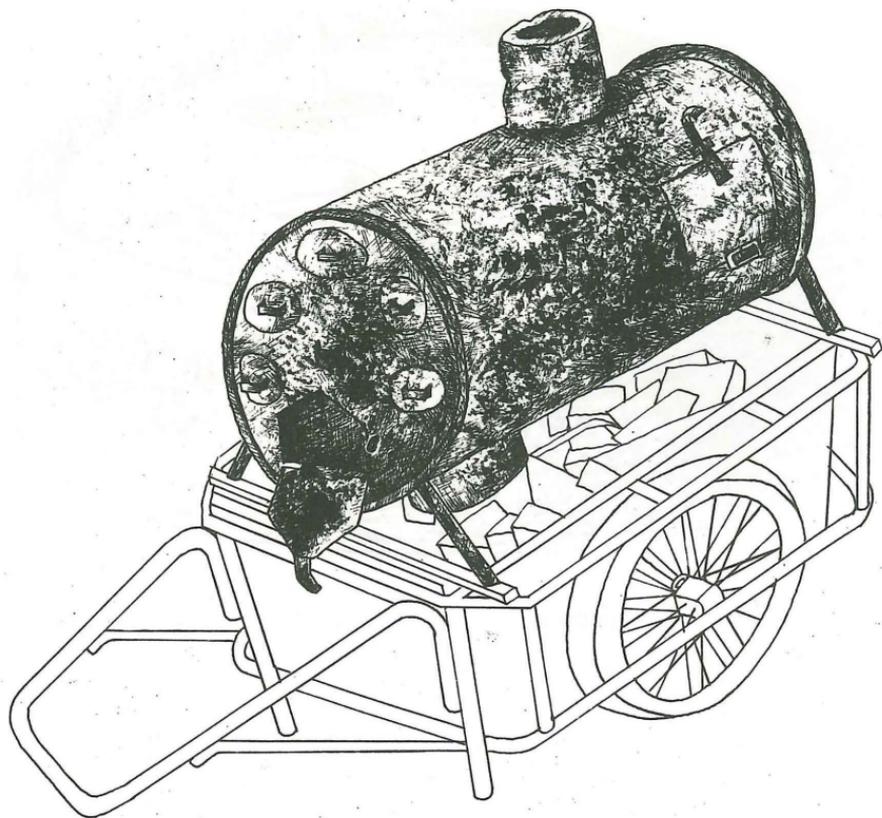
* Sala y habitación del matrimonio



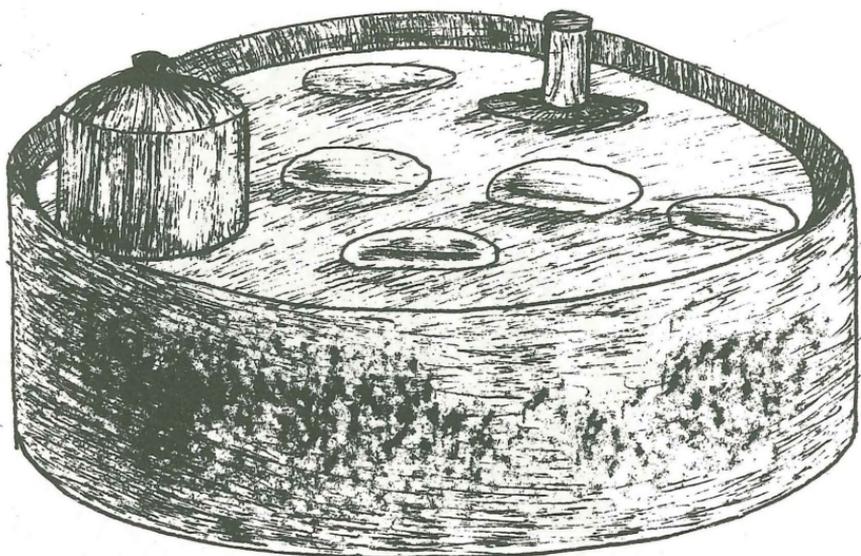
* Mesa



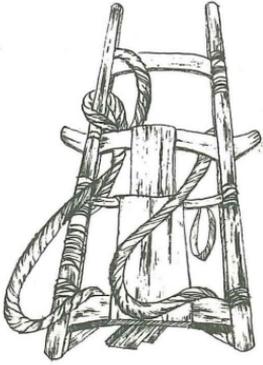
* Mesa



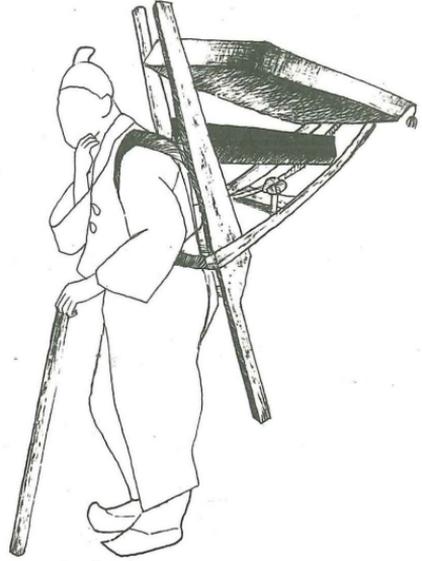
* Carreta y asador de camote



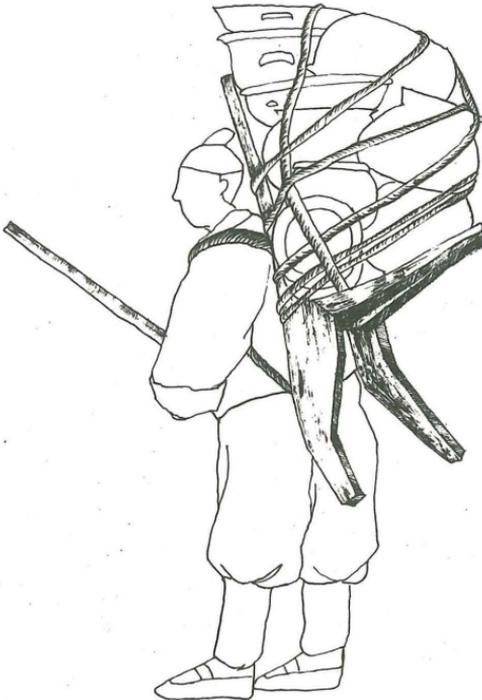
* Horno de panecillo



* Chigue



* Chigue y su cargador



LA CASONA DE LOS PATIOS
se terminó de imprimir en el mes de
abril de 1995, en los talleres gráficos de
Editorial e Imprenta DESA S.A.
(Reg. Ind. 16521), General Varela 1577,
Lima 5, Perú.

PUBLICACIONES RECIENTES

ROSENDO CHAVEZ DIAZ

Hidrología para Ingenieros. 1994. 364 p.

PEDRO CIEZA DE LEON

Crónica del Perú. Cuarta Parte

Las Guerras Civiles, Vol. II Guerra de Chupas. 1994. 432 p.

MANUEL DE LA PUENTE Y LA VALLE

El Contrato en General. Segunda Parte. 3 tomos.

(Biblioteca Para leer el Código Civil Vol. XV) 1994. 1,648 p.

ULDARICO MALASPINA

Matemáticas para Análisis Económico. 1994. 352 p.

MANUEL MARZAL FUENTES

La Utopía Posible. Tomo II. 1994. 828 p.

CARMEN MC. EVOY

Un proyecto Nacional en el siglo XIX. 1994. 354 p.

AURELIO MIRO QUESADA

El Inca Garcilaso. 1994. 488 p.

JUAN OSSIO A.

Las Paradojas del Perú Oficial. 1994. 300 p.

FELIPE OSTERLING - MARIO CASTILLO

Tratado de las Obligaciones. Primera Parte. Tomos del I al IV. (Biblioteca Para leer El Código Civil. Vol. XVI) 1994, 504-523-563-542 p.

CARMEN MARIA PINILLA

Arguedas. Conocimiento y Vida. 1994. 284 p.

ENRIQUE ROJAS ZOLEZZI

Los Asháninkas. Un pueblo tras el bosque. 1994. 362 p.

FERNANDO DE TRAZEGNIES GRANDA

En el País de las Colinas de Arena. Reflexiones sobre la inmigración china en el Perú del siglo XIX desde la perspectiva del Derecho. 1994. 2 tomos. 662 + 618 p.

DE PROXIMA APARICION

CARMEN JULIA CABELLO

Divorcio y Jurisprudencia en el Perú.

FRANCESCA CANTU

Conciencia de América.

FE REVILLA DE MONCLOA

La paría peregrina

FRANKLIN PEASE G. Y. -

TEODORO HAMPE M.

Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú de Agustín Zárate.

MARIO POLIA MECONI

Los Guayacundas ayahuacas: Una arqueología desconocida.

GONZALO PORTOCARRERO (Editor)

La aventura de Mariátegui: Nuevas perspectivas.

ROGER RODRIGUEZ ITURRI

Adolescencia, Matrimonio y Familia

ANA VELAZCO LOZADA -

RICARDO LEON

Índice Análítico del Código Civil y Ley de Arbitraje.

FONDO EDITORIAL

Av. Universitaria, cuadra 18,
San Miguel.

Apartado 1761. Lima, Perú

Tlfs. 462-2540(anexo 220) y 462-6390